



MARÍA CECILIA MOSCOVICH

Apuntes de una mediadora de lectura



ediciones UNL



**Apuntes de
una mediadora
de lectura**

ITINERARIOS
ARTE Y OFICIO
DEL LIBRO



MARÍA CECILIA MOSCOVICH

**Apuntes de
una mediadora
de lectura**

ediciones UNL



El simple hecho de apreciar un libro
es una manera de creación.

MARIO BELLATIN



Prólogo

Hace alrededor de veinte años que soy, entre otras cosas, pero quizá más que ninguna, mediadora de lectura.

Mi movimiento hacia la mediación de lectura nació del deseo, la necesidad, de compartir con otros lo que fue muy importante para mí. A lo largo de mi vida, desde la temprana infancia, las historias, la ficción y los libros me calmaron, me contuvieron, me ampararon, me entretuvieron, me enseñaron, me deslumbraron, encendieron deseos en mí. Todavía lo hacen, siempre lo harán.

Andando el tiempo, aprendí además que acceder a los libros es un derecho, y por eso es preciso y precioso trabajar por su democratización.

En ese movimiento de compartir con otros descubrí en el libro un puente, generoso y discreto, para entablar una relación con los demás. A través de los libros, en los espacios y geografías más diversos, he entablado relaciones —a veces fugaces pero potentes— con personas de todas las edades, con quienes seguramente no me habría relacionado de otra manera. Nos conectamos en el sencillo y poderoso acto de disfrutar del intercambio de interpretaciones que surge cada vez que compartimos la lectura de textos e imágenes, apreciamos una obra de arte y redescubrimos la magia de la lengua.

En este libro intento socializar —a través de esa extraña y difícil artesanía que es la escritura— experiencias, pensamientos, ideas, enfoques, recursos, herramientas, que fui encontrando en mi camino. El deseo y la autodidaxia, más que la vocación académica, tuvieron (tienen) un rol importantísimo. Hay relatos de experiencias propias y ajenas. Hay el sedimento de mis propias lecturas, del diálogo con todos los libros con los que me formé, los textos de quienes considero mis maestros y a quienes en algunas partes reescribo: Graciela Montes, Laura Devetach, Michèle Petit, Paulo Freire, María Elena Walsh, Liliana Bodoc, Gianni Rodari. Procuero dar cuenta, en alguna medida, de los encuentros significativos que posibilitan los libros y las historias. Llamar la atención una vez más, incansablemente, sobre la importancia de las palabras, los relatos, la poesía, la ficción y el arte en el desarrollo de los seres humanos, y su relevancia para simbolizar la experiencia.

No me resultó sencillo escribirlo. Por un lado, no es fácil ordenar, condensar, la experiencia de tantos años. Por otro lado, ¿cómo se escribe un libro que en realidad siempre se está escribiendo? ¿Y cuál debía ser su lengua? Empecé a darle forma a partir de notas dispersas, hechas a lo largo de muchos años. O sencillamente recuperando vivencias que nunca había sistematizado, aunque tuvieran largo tiempo de haber sido realizadas. También me puse a investigar un poco. Lo escribí de a tramos, fragmentos, en incontables sentadas, discontinuadas por todas las otras actividades de mi vida, que siempre aparecen o más urgentes o más placenteras. Pero bueno, aquí está. Qué es este libro lo dirán mejor sus lectores.

Pero sí espero que sea un aporte para aquellos que aman, como yo, los libros, y trabajan por hacerlos día a día más accesibles. Confío en que les sea útil para su trabajo, que les aporte herramientas concretas, ideas, disparadores, fuentes

de inspiración para replicar y multiplicar referencias de lecturas y experiencias para que cada quien siga indagando y profundizando en su propia búsqueda, única y personal.

Sin pretensión alguna de exhaustividad, relevo, difundo, algunas líneas de pensamiento y algunas iniciativas que pueden ser más o menos conocidas, pero que siempre es bueno visibilizar. Como quedará claro a lo largo de estas páginas, creo fervientemente en el efecto contagio y en el entusiasmo que lleva a la autodidaxia o autoaprendizaje. Creo en ellos como en las fuerzas de resistencia más poderosas del mundo humano, las únicas que, potenciadas en la construcción de redes, pueden llevar a la transformación.

MARÍA CECILIA MOSCOVICH

Santa Fe, mayo de 2025

*Se quitó el
cinturón y ató
un extremo
alrededor de
la mariposa.
Pedersen,
Vilhelm,
1820-1859.*



K.P.

H.C.

1 ¡Libros, libros! ¿Y dónde están esos libros?¹

La experiencia de los lectores no difiere radicalmente según los medios sociales, lo que sí difiere son los obstáculos. Para unos todo está dado al nacer, o casi todo. Para otros, la distancia geográfica se agrega a las dificultades económicas y a los obstáculos culturales y psicológicos. Para quienes viven en barrios pobres, en los suburbios de las ciudades, los libros son objetos raros, poco familiares, investidos de poder, que dan miedo. Están separados de ellos por verdaderas fronteras, visibles o invisibles. Y si los libros no van a ellos, ellos nunca irán a los libros.

MICHÈLE PETIT

1\ Esta expresión es parte de la *Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros* de Federico García Lorca, de 1931 (García Lorca, 2022).

Si hubiera sabido que existían libros
así, habría leído antes.

¿Mi hijo tendrá estos libros?

LUCÍA ALCARAZ

Quiero empezar este libro con una escena: tengo veintisiete años, estoy en el living de la última casa en la que conviví con mi padre y mis hermanos; hay doscientos libros de literatura infantil desparramados a mi alrededor como una alfombra mágica: en el suelo, el sofá, la mesa. Acabo de sacarlos de cuatro cajas del proyecto «Leer es contagioso»,² del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, un proyecto para el cual acaban de seleccionarme como referente en Lectura del equipo técnico de mi provincia. Traje a casa el material con el que trabajaríamos para empezar a familiarizarme con él.

Son libros como yo nunca he visto; no de esa calidad y variedad. Libros nuevos; grandes, medianos y pequeños, de todos los colores, texturas y olores. Libros de cuentos, novelas, poesía, libros álbum, libros para bebés con texturas para acariciar. De tapas duras y blandas, de tela y cartón, en colores y en blanco y negro. Muchos de ellos obras de arte en sí mismos en tanto objetos, con ilustraciones y formatos

2\ «Leer es contagioso» fue uno de los ejes del programa Familias y Nutrición, impulsado por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y UNICEF durante el kirchnerismo. Existió entre 2005 y 2012. Orientado a garantizar las condiciones necesarias para que los niños pudieran desarrollarse integralmente, formaba equipos de facilitadores locales que realizaban acciones regulares y sostenidas en su comunidad en torno a la nutrición, la crianza, la lectura y el juego. Proveía a las comunidades capacitación, acompañamiento, monitoreo y bibliotecas y ludoteca de excelente calidad, así como financiamiento para la construcción de espacios públicos de juego y otras iniciativas comunitarias semejantes.

hermosos. Nacieron de los mejores escritores e ilustradores del mundo, fueron hechos por las mejores editoriales y seleccionados por equipos técnicos de excelencia, para que lleguen a todos los rincones del país, para que más niños, junto a sus familias, puedan ejercer su derecho de acceder a los libros y experimentar la lectura.

Y yo estoy ahí en medio de ellos, desbordada de asombro, apenas pudiendo creer mi fortuna, sobre todo después de haber pasado varios años muy duros. Me ha sido dada la responsabilidad más hermosa: capacitar en mi provincia a los mediadores comunitarios que recibirán esos libros para compartirlos con las familias de su entorno.

Quiero acentuar una cosa: yo había nacido en un hogar de clase media acomodada —si bien el neoliberalismo de los noventa y comienzos del nuevo milenio habían arrasado con mi familia, no solo en el aspecto económico— y desde pequeña había estado rodeada de libros. Pero nunca así. Nunca esos libros. Probablemente, ello tenía que ver no solo con la pobreza en la que había vivido los últimos seis o siete años, sino también con el hecho de que, desde que yo había dejado de ser niña y lectora de libros de literatura infantil, el campo y el mercado editorial de la literatura para niños y jóvenes (en particular el libro ilustrado) se habían transformado rotundamente. Ahora se ofrecían libros de calidad de una diversidad literaria y visual que no existía antes. Pero igual remarco el asunto: si yo, que había nacido en un hogar de clase media alta, hija de padres lectores, universitaria, frecuentadora de bibliotecas y librerías, si yo, digo, con todas esas ventajas no había visto nunca libros como esos, y sobre todo nunca en un contexto en el que los pudiera curiosear libremente... ¿cómo sería para las personas que habían nacido en situación de pobreza, o en hogares no lectores, o que no pudieron acceder o permanecer en los diversos niveles del sistema educativo?

Una de las mediadoras comunitarias de lectura que participaría luego en el proyecto «Leer es contagioso» me manifestó tiempo después lo mismo: el profundo asombro, la honda conmoción que le generó ver por primera vez los libros que contenían las cajas que llegaron a su barrio. Y dijo algo hermoso, perfecto: dijo que ese encuentro con los libros la movilizó, y sintió que «tenía que hacer algo con el asombro». Lo que tenía que hacer con ese asombro era compartirlo.

LOS DONES DE LOS LIBROS

Compartir el asombro y la divina curiosidad con la que todos venimos al mundo que por ahí se irán adormeciendo con los años si no se nutren, si alguien no nos acompaña en el camino de descubrimiento de nuestro entorno y de nosotros mismos.

En su famoso texto de *El libro de los abrazos*, «La función del arte», Eduardo Galeano nos dice que esta es «ayudar a mirar». Y eso es exactamente lo que los libros hacen. Como todos los bienes culturales, tangibles o intangibles, por supuesto, pero me parece que ningún otro tiene tantos dones como el libro, y por eso es un bien cultural fundamental.

En su *Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros*, Lorca dijo que «libros» es una palabra mágica (dijo más, ¡dijo que equivale a decir «amor, amor»!).

Ellos, los libros, guardan el don del conocimiento, claro, pero también otro mucho más poderoso sin el cual el conocimiento no es más que repetición estéril, y ese don es el de la imaginación. Los libros nos enseñan que hay, hubo y habrá muchos otros mundos posibles además de este, que en este mismo mundo caben muchos distintos (y por eso

la imaginación es nuestra facultad política por excelencia). Como dice Caetano Veloso en su hermosísima canción «Livros», «la frase, el concepto, la trama, el verso (y sin dudas sobre todo el verso) son los que pueden lanzar mundos en el mundo».

Los libros, por supuesto, poseen el don de la ficción, ese artificio vital que construye un espacio imaginario al que podemos ingresar, establecer un pacto de suspensión de la incredulidad, aceptar otras reglas de juego diferentes de las de la realidad, ensanchando nuestros horizontes, nuestra libertad y nuestros recursos (Montes, 1999).

Además de llevar en sí el don del conocimiento y la imaginación, los libros y la literatura son refugio, red y horizonte (a veces hasta casi un conjuro) cuando nos sentimos desamparados, encerrados, o tristes, o confundidos, o desesperanzados, o incomprendidos. Los libros nos ayudan a encontrar palabras, imágenes, metáforas, para entendernos a nosotros mismos, a nuestros sentimientos y al mundo que nos rodea. Nos ayudan a comprender que otros y otras sintieron cosas parecidas a las que nosotros sentimos. Cuántas veces tomamos un libro y lo marcamos. Una lapicera o un lápiz ávido subrayan, encierran en un círculo, dibujan alrededor de las palabras escritas, como queriendo enlazarlas y enlazar-nos así a la cordura, a este mundo, a un orden del discurso. Enlazarnos, además, fundamentalmente a otro. En los libros encontramos a otro ser humano que nos dice: sos de este mundo, no estás tan extraviada.

Leer nos ayuda a construir una zona de intimidad, seguridad, alivio y libertad al mismo tiempo. Michèle Petit sobre todo, pero no solo ella, ha estudiado los efectos subjetivantes y reparadores de la lectura.³

3\ Esta es una idea que Michèle Petit, antropóloga especializada en lectura, elabora y profundiza a lo largo de toda su obra fundamental. En libros como

Y además (y quizá por sobre todas las cosas) los libros tienen el don de *encender deseos*. A través de los libros recibimos «noticias sobre nosotros mismos» (como dice Michèle Petit parafraseando a Breton) (Petit, 2001), conocemos lugares a los que nos dan ganas de viajar, profesiones que nos dan ganas de tener, actitudes que queremos imitar.

Por otro lado, en un mundo que hoy, con la revolución digital y la proliferación de las pantallas y los vínculos a través de internet, se ha vuelto tan virtual y a menudo tan pobremente consciente, tan alienado de su materialidad y su temporalidad, los libros tienen el don de ser tangibles y a la vez portátiles, y como dice de nuevo Caetano, «son objetos trascendentes, pero podemos amarlos con amor táctil». Los libros, en tanto objetos materiales, propician una experiencia estética integral: la vista, el tacto, el olfato se ven involucrados. Me gusta que los libros reflejen el paso del tiempo (en su olor, en el color de sus hojas, en la extrañeza que sentimos ante los diseños y estilos textuales antiguos, en las marcas que tal vez otros lectores anteriores a nosotros dejaron en ellos). Eso también nos habla de nuestra fragilidad, de nuestra fugacidad.

Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura, o Lecturas: del espacio íntimo al espacio público, comparte las conclusiones de sus trabajos de campo entrevistando a jóvenes usuarios de bibliotecas en Francia. Petit (2001) encuentra que la lectura desempeña un papel central «en la elaboración de la intimidad, el descubrimiento, la construcción, la reconstrucción de sí mismo, y en la invención de otras formas de compartir aparte de las que nos oprimen o nos encierran». «La lectura ayuda a las personas a construirse, descubrirse, a hacerse un poco más autoras de su vida, sujetos de su destino». «La lectura nos deja mejor equipados para elaborar o reconquistar una posición de sujeto, y no ser solo objeto de los discursos de los otros».

Además de retomar esta noción central, las afirmaciones que hago en este capítulo respecto de la lectura como un hecho social, y los obstáculos a la hora de relacionarse con los libros, no son sino reescrituras de sus ideas.

EL ACCESO A LOS LIBROS ES UN DERECHO HUMANO

Por todos estos dones, y por la preponderancia que la palabra escrita tiene en nuestra sociedad para la conservación, transmisión y construcción de saberes y representaciones; porque la cultura escrita en nuestra sociedad es la «puerta de entrada» para numerosos caminos de desarrollo personal y colectivo, y para el ejercicio pleno de la ciudadanía, por todo eso, el acceso a los libros es un derecho, es decir algo de lo que nadie debería ser excluido. Es un derecho que incluye muchos otros: el derecho a la cultura, a la educación, al conocimiento, a la información, al arte, a la palabra y la simbolización, al patrimonio histórico, a la identidad, a la expresión, a la libertad de pensamiento, al juego, a la ensoñación, a la ficción, a la belleza y al goce estético.

Por eso hay que trabajar por la democratización del acceso a los libros. Trabajar para que los libros se vuelvan familiares, que formen parte de la vida cotidiana de las personas. Los libros son mercancías, sí los escritores, ilustradores, editores y libreros vivimos o intentamos vivir de hacerlos y venderlos. Pero no deberían, bajo ningún punto de vista, ser solo mercancías. Eso es lo que *derecho* significa: algo que nos corresponde más allá de que tengamos o no dinero para comprarlo. Lamentablemente los libros son caros (como decía Galeano «a los libros ya no es necesario que los prohíba la policía, los prohíbe el precio») (1989). Lejos ha quedado el sueño de Boris Spivacow, de que un libro valga el equivalente a un kilo de pan.⁴ Y en un país como Argentina, en el que cerca de la mitad de los hogares está bajo la línea de la

4\ Boris Spivacow fue el genial director del Centro Editor de América Latina, un proyecto editorial revolucionario que, desde 1966 y hasta 1995, publicó en Argentina colecciones excelentes (de literatura y ciencias sociales sobre todo) a precios populares.

pobreza, el elevadísimo precio de los libros no resulta algo menor.

Por supuesto, acá juega un rol primordial el Estado, tomando (o no) la decisión política de destinar una parte considerable de su presupuesto a la compra y distribución de libros de calidad en escuelas, bibliotecas y «lugares no convencionales de lectura»,⁵ así como a regular los costos del papel y de los insumos para imprimir que terminan impactando en el precio de venta. El Estado debe garantizar la distribución de libros, sí; ello es condición necesaria pero no suficiente. Es fundamental, además, que destine parte de sus recursos a la formación y formalización de mediadores de lectura. Por formalización quiero indicar la necesidad de que se creen cargos de bibliotecarios en las escuelas, y que la promoción de la lectura en centros de salud, comedores, espacios comunitarios diversos, sean tareas rentadas y no siempre la labor de voluntarios.

LA OTRA CARA DE LA MONEDA: LA MEDIACIÓN DE LECTURA

Cuando alguien no ha tenido la suerte de disponer de libros en su casa, de ver leer a sus padres, de escucharlos relatar historias, las cosas pueden cambiar a partir de un encuentro. Un encuentro puede dar la idea de que es posible otro tipo de relación con los libros.

MICHÈLE PETIT

5\ Ver capítulo 5, Bibliotecas ambulantes.

Es fundamental la llegada física de los libros a lugares donde antes no estaban. Pero no alcanza solo con eso. La compra y distribución de libros por parte del Estado es condición totalmente necesaria (y saludable, ya que estimula la industria editorial), pero en absoluto suficiente para democratizar el acceso al libro. Es solo una cara de la moneda.

Quizá muchos hemos visto o sabemos de libros que duermen en los estantes de las bibliotecas —o peor aún, libros que llegan a instituciones donde ni siquiera los sacan de sus cajas—. Este hecho, que los defensores del achicamiento del Estado usaron de perezoso argumento para dejar de comprar y distribuir libros, se tendría que afrontar de forma muy diferente: no dejando de distribuirlos, sino fortaleciendo su acción complementaria, la otra cara de la moneda: la mediación de lectura.

Difícilmente alguien llega solo a los libros. Los trabajos de Michèle Petit también nos han hecho ver que detrás de todo lector siempre hay alguien que «pasó el secreto», que abrió la puerta del juego, que generó la ocasión. Alguien que reveló, legitimó o afianzó el deseo de leer. La lectura es un hecho social. Leemos de la mano de otros. La sola presencia física de los libros, por más hermosos que sean, no garantiza su lectura; porque muchas veces los libros generan indiferencia o rechazo.

Rechazo, sí: hay personas que se sienten intimidadas, excluidas, dejadas de lado o puestas a prueba frente a un libro. Para muchos los libros están asociados a experiencias frustrantes, aburridas o hasta humillantes: trayectorias escolares interrumpidas o muy difíciles, exposiciones vergonzosas, evaluaciones de las que no salieron airosos, exigencias alejadas de sus intereses o gustos. Para muchos, los libros están investidos de ese tipo de poder que se regodea en que el otro se sienta ignorante o poca cosa. Los libros, la cultura escrita, parecen pertenecer al mundo de «los que

estudiaron», los que tienen títulos y el poder de influir sobre las vidas de otros.

Para algunas personas, también, los libros pueden parecer superfluos, innecesarios, inútiles, y leer una pérdida de tiempo o una holgazanería, porque a pesar de que la lectura es una actividad intensa y hasta agotadora, exige quietud, silencio, hacer una pausa, darse el tiempo para que los significados decanten y dejen sedimento.

Por eso, a veces pareciera que promover la lectura fuera una tarea muy difícil, o incluso anacrónica, o a contramano de los tiempos acelerados y electrónicos que corren. Una tarea en la que hay que vencer muchas resistencias. Parece mucho más fácil de hacer con niños: como ocurre a menudo con muchas otras cosas, son ellos los que con más naturalidad se acercan a los libros. Los niños, con la curiosidad y la fantasía a flor de piel, casi intactas, con su avidez de conocimientos y de relatos, con poco miedo a equivocarse, se inclinan espontáneamente hacia los estantes, baúles, bolsileros donde viajan imágenes y textos escritos. Con jóvenes y adultos pareciera más difícil, pareciera que crecer fuera alejarse cada vez más de los territorios de las preguntas, los enigmas, el misterio, la poesía. Los adultos necesitamos vencer más barreras, más prejuicios, más huellas; abrir partes nuestras que por diversas razones clausuramos o dejamos caer en el olvido.

Pero es posible hacerlo. Es posible el encuentro o reencuentro fecundo con los libros. Hay miles de experiencias de encuentros y reencuentros con los libros en las que los protagonistas han sido tanto niños como jóvenes y adultos. En este libro se contarán solo algunas de esas experiencias: el mundo, las aulas, los centros de salud, los centros comunitarios, las cárceles... están llenos de esas historias, y lo más lindo del asunto es que esta es una historia siempre abierta que todos podemos seguir escribiendo.

Retomo el concepto inicial: la otra cara de la moneda de la distribución de libros es la mediación de lectura, y por ende la formación y formalización de mediadores. Que son por supuesto tareas difíciles y delicadas, poderosas y humanas.

No es fácil «definir» lo que es la mediación de lectura. Como decía Laura Devetach acerca de la pretensión de definir la poesía, es casi como querer «meter el mar en un frasquito» (2012). Y además no hay «fórmulas» ni «recetas mágicas». Pero es posible bosquejar «un perfil» del mediador, enumerando una serie de gestos, acciones, disponibilidades y dispositivos que a través de la experiencia de muchos han probado ser buenos «casamenteros» entre las personas y los libros.

A partir de esas experiencias y también de las teorizaciones de diversos autores, es posible decir que mediador es alguien que promueve la relación de las personas con los libros y la lectura. Alguien que crea un ambiente propicio, donde se den las condiciones para que las personas puedan generar una relación duradera con el mundo de lo escrito y los libros. Alguien que ofrece una hospitalidad (Petit, 1999), un espacio, un tiempo y una disposición para encontrarse en libertad con lo que los libros tienen para ofrecer, alguien que genera las condiciones para que el deseo de leer se abra paso. Lo hace de múltiples formas y en variados contextos. Cada mediador, como cada lector, tiene su propia poética, su equipaje de textos y lecturas, de herramientas y experiencias, las marcas de su propia sensibilidad. Así, una de las cosas que puede hacer es poner los libros a disposición de las personas en un clima de libertad: tendiendo una «mesa» o una «alfombra» de libros diversos para que los niños, jóvenes y/o adultos exploren, deteniéndose en aquello que les llamó la atención o dejando aquello que no les interesa.

Considero que es muy importante que el mediador ofrezca libros variados (de géneros, autores, temas, estilos

y estéticas diversos), porque por suerte no todos los lectores somos iguales, no a todos nos atraen ni interesan las mismas cosas. La hermosa *bibliodiversidad*,⁶ además, nos permite «celebrar la variedad de la vida y lo inagotable de su significado» (Andruetto, Lardone, 2011).

El mediador permitirá que a partir de ese momento pasen cosas que no planeó sino que tienen que ver fundamentalmente con compartir el descubrimiento de los otros: estar disponible para la lectura en voz alta, para escuchar y responder inquietudes, acompañar en las dificultades que surjan, estar atento para «conectar» ese libro que llamó la atención con otro, empezando así a tejer esa bella trama que son la literatura y el conocimiento; recomendar libros «con la medida adecuada», con la justa dosificación de «enigma y confianza» (Montes, 2001)⁷ para cada tipo de lector, llamar la atención sobre aspectos divertidos, interesantes, extraños o muy bellos que hay en los libros; compartir fragmentos que le gusten especialmente, respetar las reacciones que provoquen. Habrá lectores que prefieran leer solos y otros que querrán compartir sus descubrimientos o incluso pedirán que les lean en voz alta. Habrá también jóvenes, adultos o niños que no quieren leer, y si bien se sostendrá la invitación (nunca la imposición) a hacerlo, eventualmente,

6\ Según la *Alliance Internationale des editeurs indépendents*, «la bibliodiversidad es la diversidad cultural aplicada al mundo del libro».

7\ Graciela Montes, en *La gran ocasión, la escuela como sociedad de lectura* (2007), dice lo siguiente: «Si el lector es puesto frente a algo absolutamente ajeno, algo cerrado, tan complejo y alejado de sus estrategias de lectura que no tiene por dónde entrar para apropiárselo, probablemente lo rechace furibundo... o abatido (...) en cambio, si hay alguna puerta —y una de las más ricas e interesantes formas de intervención de un maestro es encontrarlas— y el lector no queda aniquilado sino que siente que puede jugar, que puede ejercer su trabajo y leer con alguna confianza, creyendo en sí mismo como lector, los efectos serán tremendamente saludables. Esta estimulante dosificación de enigma y confianza es una de las intervenciones más importantes del maestro».

si alguien no tiene el deseo, el mediador deberá respetarlo. Es muy común por ejemplo en contextos de trabajo comunitario que los chicos se entusiasmen con locura por los libros, mientras mamás y papás se mantienen distantes: ellos parecen pensar o, a veces, dicen «los libros no son para mí»; «no sé leer bien»... Sienten vergüenza, no se sienten habilitados... una tarea fundamental de los mediadores es ayudar a esos adultos a sentirse habilitados para curiosear los libros, tomarlos, leerlos... acompañar luego a sus hijos en la lectura... en un clima de confianza y respeto. Pero siempre con delicadeza, siempre sin forzar, confiando en que algunas cosas llevan tiempo.

En fin, esta es una de las cosas que puede hacer un mediador de lectura: proponer la exploración libre del acervo de libros, lo que resultará en escenas de lectura diversas (lectores leyendo solos y otros en grupo; lectores concentrados en un solo libro y otros «picoteando» varios, lectores leyendo textos y otros leyendo imágenes... etc.). No es la única puerta de entrada posible aunque suele ser la que prefiero para empezar porque es la más generosa y humilde, y nos permite conocer los intereses, gustos, inclinaciones de los lectores.

También puede partirse de la lectura en voz alta de uno o varios textos seleccionados con anterioridad. El mediador de lectura no necesita ser narrador oral, actor, titiritero... Pero es probable que, a través de su práctica, vaya encontrando una serie de dispositivos, rituales, fórmulas y objetos que le sirvan para generar clima, vencer resistencias, invitar. Pequeños gestos, intervenciones mínimas, que no hagan perder protagonismo al vínculo con el libro, sino simplemente inauguren un espacio poético. Fórmulas orales, modulaciones de la voz, pequeños juegos corporales, una varita mágica, un títere, tarjetas con poemas o palabras, una cajita, una tela, una caracola...

Finalmente, un mediador de lectura sabe que la experiencia de compartir una historia, una serie de versos o de imágenes no necesita «algo más» para ser significativa. Esto no implica que no pueda proponer otras actividades después de leer (leer puede despertar el deseo de dibujar, jugar, de cantar o de escribir). Pero es importante que nadie sienta que está obligado a cumplir con ninguna «tarea». Y, sobre todo, no olvidar que el sencillo y profundo acto de leer juntos es el corazón de nuestra experiencia.

LA MEDIACIÓN DE LECTURA COMO VÍNCULO Y COMO LAZO SOCIAL

La lectura de un texto es infinita,
pero el momento en que el mediador
comparte la lectura con el niño (o el
joven o el adulto), y el intercambio
de experiencias, es único por incluir
el vínculo allí establecido.

A COR DA LETRA

Las palabras y los libros no son
importantes por sí mismos,
sino porque a un extremo y al otro
de lo escrito o leído hay personas que
se encuentran. Los libros son puentes
entre personas, «puentes para
aprender a pisar, a sostenerse»,
como dice la poeta Circe Maia.

MARÍA TERESA ANDRUETTO

El vínculo, por supuesto, es el meollo del asunto. La disposición a compartir un tiempo y un espacio especial, la escucha, el respeto, la gratuidad, no pedir nada a cambio.

El acto de leer juntos es sencillo y poderoso. Lo íntimo y lo compartido se ligan en ese acto de forma indisoluble; la construcción de sí mismo y la apertura hacia el otro. Sobre todo en la primera infancia, pero no solo, el leer junto a otros deja marcas indelebles. La lectura en voz alta se vuelve arrullo, abrazo, fuente de seguridad, sostén para el niño. Tan importante, tan fundante es esta escena de lectura, que repercute enormemente en el desarrollo de las personas. Emilia Ferreiro dice: «Hay niños que ingresan a la lengua escrita a través de la magia, y niños que entran a ella a través de un entrenamiento consistente en habilidades básicas. En general, los primeros se convierten en lectores, los otros en iletrados o analfabetos funcionales» (2016).

Por otro lado, en muchísimas de las escenas de lectura que brotan de las diversas acciones de mediación, se generan lazos intergeneracionales, fundamentales para el fortalecimiento del tejido comunitario. Jóvenes que van a leer a escuelas o jardines de infantes, abuelos leyéndole a niños, padres y madres compartiendo la lectura con sus hijos...

La mediación de lectura tiene que ver con la construcción de vínculos, de redes de sostén, con el fortalecimiento comunitario.

¿QUIÉNES PUEDEN SER MEDIADORES DE LECTURA?

Para ser mediador de lectura primero hay que ser lector. ¿Esto significa que es indispensable haber leído muchos libros? Claro que una persona que haya leído y conozca muchos libros estará en una buena posición para tejer redes entre textos diversos, recomendar, llamar la atención sobre

aspectos o procedimientos del discurso literario, de la ilustración y muchas otras cosas más que enriquecen la experiencia de la lectura. Pero quizá haya que partir por definir: ¿qué es un lector? Y aquí retomo las ideas de Graciela Montes (2007): un lector es un curioso, un preguntón, alguien que busca construir sentido, a partir de los indicios que va recogiendo. Cuántos libros haya leído ese lector es una cuestión de tiempo, experiencia y oportunidades. Pero en absoluto es el factor determinante. Si tenemos en cuenta, además, lo que Laura Devetach nos enseñó acerca de las textotecas internas (2012) —el acervo personal de textos, muchos procedentes de la tradición oral, los dichos familiares, o los medios de comunicación, que son «el punto de partida» de cualquier camino lector— veremos que no existen personas sin equipaje, sin caja de herramientas, a partir de las que construir sentido.

Con ayuda de ese bagaje, con un poco de acompañamiento inicial, y con el deseo de hacerlo, una persona puede construir su posición de mediador. En mis años trabajando con la lectura, he participado de experiencias en las que jóvenes y adultos «con pocos libros leídos» se colocaban en posición de mediadores, llevando libros a plazas, escuelas, centros comunitarios y de salud, ofreciéndose a leer en voz alta o junto a otros.⁸

Lo esencial para convertirse en mediador es el deseo de leer junto a otros, no importa cuánto se haya leído antes. Lo fundamental es la curiosidad, junto con la disponibilidad, la hospitalidad de la que nos habló Petit, la predisposición a descubrir juntos, a compartir lo que un libro tiene para ofrecernos.

8\ Ver capítulo 2, Jóvenes mediadores de lectura.

Volviendo a la «cantidad» de libros leídos: no olvidemos que la práctica misma de mediación va ensanchando sustancialmente nuestro camino lector. En las bibliotecas, en las escuelas, nos encontraremos explorando los acervos junto a los niños, y quizá descubramos en ese momento libros maravillosos. Y además, una vez que la posición de mediador se «conquista» (el deseo de convidar textos, compartir con otros lo que nos emocionó, «hacer algo con el asombro»), una vez que descubrimos que leer junto a otros nos gusta, nos hace bien... vamos a ir a buscar más libros para convidar. Iremos construyendo nuestro repertorio de libros que nos conmueven o gustan para compartir.

QUE A NADIE LE FALTE LA OCASIÓN DE ACCEDER A LOS LIBROS

Muchos de quienes enlazamos nuestras vidas al trabajo de *democratizar el acceso a los libros*, lo hacemos porque para nosotros los libros han sido y son no solo significativos e importantes sino vitales: no podríamos vivir sin ellos. A quienes trabajamos en promoción de la lectura, a menudo, los libros nos salvaron (de la soledad, el desamparo, la locura, el sinsentido, el dolor). Sentimos que una casa es verdaderamente una casa si en ella hay libros. Si nos fuéramos a una isla desierta nos llevaríamos libros. Y así.

Pretender que los libros cobren para todos la misma importancia que para nosotros es absurdo. Sugerir que la lectura por sí sola garantiza el desarrollo de un país o la conciencia crítica también. Leer no nos hace necesariamente inteligentes o capaces de tomar decisiones acertadas o justas; leer, si bien colabora en el desarrollo del pensamiento crítico, en la capacidad de «no quedarse en la cáscara de las cosas», no lo garantiza. Leer no nos hace necesariamente

buenos, sensibles o justos. Se puede ser crítico, inteligente y justo siendo analfabeto o habiendo leído pocos libros. Se puede ser sabio y ser analfabeto. Y se pueden haber leído montones de libros y ser necio, injusto o perverso. Creo que afirmar que el acceso a los libros es un derecho no debe hacerse desde el supuesto de que sin libros «hay barbarie» o hacerlo desde un supuesto rol «civilizador» o «iluminador» de la lectura.

El acceso a los libros es importante por todas las cosas que enumeré. De lo que se trata es de que nadie se quede sin la oportunidad de acceder a ellos y al encuentro fecundo con lo que pueden la literatura, el arte, las palabras. Después cada quien elegirá, pero que a nadie le sea quitada esa oportunidad. Como decía Graciela Montes, de lo que se trata es de multiplicar las ocasiones para que el deseo de leer se abra paso.

Y cuando la ocasión es verdadera, cuando están dadas las condiciones para ello, el deseo aparece. Y esto no es fundamentalismo, bajada de línea o prédica. Como dice Ricardo Mariño en su maravilloso texto *Milagros y epifanías*:

es la predicación lo que no me cierra, la lata de vendedor, lo publicitario, la carga de moralismo que hay en las bajadas de línea que piden más y más lectura. Si no me va la predicación, en cambio no tengo más que buenas expectativas hacia los milagros. Produzcan un milagro delante de mi casa y tendrán en mí un creyente. Hagan que la lágrima resbale por la cara del santo el día que yo visite la iglesia, y me tendrán con ustedes. Separen las aguas para que yo pase, y contarán con mi fidelidad. (2012)

Y acá, quien escribe, les asegura que no solo ha vivido esos milagros en carne propia, sino que los ha visto suceder en otros. Si creo en el poder transformador de los libros es porque yo he visto transformaciones, al menos fugaces, en las personas que, habitualmente negadas al acceso a un libro

hermoso, de pronto descubren uno: he visto las sonrisas, he visto la emoción, las ganas de mostrarle al de al lado, la avidez incluso, he visto la mirada encenderse. Y por lo poco que sé, cuando una mirada se enciende, se enciende algo adentro también. A veces ese deseo dura una etapa de la vida, a veces la vida entera.

También sé que cuando alguien escribe algo que le gusta o dice algo de sí mismo, al menos por un momento, siente orgullo.

En la literatura, en la palabra, en la memoria de los ancestros, en el arte, está el nudo de lo humano. Un nudo que casi siempre tironea.

2 Jóvenes mediadores de lectura

Cualquier persona con el deseo de hacerlo, con un poco de acompañamiento inicial y algunas herramientas a su disposición, puede convertirse en mediador de lectura.

Quiero compartir el relato de dos experiencias que tuvieron a los jóvenes como protagonistas.

PESCANDO LECTORES: JÓVENES MEDIADORES DE LECTURA DE ALTO VERDE

Entre los años 2010 y 2016, como parte de mi trabajo dentro del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Santa Fe, coordiné junto a la trabajadora social Melisa Oroño un grupo de Jóvenes Mediadores de Lectura en el barrio costero/portuario de la ciudad capital de dicha provincia. Melisa, quien venía trabajando hacía tiempo con un grupo de jóvenes de 14 a 23 años, tenía ganas de hacer algo en torno a la lectura y los libros.

Así fue que empezamos con algunos encuentros donde les comentamos a los jóvenes la idea: compartir libros con los niños y familias del barrio, a través de jornadas de mediación de lectura en instituciones y espacios públicos, en las que ellos se desempeñarían como mediadores. Llevé dos cajas de libros del proyecto *Leer es contagioso* (aquellos

libros tan hermosos de los que hablé al principio) para que los jóvenes los exploraran y comenzaran a familiarizarse con ellos. Los chicos aceptaron el desafío. Por varios encuentros, nos juntamos a leer y comentar lo que encontrábamos en los libros. Hablamos de géneros, autores, de lo que la lectura nos provocaba, de qué nos llamaba la atención, de qué creíamos que pasaría al compartir esos libros con los niños. Compartimos lecturas en voz alta. Si bien es de destacar que en este singular grupo siempre hubo varias chicas que tenían mucha facilidad y seguridad para hablar en público, y excelentes lectoras en voz alta, también, por supuesto, había jóvenes que nunca se animaron a leer frente a sus pares. En las jornadas de mediación que hicimos más adelante con niños, estos últimos jóvenes se animaron a leer en grupitos reducidos, o de a uno, pero no a viva voz para todos. Lo importante es que, no importa cuán extrovertidos o tímidos seamos, qué cosas se nos jueguen en esas situaciones de cierta exposición, siempre hay una escena de lectura posible para ejercer la mediación, una escena a nuestra medida. De hecho, en tanto la mediación implica que dos o más personas establecen una relación por medio de la lectura, en tanto, como decíamos hoy, la mediación es vínculo, esta situación de intimidad, de lazo personal, de encuentro singular con los niños, se convirtió en una fuente de seguridad para los jóvenes, una de las cosas más gratificantes para ellos, una de las que más los motivaba, según sus propios testimonios (como veremos más adelante).

En los talleres de formación también miramos videos y fotos de experiencias de mediación de lectura, a partir de las cuales fuimos analizando, conceptualizando, pensando algunas cuestiones básicas: lo que es la mediación, la acción cultural, lo que genera la lectura, las posibilidades de acceder a los libros, la importancia de la libertad para explorar y manipular, la importancia de la bibliodiversidad, la

diversidad de lectores y escenas de lectura, los espacios no convencionales de lectura, algunos «rituales» o «fórmulas» para abrir o cerrar las jornadas de mediación.¹

El nombre *Pescando lectores* se le ocurrió a José Luis, uno de los jóvenes, a partir de hacer una lluvia de ideas en torno a nuestra misión como mediadores, y a la identidad del barrio. Alto Verde es un barrio que surgió a comienzos del siglo xx, a partir de la construcción del entonces puerto de ultramar de Santa Fe. Un barrio ligado al río, al puerto y a la pesca. El nombre resultó perfecto.² Cimentar la identidad grupal nos parecía algo muy importante. Por eso, además del nombre, diseñamos un logo para el grupo. Uno de los jóvenes dibujó un hombre que pescaba desde un barco-libro. Con ese bosquejo fuimos a una diseñadora gráfica, quien realizó el logo. Al mismo lo usaríamos más tarde en nuestras remeras (fuimos a estamparlas nosotros mismos a un taller de Serigrafía en *La Esquina Encendida*, uno de los espacios del Tríptico de la imaginación³ en Santa Fe). El logo también apareció en los libros de pequeño formato que realizamos recopilando historias del barrio (sobre esto me explayaré en el capítulo próximo), en los afiches y volantes que usábamos para promocionar las jornadas de mediación y la biblioteca que creamos, y en el sello de la biblio que usábamos para los libros.

1\ Ver capítulo 6, Taller: modelo para armar y desarmar.

2\ Coincidencia o magia, años más tarde, en 2018, viajé a Colombia a realizar una formación en libros artesanales con Irene Vasco, en la playa de La Alegría, Tolú. La escuela de aquel pequeño y encantador paraje de pescadores del Caribe colombiano tenía un grupo de mediadores que se llamaba *Pescando lectores*.

3\ El *Tríptico de la imaginación* en Santa Fe está conformado por *La Redonda*, *El Molino Cultural* y *La Esquina Encendida*, tres espacios inaugurados durante la gestión del socialismo en la provincia, cuando era Ministra de Innovación y Cultura Chiqui González. Se trata de tres espacios para la convivencia, el juego, el acceso a los bienes culturales y el aprendizaje de lenguajes múltiples.

La creación de una biblioteca no había sido el objetivo inicial (sino simplemente realizar los talleres de mediación), pero una cosa fue llevando a la otra. Empezamos con las dos cajas de libros de literatura infantil y juvenil del proyecto *Leer es contagioso* que mencioné. Luego, nos ofrecieron asignarnos los libros de *La biblioteca de la cuadra*, un proyecto de Extensión de la Universidad Nacional del Litoral, que contenía sobre todo novelas y libros de información. Además, una agrupación del centro de estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas, quienes habían realizado una campaña muy grande solicitando la donación de libros, nos entregó un acervo muy numeroso, sobre todo de libros de texto escolares.

En poco tiempo, contactándonos y armando red con otros actores, logramos dotarnos de un acervo valioso, actualizado y numeroso. El Ministerio de Desarrollo Social financió la compra de estantes y otro mobiliario para garantizar que los libros estuvieran al alcance de los niños. Así fue como creamos nuestra biblioteca, también llamada *Pescando lectores*, abierta a la comunidad.

En el entrepiso de la capilla Jesús Resucitado (donde trabajábamos ya que el Ministerio de Desarrollo Social no cuenta en Alto Verde con sede propia), los jóvenes pintaron de colores los muebles comprados, lijaron y pintaron cajones de verdura, acondicionaron y embellecieron el espacio con almohadones, alfombras, móviles de papel. José Luis, que por ese entonces participaba de un taller de carpintería, construyó un gran baúl de madera para los libros para niños. Iván, que a su vez se estaba capacitando en mimbrería, hizo una canasta para los libros para bebés. Gestos de apropiación, empoderamiento y generosidad.

Todos los viernes a la siesta, durante esos bellos años, ese fue nuestro lugar de encuentro, nuestro refugio, donde compartimos charlas, mates, bizcochos, tortas, proyectos,

lecturas, escrituras, de donde salíamos con nuestras mochilas y cajas cargadas de libros para ir a llevarlos a los jardines y escuelas del barrio, a las plazas, y hasta al Hospital de niños.

Construimos dispositivos para jugar con la palabra y usarlos en los talleres con niños: el *dominó de rimas* y la *general de palabras*. José Luis consiguió y cortó los tacos de madera para hacer los dados de la generala. Los pintamos con acrílicos de colores. Entre todos pensamos palabras sugerentes, que nos hicieran evocar el territorio de los cuentos y la ficción (palabras como *anillo, mensaje, bote, barco, niebla, escoba, bosque, caballo, mar, violín, flauta, lámpara, deseo, torre, espejo...*). Con marcador indeleble las escribimos en las caras de los dados. Lo mismo hicimos con el *dominó*: pintar, elegir palabras que rimaran, escribir.

Además de los libros y estos dispositivos o juguetes de palabras, a nuestras jornadas de mediación llevábamos susuradores, poemarios, una alfombra.⁴

En las jornadas de mediación, que hacíamos de forma quincenal en los espacios diversos que mencioné, a veces solamente leíamos, pero en otras ocasiones también proponíamos actividades luego de la exploración y el disfrute libre de los libros. Esas actividades podían incluir la escritura (casi siempre colectiva, en papelógrafos, respondiendo al dictado de los chicos; otras veces en grupitos de trabajo más reducidos), pero también otros lenguajes y prácticas: dibujar, hacer collage, hacer títeres, construir objetos, susuradores, máscaras, etcétera.

A lo largo de los seis años del proyecto, tuvimos la posibilidad de comprar más libros (ganamos una convocatoria del Ministerio de Innovación y Cultura, el programa *Ingenia*, que financiaba iniciativas comunitarias juveniles).

4\ Ver capítulo 6, Taller: modelo para armar y desarmar.

Los jóvenes participaron de la selección y compra de los libros. Ir a las librerías del centro de la ciudad y poder comprar libros era algo que estos jóvenes nunca antes habían hecho. Aprovechábamos, por supuesto, esas idas al centro para pasear y tomar algo por ahí todos juntos.

Soledad, Lionel, Iván, José Luis, Viviana, Luisina, Micaela, Jesi, Guadalupe, Joana, Milagros, Andrea, Natalia, Matías, Marcelo, Leonardo, Jonatan, Belén, Jacqueline, Mariana, Betania, Silvina, Claribel, Sabrina, Lidia, Cintia, Hernán... son los nombres de los jóvenes que formaron parte del grupo, dejando cada uno su impronta, y llevándose sin duda también una huella singular.

En los seis años que duró el proyecto, algunos de los jóvenes fueron «entrando y saliendo» del grupo, aunque unos cuantos participaron de forma estable por más de cuatro años.

¿Qué significó para los jóvenes esta experiencia de ser mediadores de lectura? ¿Cómo impactó —si lo hizo— en sus tramas vitales?

Aquí quiero compartir algunos testimonios de los jóvenes participantes. Primero, algunos que son contemporáneos a la experiencia, es decir, que los jóvenes escribieron en algunas de las jornadas de evaluación que hicimos mientras duró el proyecto:

«Me pongo contenta cuando leo». (Silvi)

«Cuando les leo a los chicos y a mis hermanos siento felicidad porque les leo a los chicos que están aprendiendo a leer y que todavía no saben leer». (Lidia)

«¡Cuando les leo a los chicos siento coraje!». (Sabri)

«Cuando les leo a los chicos siento satisfacción personal, alegría por hacer algo bueno y divertido para ellos». (Lio)

«Siento que los incentivamos a la lectura, los libros y la imaginación». (Andre)

¡Satisfacción, alegría, coraje, felicidad...! ¡Cuántas cosas importantes, vitales, involucradas en algo aparentemente tan simple como establecer una relación con un niño a través de un libro! Gratificación personal por saberse útil, por hacer algo pleno de sentido. Por asumir una posición de hacedor, creador, de brindarse a otros, y no solo de ser beneficiario o receptor de las acciones de los diferentes programas públicos.

Aquí otro testimonio, que le brindaron a un periodista del diario *Uno* de Santa Fe en ocasión de una nota que les hicieron (porque otra cosa a la que siempre le dimos importancia, fue a difundir y visibilizar el buen trabajo que estos jóvenes hacían):

Nos sentimos orgullosos de no estar en la calle y hacer algo productivo por los demás y nosotros mismos. En el grupo conocemos gente nueva, de diferentes partes del barrio, juntos superamos la timidez de afrontar algunas situaciones y aprendimos a convivir y tolerar las diferencias.⁵

Ahora, les comparto otros testimonios, recientes. Interrogados varios años (¡casi diez!) más tarde sobre el significado que atribuían a su experiencia en *Pescando lectores*, algunos de los jóvenes involucrados respondieron:

Pescando lectores para mí fue una experiencia enriquecedora e inolvidable, aprendí muchísimas cosas que me ayudaron a crecer y a desarrollarme como persona. Me devolvió el entusiasmo que sentía cuando era niño por la lectura y los libros. Convivir y relacionarme con chicos de mi edad, con historias

5\ «Jóvenes de Alto Verde capturan las historias de vida de su gente», noticia de diario *Uno*, Santa Fe, 13 de octubre de 2014.

diferentes a la mía, me ayudó a comunicarme mejor con los demás y respetar las diferencias e historias ajenas. En lo personal y creo que a mis compañeros también les habrá pasado lo mismo, fue que encontramos un refugio, un lugar donde aprendimos lo que es la solidaridad, la magia y el placer que te dan la lectura y los libros.⁶

En lo personal el grupo de *Pescando lectores* fue algo muy importante en mi vida, tal así que hasta el día de hoy es un gran recuerdo que atesoro en mi corazón. (...) Me acuerdo de la carita de diferentes niños cuando les contábamos cuentos, en ese momento no me daba cuenta pero creo que quizás éramos los únicos que hacíamos eso por ellos, que les brindábamos ese tiempo, ese espacio... Recuerdo un día fuimos al hospital y yo leí para una nena ciega y me encantó porque sentí que sin darme cuenta le ponía matices a la voz, cuando leía expresiones, mediante iba relatando, para que ella pueda imaginarlo de una manera, no sé, más entretenida supongo. Aprendimos a escuchar y respetar a los abuelos sean nuestros o no, a cuidar y tratar con cariño a los niños, sean tranquilos o no, a ser respetuosos y animarnos a expresarnos en público y también ante diferentes instituciones y a la vez a ser compañeros y a hacer muy buen equipo.

En verdad yo no me sentía capaz de leer, ni de estudiar y obvio que el grupo me acercó a la lectura, me acercó a un mundo que no acostumbraba a vivir, me animó a estudiar, y aunque hoy me cueste vale realmente la pena, quiero seguir viendo niños sonreír cada vez que les lea un cuento o les enseñe algo cuando sea maestra, por eso espero algún día poder recibirme.⁷

6\ Entrevista a Lionel Zuviría, julio de 2021.

7\ Entrevista a Viviana Parpal, julio de 2021.

Me interesa rescatar aquí la noción de *acción cultural*, tal como la entienden Marcia Wada, Cintia Carvalho y Patricia Pereira Leite de *A cor da letra*, una organización brasileña que desde 1998 viene sosteniendo un recorrido enorme en mediación y democratización de la lectura:

Acción cultural es un proceso que ofrece condiciones para que las personas involucradas descubran su capacidad de crear, inventar y reinventar sus objetivos, una vez que las actividades no les son impuestas, ni son dirigidas para alcanzar determinados resultados. O sea, es posible saber de qué modo y con cuáles medios esa acción se inicia y se desarrolla, pero no es posible saber cuáles serán sus resultados, los que acontecen sin que hayan sido previstos y, muchas veces, se manifiestan en situaciones futuras. Una de las principales características de la acción cultural es que la misma tiene comienzo y puede no tener fin.

(...) Es un proceso que provoca transformaciones y se transforma también, llevando a las personas a alterar la forma como pasan a verse y a ver el mundo a su alrededor, haciendo que no se queden limitadas a las soluciones ya elaboradas y a los estándares convencionales, y comiencen a percibir más allá de ese mundo que las cerca. (Carvalho et al., 2004)

Solo queda destacar de esta experiencia la construcción de una relación feliz con los libros de jóvenes y niños que estaban muy alejados de ellos, y de ellos entre sí. Una relación feliz que surge de la apuesta por que los que construyan una posición de mediadores de lectura no sean necesariamente las personas que ya tienen un trato familiar, de larga data, con los libros. Estos jóvenes mediadores estuvieron en posición de compartir con otros algo que ellos no tuvieron. Fueron los intercesores no de un objeto cualquiera, sino de los libros, símbolo quizá para ellos antes de aburrimiento

o exclusión. Quizá ese hecho también tenga algo de reparador en sí mismo.

JÓVENES MEDIADORES DE LECTURA DE LA ESCUELA NORMAL

Una experiencia semejante, pero en un contexto muy diferente, y en la que yo tuve una participación más marginal, es la de Jóvenes Mediadores de Lectura de la Escuela Normal N° 32 General San Martín, en la ciudad de Santa Fe. La tarea es impulsada desde el año 2015 por una de las bibliotecarias de la institución, Micaela Piccini,⁸ quien lleva adelante un trabajo muy valioso haciendo que la literatura forme parte de la vida cotidiana de la escuela. Ocasionalmente yo, que me desempeño como docente de Historia y de Construcción de la Ciudadanía en esa escuela, la acompaño en sus aventuras.

La Escuela Normal de Santa Fe es una institución que cuenta con cuatro niveles educativos: desde Inicial hasta Superior. Asisten a la misma alrededor de 3500 personas, aproximadamente 1000 en el nivel secundario (en 42 divisiones entre primero y quinto año). La experiencia que relato involucra a alumnas y alumnos del nivel secundario, quienes leen a pares de su mismo nivel y a niños de los niveles inicial y primario.

8\ Micaela Piccini es un motorcito de calidez y energía en la biblioteca de la Escuela Normal. Además, es pionera en promoción de la lectura en la ciudad de Santa Fe: miembro de la agrupación *El carrito de los libros* desde 2001 hasta 2009, y de *Abracuentos, libroteca ambulante* desde entonces a la actualidad; tiene una vasta experiencia en educación popular y democratización del acceso al libro. Además, creó junto a otras mujeres *Legüera Cartonera*, una editorial cartonera con el foco puesto en la edición de autores locales y comunidades poco visibilizadas como la afro o la qom en Santa Fe.

En el año 2015 desde la Biblioteca se abrió la convocatoria para los alumnos del secundario: con carteles en los cursos y pasillos, y a través del «boca en boca» entre los usuarios de la biblioteca, se invitó a formar parte del grupo de Mediadores de Lectura, con la propuesta de ir a leer cuentos y poesía a los niños de nivel inicial y primario de la escuela.

Así, se conformó un grupo de dieciocho alumnos en el turno tarde (de 1ero. a 3er. año) y unos 12 en el turno mañana (de 4to. y 5to.). El hecho de ser un grupo conformado por chicos de diversos cursos, le dio riqueza a la experiencia y revistió un carácter especial para los alumnos, que tuvieron la oportunidad de conocer y encontrarse con nuevos pares.

La participación de los alumnos en el grupo de mediadores es voluntaria y se realiza durante el horario de cursado (tanto en el turno mañana como tarde). Los alumnos son autorizados a ausentarse del aula donde cursan sus materias obligatorias para participar de los talleres de mediación, una vez cada quince días y en horarios rotativos. Los horarios rotativos son una forma de no interferir demasiado con el cursado de ninguna de las materias (evitando que los jóvenes se ausenten siempre en la misma franja horaria destinada a una determinada asignatura).

Realizamos varios talleres para que alumnos y alumnas de ambos turnos construyeran herramientas que les posibilitaran desempeñarse como mediadores y mediadoras de lectura. De forma similar a la narrada con la experiencia de *Pescando lectores*, fue a partir de una aproximación al acervo de la biblioteca —selección de las coordinadoras— que comenzamos a dialogar sobre ciertas nociones básicas. A partir de la libre exploración del acervo seleccionado —que incluía literatura infantil y juvenil, poesía, cuentos, historieta— invitamos a los alumnos a que eligieran sus textos preferidos para convidar a los niños y adolescentes. Se invitó a los jóvenes a que compartieran por qué habían

hecho sus elecciones, qué les había llamado la atención, y a que pensarán con niños o pares de qué edad compartirían los libros elegidos. Asimismo, hablamos respecto de qué generaba la lectura en cada uno de nosotros. Los jóvenes realizaron las primeras prácticas de lectura en voz alta leyéndoles a pares en el grupo de mediadores.

A Micaela le interesa especialmente que el libro que los jóvenes decidan compartir con los más pequeños, no sea un libro elegido «al tuntún», sino que los jóvenes compartan lo que a ellos los conmovió primero. Es desde ese entusiasmo, desde ese deseo de compartir el propio camino lector, que se sostiene la mediación.

Con estas primeras herramientas el grupo de jóvenes inició las sesiones de mediación de lectura en las salas de nivel inicial. Esas visitas eran mensuales y entre una y otra realizábamos una reunión grupal para socializar la experiencia, reflexionar sobre la práctica y planificar las actividades futuras.

En nuestra búsqueda por generar recursos variados que contagiaran el deseo por las palabras, elaboramos un poemario y susurradores.

El trabajo se fue consolidando y el grupo fue creciendo y renovándose. Los jóvenes ampliaron sus actividades: además de las lecturas en el jardín, comenzaron a preparar y llevar a cabo *irrupciones de lectura*, es decir, irrumpir sorpresivamente en los salones para leer en voz alta textos breves. Tocar la puerta, pedir permiso al profesor, y como quien no quiere la cosa, en medio de la clase de Matemática, Biología o Inglés, ponerse a leer en voz alta, o hasta recitar, frente a todo el curso, un poema, un haiku, un fragmento de teatro, un microrrelato. Después, sin más, dar las gracias e irse.

Las acciones del grupo de mediadores que coordina Micaela tienen esta impronta: modos para que la literatura desborde los límites de la biblioteca e inunde los pasillos,

paredes y espacios de la escuela. Así, los mediadores también han participado en distintas intervenciones —construir, escribir y colgar guirnaldas con textos poéticos, afiches con caligramas, suelta de textos en los recreos, micros literarios en la radio escolar, entre otras—. La Biblioteca también ha impulsado la edición cartonera de antologías de textos escritos por alumnos. Todo un repertorio de modos poéticos de hacer escuela. La demostración de que *otras formas de hacer escuela*, otras formas de vincularnos dentro de ella, de habitarla, son posibles.

Vaya desde estas líneas mi humilde agradecimiento a la Mica, y a todas las Micaelas que hay a lo largo y ancho del país, bibliotecarias (y bibliotecarios, quizá) comprometidas en expandir su labor, en romper la rutina, en volver a humanizar lo que, a menudo, la burocracia escolar deshumaniza y vuelve sinsentido. Gracias a ellas y ellos por hacer de las escuelas espacios más bellos, poéticos y habitables.

3 Puentes entre la oralidad y la escritura

La aventura humana no se funda
en la escritura, sino en la palabra,
aliento que contiene
la humedad y el calor, o sea,
la esencia misma de la vida.

ADOLFO COLOMBRES

Un enorme tesoro vive en los intercambios orales de las comunidades. La palabra, antes que ser escrita, fue hablada. En la oralidad se transmite, como hilo de plata, como susurro, la memoria, el sedimento de la experiencia y la imaginación de los pueblos. Los dichos, refranes, chistes, metáforas, historias, rondas, nanas, vienen girando como cantos rodados de boca en boca, de generación en generación, hasta llegar a nosotros.

Por otro lado, una enorme parte de la sabiduría y del conocimiento sobre el entorno que parte de la experiencia, del vivir, circula oralmente, a veces no está escrito en ningún lado.

Ir en busca de esos tesoros de la oralidad, para luego tender puentes entre la cultura oral y la escrita, es una de las formas más generosas y sensibles de trabajar en torno a las palabras y las posibilidades de las personas de apropiarse

de ellas para narrarse a sí mismas y a su mundo (u otros mundos posibles).

Cuando desde nuestra posición de mediadores de lectura prestamos curiosa atención al acervo cultural de aquellos junto a quienes trabajamos, la mediación busca ejercerse como un diálogo de saberes más que como la imposición de una cultura hegemónica sobre otra subordinada o invisibilizada.

El repertorio cultural a partir del cual trabajemos como mediadores nunca debería ser solo el nuestro propio. Si queremos ser educadores verdaderamente democráticos, como nos enseñó hace mucho Paulo Freire, debemos reconocer el valor de la cultura de las poblaciones con las que trabajamos, mantener una actitud de curiosidad, respeto y escucha. No hacerlo no es solamente un acto de soberbia, sino que además es perder la posibilidad de conocer verdaderas maravillas y descubrir otras formas de ver y representar el mundo que aun sobreviven, que no fueron licuadas todavía por la cultura hegemónica (colonial, racista, cientificista, global, capitalista) que difunden el mercado y los medios.¹

Esta forma de trabajar requiere del mediador el ejercicio de la siempre difícil e interesante *escucha*.

1\ Esto por supuesto se emparenta con el trabajo que Laura Devetach nos propone realizar con las «textotecas» internas. Dice Devetach: «Sentí que hacía falta una tarea previa con los chicos. Y de ahí surgió el gran descubrimiento, escuchando: ellos sabían cuentos, sucedidos, coplas, dichos del lugar, tenían creencias y leyendas. Tenían sus propias palabras. Les fui pidiendo que contarán, cantaran y dijeran lo que sabían.

Ese contar fue glorioso porque salieron el Lobisón, el Zorro, el Pombero, ánimas, asesinatos varios, adulterios en familia, coplas de amor, canciones de Italia, refranes, dichos en guaraní o toba, oraciones y tanto más. Un reservorio que está en cada uno de nosotros y es valioso yacimiento para acercarnos, después, a la lectura. Sobre ese reservorio (lo llamé textoteca) pude instalar mis libros y otras cosas» (2000).

Escuchar: tarea delicada, ardua. A diferencia de la lectura, en la cual nosotros podemos pautar el ritmo (levantando la mirada, interrumpiendo el flujo de ideas de quien «conversa» a través de la letra escrita), en la escucha el ritmo lo impone el otro, hay que dejarse llevar, hay un corrimiento del yo, por eso nos cuesta tanto, y a menudo lo hacemos tan mal. Creo que tenemos que aprender a escuchar. La escucha es el pilar de la educación, de la mediación lectora, y de cualquier vínculo humano saludable.

¿Cómo no acordarnos de Momo, la entrañable protagonista de la novela de Michael Ende? Esa niña extraña que llegó un día a un anfiteatro abandonado en los bordes de una ciudad, y se volvió necesaria para todos gracias a su capacidad de escuchar.

¿Acaso sabía magia? ¿Conocía algún encantamiento con el que se pudiera ahuyentar todas las miserias y preocupaciones? ¿Sabía leer en las líneas de la mano o predecir el futuro de cualquier otro modo?

Nada de eso.

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso no es nada especial, dirá, quizás, algún lector; cualquiera sabe escuchar.

Pues eso es un error. Muy pocas personas saben escuchar de verdad. Y la manera en que sabía escuchar Momo era única (...)

Sabía escuchar de tal manera que la gente perpleja o indecisa sabía muy bien, de repente, qué era lo que quería. O los tímidos se sentían de súbito muy libres y valerosos. O los desgraciados y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguien creía que su vida estaba totalmente perdida y que

era insignificante y que él mismo no era más que uno entre millones, y que no importaba nada y que se podía sustituir con la misma facilidad que una maceta rota, iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo, y le resultaba claro, de modo misterioso mientras hablaba, que tal como era él sólo había uno entre todos los hombres y que, por eso, era importante a su manera, para el mundo.

¡Así sabía escuchar Momo! (Ende, 2007)

Seguramente nunca llegaremos a escuchar tan bien como Momo, pero sí podemos, ejercitando nuestra disponibilidad y atención, generar la ocasión para que *aparezcan los textos y las historias que conforman lo más propio de cada uno, la identidad*. Con nuestra escucha, reconocer el valor de lo que traen todas las personas con las que trabajamos.

En la historia de Momo, más adelante, aparecen los *ladrones de tiempo*, quienes roban a las personas el tiempo de ir a visitar a sus amigos y conversar, convencéndolas de que hacer eso es desperdiciar las horas. Es tarea del mediador también luchar contra los «ladrones de tiempo» actuales: el consumismo, la chatura y la cacofonía de muchos medios de comunicación, la dependencia de las redes sociales, la hipervirtualización, la pérdida de los momentos de encuentro e intercambio genuinos, gratuitos, humanizantes.

Recrear con nuestra práctica el «tiempo no apurado» del que nos habla María Elena Walsh en su *Marcha de Osías*. Recrear un poco el fogón junto al que, desde los inicios de la humanidad, nos contamos historias con las que ahuyentamos las sombras y el miedo, reivindicar lo colectivo y sincrónico de esa escena, hoy, que estamos tan acostumbrados a acceder a la ficción en soledad, a través del pálido resplandor de las pantallas.

RUEDAS DE HISTORIAS Y LIBROS ARTESANALES

Una noche de hace muchos años, en Puná, una comunidad muy pequeña en el corazón de la amazonia brasilera, pude participar de una de *Rueda de historias* organizada por la asociación Vaga Lume.² Éramos unas cincuenta personas, sentadas alrededor de Don Andrés, quien desde su silla y en un portugués muy cerrado que a mí me costaba entender narraba la historia de un árbol. Gesticulaba y usaba onomatopeyas para simular los ruidos de animales y plantas de la Gran Selva. Don Andrés había vivido toda su vida allí, donde yo estaba solo de paso, asombrada, como recién nacida, sin tener un nombre para casi nada de lo que veía. Y él sabía mucho. Pescaba en ese río desde que era niño. Caminaba entre los árboles y susurros de la selva inmensa. Conocía el nombre de las plantas y las voces de los animales. Sabía anticipar el clima. No lo había aprendido en ningún libro, lo había aprendido caminando y observando, tocando, oliendo, sintiendo.

Mientras Don Andrés hablaba, los voluntarios que se estaban formando como mediadores comunitarios de lectura en aquella ocasión (se trataba de un curso de formación de tres días, del que participaban personas de varias localidades de la zona) tomaban nota o grababan, registrando sus palabras.

Las tardes de los dos días siguientes, los facilitadores las dedicaron a la confección de libros artesanales en los que representaron la historia contada por Don Andrés. Dibujaron, escribieron, recortaron, pegaron, diagramaron.

2\ Vaga Lume es una asociación civil de São Paulo que trabaja desde el año 2001 creando bibliotecas comunitarias en la amazonia brasilera y formando mediadores locales de lectura. Para más información, www.vagalume.org.br

El último día, los presentaron. Cada uno de esos libros hechos con tanto amor y cuidado pasaría a formar parte del acervo de la biblioteca comunitaria, para que en esta no hubiera solamente libros con historias «de otros lados», sino que también guardara las historias del lugar.

Fue con Vaga Lume, en ese entorno casi indescriptible, en ese lugar fuera del tiempo que es el corazón del Amazonas, con quienes aprendí esa forma de trabajo tan poderosa: ir de las historias orales de una comunidad a un libro propio, hecho con amor y esmero, de forma colectiva, un libro que quedaría en la biblioteca comunitaria.

Esta forma de trabajar la repliqué en los años siguientes en varias oportunidades, y siempre fueron experiencias potentes y conmovedoras.

«LO ESCUCHÉ POR AHÍ»: PROTAGONISMO JUVENIL Y LAZOS INTERGENERACIONALES

«Mi abuela era/ un árbol/ cuya memoria se agitaba en el viento», dice Jairo Aníbal Niño, el poeta colombiano.

Escuchar a los más ancianos de una comunidad, escuchar el sonido de su memoria agitándose en el viento, es una práctica ancestral, un gesto de respeto, de humildad y de reconocimiento de los propios orígenes. Los relatos de nuestros abuelos o de nuestros padres sacian una sed que todos tenemos (aunque a veces no la reconozcamos) por saber quiénes somos, de dónde venimos. A través de la historización, de la toma de conciencia del espesor del tiempo transcurrido, lo cotidiano se reencanta.

Hay historias que son familiares y otras que pertenecen a una comunidad entera. Necesitamos de ambas para definirnos y valorizarnos.

Poner en contacto a los más jóvenes con las historias de sus abuelos es una práctica de una hondura que siempre conmueve. De esos encuentros, como dice Laura Devetach, las personas salen más ricas, «salen poseyendo cosas que no sabían que tenían» (2001).

Esto fue lo que hicimos entre 2011 y 2016 en Alto Verde, un barrio de la ciudad de Santa Fe, construido frente al puerto, con un grupo de jóvenes de entre 16 y 23 años que se desempeñaban como mediadores de lectura (habíamos creado una biblioteca, íbamos a compartir nuestros libros a escuelas, plazas y centros de salud, leíamos junto con otros).³ Quien abrió la posibilidad de esta experiencia fue Melisa Oroño, una trabajadora social del barrio, llena de entusiasmo y confianza en los jóvenes. Con ella coordinamos el proyecto.

«Como los libros son tan importantes, también nos pareció que lo era hacer libros nosotros mismos, con las historias de nuestro lugar», dice en el prólogo de los ocho libritos con relatos que surgieron de la iniciativa, a la que llamamos *Lo escuché por ahí*.

La metodología, inspirada en la de Vaga Lume, fue sencilla. Visitábamos con todo el grupo a algunos de los abuelos de los jóvenes mediadores. Se les pedía que nos relataran cualquier cosa que ellos quisieran, sobre su infancia, su juventud, o sobre los inicios del barrio. Las entrevistas eran propuestas y concertadas por los propios chicos, que se habían entusiasmado y contado en su casa la idea, consiguiendo el entusiasmo también de sus mayores.

Los abuelos se pusieron muy contentos de que fuéramos a preguntarles y de que fueran los propios nietos quienes se interesaran. Nos recibieron en sus casas. Hubo alegría

³ Ver Capítulo 2, Jóvenes mediadores de lectura.

de contar y ser escuchados. Los nietos supieron cosas de sus abuelos que desconocían y se maravillaron. Historias de cuando Alto Verde era un puerto de ultramar con marinos de todos los lugares del mundo, que hablaban en todos los idiomas. Relatos de cuando en Alto Verde no había luz eléctrica, como la del abuelo de la Vivi, que un día salió a comprar velas pero en el camino un amigo lo invitó a embarcarse y volvió a los tres meses. El asombroso suceso del récord mundial de baile, que lo logró Lucio Suárez en la Cooperadora Policial, bailando tres días con sus noches sin parar, allá por los sesenta. O el recuerdo de una inundación que se llevó el kiosquito de golosinas de Don Giménez, quien vendió dulces frente a la escuela del barrio por más de cuarenta años. Los orígenes y andanzas de la murga *Los payasos de Alto Verde*. Relatos en primera persona donde se aparecía el diablo. Un repertorio de narraciones, memorias, recuerdos, asombrosos, divertidos, interesantes, que hasta entonces habían sido desconocidos por los jóvenes. Un descubrimiento mutuo. Lo que alumbra el asombro.

Los chicos filmaron las entrevistas y luego con ellas escribimos de forma colectiva cuentos, pensados para las infancias, recogiendo los personajes y las aventuras que los abuelos nos habían relatado. Después los ilustramos.

Como esta experiencia se realizó en el marco del trabajo territorial del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Santa Fe, conseguimos que estos libros se imprimieran. Articulamos con el Ministerio de Innovación y Cultura, y entre ambos ministerios realizaron el diseño e impresión de 4500 ejemplares de estos cuentos (en el formato de pequeños fascículos), que se distribuyeron de forma gratuita en la comunidad.

Los cuentos fueron presentados en la Feria del Libro de Santa Fe, con participación de los jóvenes y los abuelos

entrevistados. Fue un momento muy emotivo, que quedó guardado en el corazón de todos los que participamos.

Los libros distribuidos tuvieron muy buena recepción en la comunidad. Llegaron a muchas familias del barrio. A todos les daba gusto encontrarse con esas historias que también eran propias. Todos tenían algo para aportar o agregar sobre los hechos que ahí se contaban.

Creo que sobra decirlo, porque se refleja en el relato de la experiencia, pero no viene mal destacar el entusiasmo de los jóvenes, quienes con frecuencia son tachados de apáticos y haraganes, pero que cuando se los convoca a un trabajo que los incluye como protagonistas de una historia propia, y también cuando se les habilita la posibilidad de *hacer cosas para otros*, sencillamente brillan. Sobre todo en las escuelas, quizá por falta de tiempo para impulsar este tipo de iniciativas (en las escuelas secundarias, con la carga horaria tan segmentada entre materias, cada docente pasa muy poco tiempo con sus alumnos y alumnas), a menudo trabajamos con los jóvenes como si fueran «recipientes vacíos» que tenemos que llenar. Como el énfasis está puesto en transmitir diferentes disciplinas científicas (de las que probablemente los jóvenes sepan poco), no hay casi lugar para que aparezca lo propio, lo que sí saben, lo que traen, se relacione o no con nuestra disciplina. Cuando, en cambio, el énfasis está puesto en el trabajo comunitario, en el protagonismo de los jóvenes, en habilitar para ellos un lugar que no sea el de «recibir» porque están «vacíos», sino una posición de *hacer, para otros, desde lo que cada uno puede y trae*, cuando esto sucede, hay lugar para desarrollar la autoconfianza, el orgullo por lo propio, la valorización de los saberes locales o familiares, hay entusiasmo para aprender a hacer cosas nuevas.

Como dijo en ocasión de la presentación de los cuentos la entonces Ministra de Innovación y Cultura de Santa Fe, Chiqui González:

A veces hay tanto descrédito de lo que es la vida en un barrio, y hay tanto descrédito de los jóvenes, y tanta acusación y tanta cosa fea puesta sobre ellos, y miren lo que hoy estos chicos están haciendo, una colección de libros para defender y mantener la imaginación y la memoria del pueblo de Alto Verde.⁴

Esta forma de trabajo tiene muchas fortalezas. No solo la de propiciar el protagonismo juvenil, sino que además habilita el encuentro intergeneracional, el reconocimiento mutuo, la transmisión de la memoria, la valoración y visibilización de la identidad y los saberes locales, la autopercepción, a la vez que tiende puentes entre la oralidad y la escritura, promoviendo la lectura y la vinculación afectiva con el libro. La revalorización o recomposición de los lazos intergeneracionales no es poca cosa. Ellos son parte fundamental del fortalecimiento comunitario. En épocas en que la aceleración del cambio tecnológico y el cambio histórico han relegado con frecuencia la experiencia de los mayores a lo obsoleto, a lo inútil para los nuevos tiempos, escuchar y reconocer como valiosos los relatos de los abuelos es reparador y humanizante.

Contar con un libro de la propia comunidad, hecho por la propia comunidad, con historias de la comunidad, proporciona un discreto orgullo. Cualquier acto de escritura comporta este tipo de orgullo, que es reparador y benéfico. Al escribir dejamos una marca, nuestra experiencia se vuelve significativa para nosotros mismos y para otros.

Comparto aquí el testimonio de Viviana Parpal, una de las jóvenes participantes, quien interrogada años más tarde sobre el significado de esta experiencia en su vida escribió:

4\ En <https://www.santafe.gov.ar/noticias/noticia/208129/>

Por empezar me acuerdo cuando hicimos los libritos *Lo escuché por ahí*, sentí que pudimos conectar con nuestros abuelos, con la historia de nuestra tierra, de nuestro bello Alto Verde, de las costumbres, de las creencias, de lo felices que fueron los nuestros, los bailes, el fútbol, la música, el puerto. Conocí cosas de mi propia historia que desconocía. Otro momento que atesoro en mi corazón fue cuando le leí a mi abuelo el librito que escribimos de su historia, justo en ese momento me acordé cuando yo era chiquita él era el único que me leía cuentos y yo amaba esos momentos y tuve la oportunidad de devolverle eso tan hermoso. Y hoy conservar esos libros me recuerda a mis dos abuelos relatando sus historias, anécdotas, y nosotros escuchando, grabando y escribiendo.⁵

Seguramente no sea siempre tan simple acceder al financiamiento público —u otro tipo de financiamiento— de los proyectos de esta índole. Pero, además de que siempre vale la pena intentarlo y solicitarlo, que es posible replicar esta experiencia realizando libros artesanales, con tiradas reducidas, sin necesidad de grandes desembolsos monetarios. En esta línea profundizo en el capítulo siguiente.

Lo valioso de compartir las experiencias realizadas es que en ellas hay absoluta y libre «licencia para robar», hay *copyleft*. En cuanto a trabajo comunitario se refiere, en cuanto a las herramientas para transformar al menos un poco la realidad, lo mejor que puede pasar es que se repliquen, como las ondas de una piedra lanzada al estanque.

5\ Entrevista realizada en julio de 2021.

EL BESTIARIO DE LAS ISLAS: PATRIMONIO NATURAL Y CULTURAL

Una piedra arrojada en un estanque
provoca ondas concéntricas
que se expanden sobre su superficie,
afectando su movimiento,
a distancias variadas, con diversos
efectos, a la ninfa y a la caña,
al barquito de papel y a la canoa
del pescador. Objetos que estaban
cada uno por su lado, en su paz
o en su sueño, son como llamados
a la vida, obligados a reaccionar,
a entrar en relación entre sí.
Otros movimientos invisibles
se propagan hacia el fondo,
en todas direcciones,
mientras la piedra se precipita
removiendo algas, asustando peces,
causando siempre nuevas
agitaciones moleculares.
Cuando toca fondo, agita el lodo,
golpea los objetos que yacían
olvidados, algunos de los cuales
son desenterrados, otros a su vez
son tapados por la arena.

GIANNI RODARI

¡Que no muera el jurumí,
que no muera el chamamé!

ANTONIO TARRAGÓ ROS

El *Bestiario de las islas* es una recopilación de historias orales sobre seres sobrenaturales, apariciones y peligros de la zona de islas de Santa Fe, un libro ilustrado fruto de un trabajo colectivo que involucró a una gran cantidad de actores, realizado en el marco del trabajo territorial de los Ministerios de Desarrollo Social y de Innovación y Cultura de Santa Fe, entre 2015 y 2017.

Pienso en la experiencia del *Bestiario de las islas* como una piedra arrojada al estanque, o mejor dicho al río, que generó ese movimiento de des-ocultamiento, de remover el sedimento, de hacer visibles las conexiones, ese movimiento del que habla la cita de Rodari, que sigue generando réplicas después de varios años de su realización y publicación. Todavía hoy nos siguen llegando reverberaciones, ecos, de esa piedra lanzada al río en 2015.

A qué atribuir ese gran interés, esa buena recepción que generó el *Bestiario*, es algo que me animo a pensar más adelante.

Pero primero, el relato de esta experiencia, que impulsamos junto a Mariana Reyes (artista visual y, como yo, trabajadora del Estado) y que, como anticipé, terminó transformándose en una gran labor colectiva.

Tanto Mariana como yo trabajábamos dando talleres en barrios de la zona de la costa de Santa Fe. En esos talleres, era frecuente que los niños, jóvenes y adultos nos contaran que en la isla «se veían» o «pasaban cosas».

La «isla» es el territorio esculpido por el río Paraná a lo largo de todo su valle de inundación. Un territorio extensísimo, en el que el Gran Río con sus corrientes, sus crecidas y bajantes, amontona el limo, la arena y la arcilla que arrastran sus aguas, formando bancos, albardones, islas. Entre ellos el río dibuja laberintos, abre nuevos cauces por los que se multiplica. Todo ese humedal es habitado por una gran biodiversidad. Árboles, pájaros, enredaderas, flores, plantas

flotantes, mamíferos, reptiles, crustáceos, moluscos, insectos, peces, microorganismos invisibles. El agua sube o baja con variable ritmo, por lo cual el humedal está siempre cambiando. Es un territorio próximo (basta con mirar un mapa satelital para descubrir que estamos rodeados de laberintos de agua) pero a la vez desconocido por la mayoría de los habitantes de la ciudad (ya que el agua actúa como una frontera, una barrera). Asimismo, la característica tan particular de este territorio es imposible de percibir a escala humana. Solo con una visión aérea descubrimos que el arroyo o la laguna junto a la que estamos forma parte de un sistema mucho más vasto y complejo, interconectado, laberíntico.

En ese lugar, los pobladores con los que trabajábamos decían haber visto (ellos o algún familiar cercano) a la *Mujer de Blanco*, al *Carpincho Blanco*, al *Ceibo Ardiente*... Como si la isla fuera un portal de acceso a otro mundo, otra dimensión, donde lo natural y lo sobrenatural se entrelazaban. «En la oscuridad y el silencio de la isla se ven y se escuchan cosas que en la ciudad no», nos contaban. En la isla se escuchaban gritos, silbidos *que no son de animal*. Las ánimas se escuchaban como un silbido finito. Los pescadores decían ver árboles que se prendían fuego solos y al otro día estaban verdes de nuevo. Señalaban lugares que había que esquivar porque estaban poblados por las ánimas. Relatos de ahogados y barcos hundidos. Por el barrio también contaban que andaban la Llorona y el Lobisón.

«La isla» era también un territorio imaginario. El humedal era reservorio no solo de biodiversidad, sino también de historias, relatos, formas de ver el mundo, nacidas del estrecho contacto con la naturaleza.

Con Mariana nos propusimos recopilar esas historias orales, ilustrarlas, y con ellas hacer un libro. Queríamos que fuera una producción colectiva. Por eso organizamos talleres y Ruedas de historias en seis escuelas primarias

y secundarias del distrito de la costa, en Santa Fe (en Alto Verde, La Boca, Rincón, Colastiné y La Vuelta del Paraguayo). También, entrevistamos a pescadores y puesteros de las islas. En los talleres y entrevistas, los chicos y chicas escribían y dibujaban, nosotras también grabábamos, sacábamos fotos y registrábamos por escrito. Fruto de esos encuentros, fuimos tejiendo el texto del *Bestiario*, un texto polifónico, con partes de transcripciones y desgrabaciones casi literales de los relatos recopilados, y otras partes «versionadas», organizado como un diccionario, un inventario de seres sobrenaturales y peligros de la isla, así como de objetos que sirven de protección.

Invitamos a los alumnos del nivel secundario de la Escuela Provincial de Artes Visuales «Prof. Juan Mantovani» a ilustrar las historias que iban surgiendo. Lía Demichelis, docente de la institución, fue su guía en ese proceso.

En cada uno de estos espacios, en cada uno de estos actores, se multiplicó nuestro entusiasmo, le crecieron brotes. Así, el sueño creció, se hizo colectivo y, por eso, posible e importante.

Muchas de las jornadas de trabajo en la realización de este *Bestiario* fueron un regalo. Los jóvenes de la Escuela Mantovani, una escuela del centro de la ciudad, muchos de los cuales jamás habían ido a la costa o la isla, tuvieron la oportunidad de visitar La Boca, un paraje al final de Alto Verde, bastante aislado y que por ello mismo conserva un encanto peculiar; caminar por la isla, pasar un día junto al río, escuchar las historias narradas por Juan Ducules o Luz del Alba Gómez, solo por nombrar algunos de los habitantes de la costa que tan generosamente nos convidaron sus relatos. Los chicos y chicas de la escuela de La Boca, a su vez, nos recibieron orgullosos, y tuvieron una jornada de intercambio inolvidable con los chicos de la escuela Mantovani. Dibujaron juntos, se contaron cosas, compartimos el almuerzo.

De muchos encuentros luminosos como ese nació el Bestiario.

Finalmente, el libro fue terminado. Como el proyecto había crecido tanto desde que se había echado a andar, el Ministerio de Innovación y Cultura decidió financiar una tirada muy importante (con varias reimpressiones), libros que se distribuyeron en todas las bibliotecas populares de la provincia, así como en muchas escuelas.

En 2017, cuando se publicó, lo presentamos en el Centro Cultural Provincial de Santa Fe. La asistencia a la presentación sobrepasó todas nuestras expectativas. Las sillas que habíamos dispuesto en el hall del Centro Cultural resultaron escasas. La repercusión que tuvo la experiencia del Bestiario fue para nosotras insospechada.

Años después, es común que nos lleguen relatos de escenas de lectura con el Bestiario —en escuelas, centros comunitarios u otros espacios de lectura—, donde el deseo por leer y escribir, así como por relatar historias propias, se despierta. Los chicos y jóvenes quieren leer el libro y se animan a narrar y escribir sus propias historias. También nos llegan nuevos pedidos de libros, comentarios de lecturas siempre provechosas.

¿A qué se debió esa recepción, ese interés, ese movimiento que generó el Bestiario? Por supuesto, cualquier acción cultural tiene efectos difíciles de calcular y medir, y nunca sabremos a ciencia cierta qué es lo que pasa en el lugar de la recepción de cualquier bien cultural, pero podemos pensar algunas claves.

Primera, el Bestiario valorizó y difundió un patrimonio, una herencia común. Tocó una hebra propia. Al leerlas o escucharlas, estas historias les hablan a los lectores de sí mismos. De su abuela o su padre o su tío, de una realidad intersubjetiva, una red simbólica y afectiva, un juego en el que están incluidos, en el que son protagonistas.

Segunda, el hecho de que el foco de la recopilación de historias estuviera puesto en los seres sobrenaturales, apariciones y peligros de la isla, seguramente también tuvo su peso. Estos temas fascinan a niños, jóvenes y adultos desde los comienzos de los tiempos. Tienen que ver con nuestros miedos ancestrales. Colombres lo dice aunando las dos cuestiones (miedos ancestrales y patrimonio):

Seres imaginarios que, como tales, escapan al rigor de las leyes biológicas y físicas, han poblado siempre las noches del planeta y también la luz, sin que la era del átomo y la cibernética haya podido acabar con ellos, acaso porque el conocimiento científico y las utopías sociales están aún lejos de calmar todos los miedos ancestrales del hombre y de colmar sus esperanzas.

El miedo a la muerte y a los muertos, a las catástrofes naturales, al destino, al futuro misterioso, nos dice, se cifran en estos «espectros vagos y fugaces.

La inmensa mayoría sucumbirá a esa nebulosa en que se disgregan los sueños de una mente singular, pero algunos serán vistos, oídos, o sentidos también por otros, conformando una realidad intersubjetiva que irá trascendiendo, hasta afianzarse en la imaginación colectiva. Recién ahí podemos decir que estamos ante seres sobrenaturales propios de una determinada cultura popular que los ha concebido, o adoptado y adaptado a su singular cosmovisión. (Colombres, 1986)

Muchos de los relatos recogidos en el *Bestiario*, sin duda, dan cuenta de esta *realidad intersubjetiva*: la aparición, una y otra vez, en todas las escuelas, en casi todos los entrevistados, del Lobisón, el Carpincho Blanco, la Mujer de Blanco, el Ceibo Ardiente, la Luz Mala, el Crespín... constata la existencia de un imaginario popular compartido, de un patrimonio

cultural, una herencia común, que circula de boca en boca, a través de relatos orales.

Tercera, ese imaginario común, a pesar de ser tan palpable para miles y miles de personas que viven en la isla o en estrecha relación con ella, es invisibilizado en la escuela, o en los medios de comunicación. La creencia en seres sobrenaturales y apariciones, por un lado, es calificada de «superstición», «cosa de borrachos» o «ignorantes». Razón por la cual, muchas veces, las personas aprendieron que «es mejor no hablar de estas cosas» en ciertos lugares. En vez de ser portadas con orgullo, estas historias se llevan, a veces, con cierta vergüenza, con cierto secretismo. Recuerdo que varias veces, en las «ruedas de historias» que hacíamos, los niños al comienzo no se animaban a compartir sus relatos con nosotras. Y si lo hacían, se acercaban para contárnoslos en secreto. No los compartían con todo el grupo.

Así como es ninguneada la creencia en estos seres sobrenaturales, todo el saber sobre la naturaleza (el conocimiento sobre los animales y las plantas, los nombres de las víboras, cuál es venenosa o no, el comportamiento del río...) que poseen los pescadores y habitantes de islas, también es un saber invisibilizado. Los habitantes de la ciudad somos ignorantes del humedal que nos rodea, del que formamos parte, al que modificamos con nuestras acciones e inacciones. Alienados de nuestro entorno natural, no sabemos, en general, el nombre de los integrantes de nuestra fauna y flora autóctona. Seguimos aprendiendo las letras con e de elefante, i de iglú y j de jirafa, sin saber del *tuyango*, el *coipo*, la *ñacaniná*, el *timbó*, la *jacana*, el *ibirá pitá*, el *aguará guazú*, el *jibirú*, ni saber que muchos de estos nombres son de herencia guaraní, sin saber que el guaraní metió la cola en nuestro idioma igual o más que el italiano del que siempre se habla. Tantos topónimos, plantas y animales de nuestra zona tienen nombre guaraní, una lengua resplandeciente,

viva, con miles de hablantes actuales en nuestro territorio, y nosotros sabiendo tan poco de eso, de toda esa continuidad histórica, esa densidad temporal. Y creyendo que sabemos tanto, que los ignorantes son los otros.

Por toda esta invisibilización, esta ignorancia disfrazada de desprecio de los saberes locales, creo también que el Bestiario caló tan hondo. Pienso que el Bestiario puede haber suscitado algo como lo que Devetach relata que le pasó al leer por primera vez cuentos en los que el escenario de las aventuras era su propio entorno infantil, y que denomina «impacto Quiroga»:

Desde siempre la soledad de la siesta y sus misterios me fascinaron. Cualquier pajonal era un bosque, cualquier zanja un precipicio. Pero bosque *de allá*, precipicio *de allá*, con las imágenes que me había construido de la tierra gringa que describía y narraba mi padre con fuerza y añoranza, o que veía en el cine. Allá, en aquel otro mundo, había nueces y ardillas, montañas con nieve y se hablaba en otra lengua. Yo buscaba todo eso en la naturaleza del Litoral con un sentimiento de carencia. La sentía demasiado pobre, demasiado simple.

La lectura de los cuentos de Horacio Quiroga me hizo cobrar conciencia de que aquí también cabía la aventura, que en esos montecitos, tunales y zanjones podía encontrar frutas mágicas como el mburucuyá y pájaros que cantaban sin dejarse ver, como el crispín. Esta era mi naturaleza, como mi lengua era mi lengua. (...) Quiroga (...) me ayudó a ver en el mundo todos los colores que el mundo tiene y que, aunque estén ahí, una no puede ver. (2001:93)

El reencantamiento de lo cotidiano a través de su arropamiento en historias, en ficciones. A través, también, de su historización. El «ayudar a mirar» como función del arte, como función del libro, de la que hablábamos al comienzo.

Vivimos tan alienados de nuestro entorno, la colonización, el eurocentrismo calaron tan hondo, fue tan profunda la aculturación que provocaron el genocidio, el racismo y la marginación de nuestros pueblos originarios... ¿Cuánto habrá de la mirada de nuestros pueblos originarios en esta representación de una isla llena de carpinchos blancos, defensores de la fauna silvestre, luces malas, árboles que se prenden fuego, ánimas, hombres que se metamorfosean en animales? Por supuesto, se requiere de estudios antropológicos, etnográficos, para identificar los hilos de continuidad profunda de una cultura, y por supuesto, también, muchos de los relatos del *Bestiario* seguramente tienen raíces criollas o globalizadas. Sin embargo, sabemos que esto sucede: que, como sobrevivientes de catástrofes históricas (de genocidios, de ecocidios, de marginaciones históricas) las palabras y las historias siguen llegando hasta nuestro presente, aunque sea de modo fragmentario, y también subterráneo, soterrado.

Como dice Eduardo Galeano: «El tiempo que fue sigue latiendo, vivo, dentro del tiempo que es, aunque el tiempo que es no lo quiera o no lo sepa» (1998).

Eso es lo que significa patrimonio: «Un fragmento de pasado que forma parte de nuestro presente» (Santacana, 2013:1). Una herencia común, compartida. Llegan todavía hasta nosotros algunos de esos saberes, de esas lenguas, esos decires, a pesar de que haya sido desgarrada la densa malla simbólica de pueblos ancestrales, así como son día a día destrozados los ambientes naturales que vieron nacer a esas historias.

Y acá entra un cuarto elemento, muy importante, aunque de esto no estoy tan segura, probablemente sea más un deseo, aún, que una realidad.

Como el *Bestiario* trabajó en torno a un imaginario ligado a un ambiente natural muy específico, el valle de inundación del río Paraná, quizá el interés que suscitó también da

cuenta, al menos en parte, de una incipiente toma de conciencia acerca de nuestra relación con el humedal. Un interés por conocer el humedal, tan cercano y a la vez tan desconocido, conocer su flora, su fauna, su dinamismo, como así también las representaciones y formas de ver el mundo asociadas a él.

En el *Bestiario* difundimos patrimonio natural y patrimonio cultural, anudados. En sus páginas deambulan no solo las ánimas y los lobisones, también las rayas, las serpientes, las tempestades, los pájaros, las enredaderas. Patrimonio natural y patrimonio cultural son los dos, por definición, colectivos. Y por colectivos, frágiles. Los patrimonios colectivos, a diferencia de los privados, no son tan protegidos, como todos sabemos. Su protección implica no solo la existencia de legislación específica, sino además la participación comunitaria, que, como también todos sabemos, escasea. Es por eso que el patrimonio cultural y natural precisan de acciones de visibilización y difusión. Por la sencilla razón de que nadie defiende ni cuida lo que no conoce y valora. La toma de conciencia no garantiza la acción, mucho menos la acción comunitaria, que demanda organización y tiempo. Pero es su semilla. La necesitamos. Necesitamos educar en una sensibilidad respetuosa de nuestros mayores, de nuestro pasado, nuestra herencia biológica y cultural y nuestra necesidad de preservarla. El *Bestiario* hizo, y todavía sostiene, esa apuesta.

4 Libros artesanales

Los libros son, como decía Caetano, «objetos trascendentes a los que podemos amar con amor táctil». El libro es más que el soporte material del texto, es un objeto que en sí mismo —desde su diseño y formato— comunica y genera efectos de lectura diversos. Si bien hace alrededor de 2000 años —desde los primeros siglos del Imperio Romano— los libros tienen en su gran mayoría el formato de códice, los primeros libros de la historia no fueron así. El libro códice (el típico libro de formato rectangular, con páginas unidas por el largo) puede ser considerado un invento perfecto, como la rueda, la cuchara o el cuchillo: no existe forma superior de ellos, ese es el mejor formato posible, el que mejor cumple la función. Pero hasta llegar a ellos hubo otros formatos: los primeros libros, en la Mesopotamia (la actual zona del Golfo Pérsico), hace alrededor de 5000 años, fueron tablillas de arcilla sobre las que se escribía grabando incisiones. Luego, en Egipto, fueron rollos de papiro, más tarde en Asia y en Mesoamérica aparecieron los libros acordeón...

Ahora hay un *revival*, un reflote de esos otros formatos de libros (el acordeón, el libro enrollado), desde el diseño y el arte. A nuestros ojos se ven novedosos, locos, de vanguardia, sin embargo, son más antiguos que los libros que creíamos «modernos».

Hacer un libro implica una diversidad de tareas: elaborar y/o seleccionar el contenido (texto y/o imagen), editarlo; elegir el formato, diagramar, diseñar, maquetar; elegir los materiales de las hojas y la tapa; imprimir, encuadernar.

La mayoría de los libros que circulan están hechos de forma industrial, y acorde a una división y especialización del trabajo que fragmenta su producción entre diferentes actores o «artes del libro»: el escritor, el ilustrador, el editor, el diseñador, la imprenta. Con excepción solo parcial del editor, ninguno de los actores tiene el control de todo el proceso de producción. Esta complejización de la producción de libros genera la noción de que hacer libros es algo muy difícil y costoso, para lo que se requieren recursos, maquinarias y habilidades de difícil acceso.

Sin embargo, van cobrando fuerza muchas iniciativas —de mediación lectora o editoriales— en las que la producción de libros se concibe como un proceso integral, realizado en su totalidad por los mismos actores. Los saberes específicos de las diferentes «artes del libro» se recuperan y aprenden. Los lectores también escriben, ilustran, pliegan, pegan, cosen, estampan. Lo mismo hacen los escritores. Los editores aprenden a diagramar, a imprimir, a encuadernar, a distribuir. Atrás de todo proyecto de producción artesanal de libros hay una reivindicación de la capacidad de hacer las cosas uno mismo, de aprender, de investigar, de autoformarse y autogestionarse.

LIBROS ARTESANALES Y MEDIACIÓN LECTORA

En dos de las experiencias relatadas en el capítulo anterior, al surgir del trabajo territorial de ministerios públicos, se consiguió financiamiento para hacer libros de forma industrializada. Libros que fueron diagramados por diseñadores

y enviados a imprenta para hacer tiradas importantes, lo que permitió una distribución grande.

Es posible replicar este tipo de experiencias, aunque con las etapas de publicación y circulación a una escala más discreta, con libros artesanales. La confección de libros artesanales, con tiradas pequeñas, sin dudas no permitirá una distribución de mucho alcance —es decir, la llegada a tantos lectores como los que se podrían alcanzar con una tirada industrial, más amplia— pero propiciará aprendizajes valiosísimos en todos los involucrados, que se pierden al delegar en terceros la fabricación del libro en tanto objeto.

La confección de libros artesanales es una gran estrategia para trabajar en mediación lectora, ya sea en proyectos de recopilación de la tradición oral o no. También es posible hacerlos en el marco de talleres de lectura y escritura creativa, con creaciones propias de los niños, jóvenes o adultos con quienes trabajemos. La fabricación de un libro ayuda a fortalecer los vínculos afectivos entre las personas y los libros. Por supuesto, también es una propuesta ideal para combinar artes visuales y literatura. El cruce de lenguajes abre un universo interesantísimo. Todo un abanico de formatos, materiales, técnicas de ilustración, impresión, estampa y encuadernación, se abre para explorar y elegir lo que más se adecue a nuestras posibilidades y recursos.

Es fascinante la diversidad de formatos posibles y de técnicas de fabricación que pueden tener los libros. La elaboración de libros artesanales es una buena ocasión para avezar el ojo, prestando atención al libro en tanto objeto, a sus diversas partes (portada, contraportada, guarda, carátula, título, solapas, créditos, etc.), diversos materiales, tamaños, diseños, sistemas de impresión y encuadernación. Se nos abre, para explorar, el aspecto material de la bibliodiversidad.

Desde los libros de origami hasta los libros objeto, el *pop up* y el calado, pasando por los fanzines, los libros cartone-ros... Libros cosidos, pegados o engrampados, con costura japonesa o atados con un cordel... libros banderines, libros-postales, libros con solapas... Cada formato se presta mejor a un tipo de contenido: libros con ventanas para guardar adivinanzas o preguntas de ingenio, libros acordeón para ver crecer retahílas, libros de origami para haikus, libros troquelados para combinar y crear personajes e historias disparatadas. Pueden ser producciones singulares, o reproducidas mediante fotocopia o una impresora hogareña o escolar...

ALGUNAS EXPERIENCIAS

La fabricación de libros artesanales en la mediación lectora es una línea impulsada por Vaga Lume en Brasil, como vimos, pero también por diferentes iniciativas en otros países como Venezuela o Colombia. Existen publicaciones oficiales, del Banco del Libro de Venezuela, por ejemplo, con propuestas para fabricar libros artesanales (Banco del Libro, 2001).

En Colombia, Irene Vasco, escritora para niños y activa promotora de la lectura, creó junto a su colega Jairo Ojeda la *imprensa manual*, a la que concibe como una herramienta para formar lectores y productores de textos. La imprenta, que consiste básicamente en varias bandejas para componer textos con tipos móviles imantados, que se entintan con un rodillo, está equipada con letras de gran tamaño para iniciar el proceso de acercamiento a la escritura entre los niños de tres años en adelante. Pero no se utiliza solo con niños. Irene ha impartido talleres por todos los rincones de Colombia, con comunidades urbanas y rurales, indígenas y criollas,

con niños, jóvenes y adultos. La confección del libro artesanal es un proceso integral que demanda tres jornadas, en las que se suceden las etapas de escritura, composición de los textos en las bandejas, entintado e impresión, ilustración, grabado, estampa y armado.

Irene propone en sus talleres una primera instancia en la que ofrece la lectura en voz alta de cuentos, como una forma de ingresar al territorio de las historias. A continuación, los participantes crean personajes, personificándolos en títeres que confeccionan con bolsas de papel, marcadores y recortes. A partir de esos personajes, se eligen algunos y se comienza con la creación y escritura colectiva de historias. Los textos se escriben en un pizarrón. Luego, los participantes acomodan las letras del texto colectivo en los componentes de la imprenta, entintan, imprimen... Se imprimen tantas copias de cada página como participantes haya, para que cada uno pueda hacer su propio libro. En cuanto a las ilustraciones, Irene propone en sus talleres una técnica muy interesante: la estampa a partir de grabados (bajorrelieves) hechos sobre finas láminas de madera balsa o bandejitas de Telgopor. Es posible hacer grabados también con un punzón sobre el tetrabrick. Una vez que hay suficientes copias de los textos y de las ilustraciones, se realiza el armado de los ejemplares mediante el simple encarpetao de las hojas (sin plegarlas). Cada participante luego decora su propia carátula.

La imprenta manual realizada por Jairo Ojeda y utilizada por Irene en sus talleres tiene el plus de ser una gran herramienta para la alfabetización. Al tener que seleccionar los tipos móviles y componer textos, las personas afinan su observación. La búsqueda de errores se realiza comparando la hoja impresa con el texto escrito correctamente por el profesor. Se verifica la ortografía, la puntuación, la calidad de la impresión.

Si bien es un proceso que demanda tiempo y puede parecer engorroso, es genial, en estas épocas de aceleración continua, permitirse la morosidad de los días antiguos. La inclusión en la propuesta de la impresión a partir de tipos móviles y del grabado tiene el encanto de rescatar esas antiguas técnicas que, como profundizaremos un poco más adelante, están teniendo una suerte de revival en el mundo del diseño y la edición.

La estampa o la utilización de sellos es una técnica maravillosa para los libros artesanales ya que, por supuesto, tiene la ventaja de permitir una reproducción más ágil de las ilustraciones que si hubiera que hacerlas a mano alzada, una por una, ejemplar por ejemplar. Y además, es algo hermoso de hacer con niños. Es posible fabricar sellos de forma muy sencilla dibujando y recortando formas y siluetas sobre goma eva, y luego pegándolas sobre un taco de madera. La goma eva puede ser calada o grabada con algún bisturí o punzón para darle detalles. Yo he utilizado mucho esta técnica en mis talleres. A los niños les encantan los sellos. Estampar algo y que aparezca de pronto en el papel es casi mágico.

Los sellos se pueden combinar entre sí para crear composiciones, historias, etc. A los talleres llevo sellos hechos por mí para empezar a experimentar la técnica y hacer las primeras historias; y más adelante los chicos hacen los suyos propios. Para los sellos que llevo hechos yo, he elegido elementos y personajes sugerentes, que sirvan como disparadores de historias. Personajes como un gato, un cocodrilo, una jirafa, un burro; elementos como una escalera, una casa, una montaña. Son fundamentales además las figuras geométricas porque su combinación permite crear nuevas cosas y seres. También, formas que sugieren algún objeto o personaje, pero que, combinadas con otro sello o agregándoles detalles en lápiz o fibra, pueden transformarse: un sello con forma de gota puede ser además hoja, pez o pájaro con solo

agregar algunos detalles como un pico, un tallo o una aleta; una serie de triángulos pequeños puede ser pasto, o una corona; una nube puede convertirse en árbol u oveja...

Combinando estos sellos elaboramos historias gráficas en libritos artesanales, a veces en forma colectiva, otras en forma individual.

También es posible realizar libros de tela. Ellos son ideales para la primera infancia, cuando los niños «leen» con todo el cuerpo (no solo los ojos y las manos sino sobre todo la boca) y están descubriendo cómo manipular los objetos y artefactos.

En Alto Verde, en 2015, realizamos una experiencia muy linda: durante todo el año un grupo de jóvenes mujeres costureras confeccionó libros de tela para bebés. El objetivo era donar una Bebeteca al Centro de Acción Familiar (CAF) del barrio. Las mujeres no solo cosieron y pintaron a mano, sino que elaboraron sus propios contenidos. Fuimos a la Bebeteca de la Biblioteca Pedagógica de Santa Fe para que pudieran conocer una gran variedad de libros para bebés. Las jóvenes tomaron nota de los temas (primeros aprendizajes: formas, colores, tamaños, texturas, opuestos; animales, números, hábitos...), sacaron fotos y se fueron con un montón de ideas para fabricar sus propios libros. Tras donar los primeros libros al CAF, las jóvenes crearon su propia marca, *Sueños en tela*, y por un tiempo también vendieron algunas de sus creaciones.

Es interesante en estas producciones artesanales el hecho de que permiten el reciclado de materiales. Cartón para las tapas, tetrabrik para los sellos o también las tapas, bandejas de Telgopor para las matrices de los grabados, retazos de tela, botones, cintas, chapitas y un largo etcétera para decorar o agregar detalles...

EDITORIALES ARTESANALES

La fabricación y puesta en circulación de libros artesanales se da no solo como actividad pedagógica o de mediación lectora. También hay sellos editoriales que producen sus libros de forma artesanal.

Es sabido que en las últimas décadas, acorde a la globalización del capitalismo, el sector editorial de Argentina ha sufrido un proceso de concentración monopólica. Unas pocas grandes corporaciones transnacionales —Penguin Random House y Planeta— fueron comprando los principales sellos editoriales de Argentina, aquellos que concentraban la mayor cantidad de ventas.

Estas editoriales transnacionalizadas tomaron lineamientos que venían de las casas matrices en España, siguiendo parámetros estrictamente comerciales a la hora de decidir qué publicar o no. En estos sellos, el editor, más que ser un promotor cultural, o un intelectual preocupado por descubrir nuevas voces o tendencias y visibilizarlas, es un intérprete más o menos eficaz de las tendencias del mercado, de lo que el público prefiere y demanda. Los grandes sellos editoriales solo publican a autores que ya son conocidos o consagrados, y por tanto vienen con un piso de ventas asegurado (Szpilbarg, 2010).

Como contrapartida a este fenómeno de concentración y homogeneización, en los últimos años también han surgido y se han consolidado numerosas editoriales «independientes». El término «editorial independiente» es equívoco y debe ser problematizado (Szpilbarg, 2010:10), pero básicamente refiere a editoriales de capital nacional y con tiradas mucho más pequeñas que las de los grupos transnacionales. Dentro de ese grupo hay un espectro muy heterogéneo de proyectos, de variadas escalas, procedencias y propósitos. Las condiciones de posibilidad de este florecimiento fueron,

por un lado, la apertura cultural que implicó la crisis de 2001 en Argentina —que fortaleció la autogestión e inauguró nuevas formas de solidaridad—, y por otro, las facilidades que la difusión de internet trajo para la producción y circulación de textos, y para el tendido de redes.

En ese universo heterogéneo hay una galaxia en particular, la de las editoriales artesanales, que me interesa explorar un poco.

Como su nombre lo indica, las editoriales artesanales realizan sus libros a mano, en tiradas muy pequeñas (de treinta a cien libros), recurriendo a técnicas de encuadernación —y en algunos casos también de impresión— tradicionales. Los editores artesanales conciben y producen sus libros integralmente, realizando todas y cada una de las tareas necesarias para que sean hechos y puestos en circulación: seleccionan los textos y los editan, diagraman, imprimen, cortan las tapas, encuadernan, ilustran, cosen, pegan, se pinchan, se entintan. Técnicas como el letterpress o impresión tipográfica, o las diversas variantes del grabado, en las que se imprime mediante presión, a partir de matrices o tipos móviles de diversos materiales, involucran la fuerza, la precisión motriz. El cuerpo está presente, comprometido; el trabajo manual se reivindica, se anula la obtusa jerarquía entre trabajo intelectual y trabajo manual. Las herramientas y máquinas son sencillas y no requieren de inmensas inversiones iniciales: impresoras pequeñas o medianas, prensas, gubias para tallar, rodillos, tintas; agujas, hilos, cartones, pegamento, plegaderas. No se precisa de grandes capitales o medios de producción para editar libros. La morosidad del proceso, lo discreto de las tiradas, lo personalizado de cada libro, son formas de construir alternativas a la producción masiva, impaciente, industrializada.

Atrás de todas las editoriales artesanales hay pues una reacción frente a la producción industrializada. En algunos

casos, puede ser solamente una cuestión estética: volver a la nobleza de ciertos materiales y técnicas, a la cualidad táctil de la impresión tipográfica, la estampa y las tapas de cartón o tela, a la singularidad y la imperfección de la obra artesanal frente a la estandarización de la producción industrial. Muchas veces se trata de una razón económica: resulta más barato fabricar los propios libros que mandarlos a una imprenta. Pero una gran parte de los editores artesanales que recuperan los antiguos oficios de imprimir, encuadernar, etc., y aceitan circuitos de distribución a una escala más humana —a través de ferias, redes, boca en boca...— se conciben a sí mismos como activistas o militantes. Por un lado, porque entienden esta alternativa al modelo industrial de producir y hacer circular libros como una forma de contracultura; y por otro, porque se trata de personas preocupadas por socializar sus conocimientos, enseñar a otros, transmitir técnicas, contagiar la idea de la autogestión, así como garantizar la bibliodiversidad textual y material, más allá de los parámetros estrechos del mercado.

Las editoriales artesanales fabrican libros que se distribuyen más a través de ferias que de librerías. En un sistema en el que la distribución se lleva alrededor de la mitad del valor de venta al público del libro, prescinden de los intermediarios en la distribución. La feria aparece como espacio comunitario, es decir, se venden mercancías y también se construyen y socializan conocimientos. En las ferias hay talleres, los editores se conocen entre sí, tejen una red. Los lectores se vinculan cara a cara con el editor. Las ferias de editoriales independientes se rigen por criterios distintos de los de las grandes ferias del libro que organizan muchas ciudades... No se cobra entrada al público, el espacio destinado a cada editorial es el mismo —con un criterio democrático, y no de acuerdo con los metros cuadrados que cada expositor pueda

pagar—. En muchas, es requisito que el stand sea atendido por el propio editor y no por empleados.

Existe un circuito bastante consolidado de ferias editoriales independientes. La *Furia del libro* o *Impresionante* en Santiago de Chile; en Argentina la FED, la FLIA, o las ferias que acompañan a los diferentes festivales de poesía. Además de las ferias de editoriales independientes, han crecido las ferias de arte impreso, como Migra en Argentina, donde junto a los libros aparecen fanzines, láminas, tarjetas y otros objetos impresos mediante técnicas diversas como las ya mencionadas *letterpress* y grabado, además de la serigrafía, risografía y un largo etcétera.

La edición artesanal comenzó a hacerse habitual en Argentina para publicar poesía —uno de los géneros menos apetitosos para las editoriales *mainstream*— en la década del 90 y comienzos de 2000. Miro mi estante de poesía en la biblioteca y abundan los libros artesanales. A diferencia de los estantes donde tengo los libros de narrativa (casi todos con idéntico formato y de factura industrial), en el de poesía hay libros de todo tamaño, materiales diversos y muchas formas distintas de encuadernación. Hay libros de factura industrial, claro, pero muchísimos son artesanales. Otros están «a mitad de camino»: los interiores se mandaron a hacer a una imprenta, pero fueron encuadernados por los propios editores. Algunos de estos parecen fanzines o revistas, otros tienen tapas duras. Los hay cosidos y engrampados. Algunos tienen guardas con papeles locos o telas en los lomos. Ediciones Chapita, Vox, Deldiego, Diatriba, Tropofonía, Cara de cuis, Eloísa Cartonera, Ediciones Arroyo, Ese es otro que bien baila.¹

¹ \ Matías Moscardi (2016) ya advirtió una relación entre la poesía de los '90 y la edición artesanal o «casera».

Tras ser algo que casi solo se veía en poesía, en la última década la edición artesanal fue descubierta por los promotores de otros géneros. Primeros libros, rescates, traducciones... parecieran ser el nicho que las editoriales artesanales encontraron: textos que el mercado editorial concentrado dejó al margen son publicados por una cantidad creciente de sellos: Ínsula, Funesiana, Ediciones Kalos, Amauta&Yaguar, Buchwald, Clase Turista, Ombú bonsai, Charco, Imprenta Rescate, Barba de abejas.

Barba de abejas es la editorial de Eric Schierloh, editor, escritor, traductor, tipógrafo, impresor y encuadernador platense. Me interesa destacar su proyecto no solo por los libros y fanzines que elabora y pone en circulación (delicados y preciosos), sino por la concepción sobre la edición artesanal que sustenta su práctica, y por su intenso activismo. Eric, además de dar talleres donde socializa sus conocimientos, ha producido una serie de textos teóricos y programáticos acerca de la edición artesanal como práctica integral, que engloba a la escritura, el diseño, la impresión, la encuadernación, la distribución. Hace un manifiesto en contra de la alienación del propio texto —en tanto creación intelectual pero también material— que la división, especialización y tercerización del trabajo entre las diversas «artes del libro» ha provocado para los escritores (Schierloh, 2020 y 2023). Concibe a la edición artesanal como una práctica de *escritura aumentada* (Schierloh, 2021). Critica no solo la concentración de la industria editorial sino también su lógica de crecimiento ilimitado, con su despilfarro de recursos. Frente a un sistema en el que el crecimiento exponencial es legitimador, ofrece tiradas limitadas. Asimismo, tiene una postura libertaria acerca de la noción de autoría: reivindica la literatura y el conocimiento como una gran maquinaria de préstamos, de herencias, por lo cual reclamar la propiedad intelectual de algo le parece incorrecto. Por tanto, está

a favor de la circulación irrestricta de los textos y de la producción discreta, mesurada, de los libros en tanto objeto.

Por último, para ir terminando con este, sin duda, incompleto panorama inicial sobre la edición artesanal, no quiero dejar de mencionar a Ediciones Membrilla, «una editorial rodante e independiente dedicada a la ilustración y encuadernación artesanal», tal como define su página web. El proyecto es desarrollado de forma itinerante por una joven pareja de argentinos (Belén Catalano y Javier Narducci) y su hijo, quienes en sus viajes por distintos lugares de Latinoamérica y Europa trabajan en la recopilación y difusión de leyendas de pueblos originarios de Sudamérica, para ser narradas a través de distintos formatos. En su hermoso y exquisitamente cuidado catálogo, Ediciones Membrilla ofrece libros origami, libros banderines, libros carrusel, pequeños kamishibai de cartón, entre otros libros objeto en los que están presentes los pueblos originarios, los animales, plantas e historias ancestrales de nuestra región.

Un apartado aparte, por el «efecto contagio» que provocaron, merecen los libros cartoneros.

ELOÍSA CARTONERA: AL FIN UNA BUENA NOTICIA DESDE ARGENTINA

Y el libro es también una buena noticia. Eso es algo que me dijeron en Chile. Siempre me acuerdo de eso porque era la época de la crisis (...). Nosotros fuimos con los libros a un festival de poesía. Y la gente compraba los libros y decía «al fin una buena noticia de Argentina».

WASHINGTON CUCURTO

Fabricar un libro cartonero
es de las cosas más fáciles de este
mundo, ¡fíjense, que los hacemos
nosotros! Aprendimos todo de cero.
Aprendimos el trabajo
¡y hasta lo inventamos!

ELOÍSA CARTONERA

Eloísa Cartonera surgió en uno de los momentos más crudos de la Argentina: un momento en el que la mayoría de la sociedad fue empujada, a causa de las políticas económicas neoliberales de endeudamiento y ajuste, a una pauperización acelerada y profunda. Fueron años crudos donde la desocupación trepó hasta el 24 %, la pobreza alcanzó a más de la mitad de la población y la indigencia un 18 %. Durante esos años se volvió habitual ver gente revolviendo la basura para encontrar algo para comer. Frente a la falta de empleo, proliferaron el trabajo informal y las changas. Una de las estrategias de supervivencia más comunes y generalizadas pasó a ser el cartoneo, la recolección de cartón en la vía pública y su posterior venta a las recicladoras e intermediarios.

El estallido de diciembre de 2001 —los saqueos, la rebelión social, el enfrentamiento a la represión estatal, los cacerolazos, el «que se vayan todos»— demostró la profundidad de la crisis, no solo del modelo económico, sino de la capacidad de la democracia representativa para solucionar los problemas vitales.

Ante esa situación, sin que esto implique bajo ningún punto de vista romantizar o estetizar la crisis y el trauma, amplios sectores de la sociedad argentina respondieron con creatividad y organización colectiva. Tras el estallido, las experiencias autogestivas y de democracia directa ensayaron algunas de las mejores respuestas y soluciones, dieron lugar al surgimiento de nuevas formas de solidaridad.

Las asambleas barriales, que se sostuvieron durante meses y que en varios casos cristalizaron más tarde en la creación de organizaciones civiles; las tomas de fábricas, los trueques... dieron cuenta de una gran capacidad imaginativa y autogestiva de la sociedad argentina.

En ese contexto dinámico y vital de respuestas a la crisis, en el que se subvirtieron muchas lógicas hegemónicas y se inauguraron prácticas y representaciones verdaderamente nuevas, surgió, en el campo editorial, un proyecto que implicó también una serie de subversiones y, ante todo, logró un efecto contagio, una diseminación a escala regional y luego global, como pocas veces sucede en lo que respecta a fenómenos culturales y, en especial a la forma de producción y circulación de los libros.

UNA IDEA GENIAL

En 2003, en Buenos Aires, el escritor Washington Cucurto, la poeta y performer Fernanda Laguna y el artista plástico Javier Barilaro tuvieron una idea genial: hacer libros con tapas de cartón corrugado comprado a los cartoneros e incluir a estos en la elaboración de los libros. Por un lado, lograban producir libros a bajo costo, resultando ejemplares baratos y accesibles. Por otro, generaban ingresos y trabajo para las personas más vulnerables en un contexto de desocupación generalizada. De esta forma, Eloísa Cartonera haría libros, pero de una forma «que los libros generen algo más».² «Somos artistas comprometidos en encontrar soluciones

2\ Javier Barilaro expresa: «Conocí a Cucurto, me decía hagamos una editorial, pero "que los libros generen algo más". Él tiene esa gran capacidad de simplificar los discursos (Eloísa Cartonera, 2007).

artísticas a los problemas que plantea este sistema perverso», decía un trabajador de Eloísa (Eloísa Cartonera:16).

Eloísa pagaba a los cartoneros tres veces más por kilo de cartón que las plantas de reciclaje. Luego, el cartón era cortado para fabricar las tapas. Los títulos de los libros se pintaban con ténpera, con letras grandes y colores chillones, emulando la estética de los carteles de cumbia. Los cartoneros, y cualquier otra persona que quisiera participar de la producción, eran quienes cortaban, pintaban, aprendían a imprimir y fotocopiar, y finalmente a abrochar o coser las hojas a las tapas de cartón. Las ganancias obtenidas se dividían por igual entre todos los trabajadores, con una lógica cooperativa. Los textos eran de autores consagrados y también noveles, que concedían la obra para su reproducción libre, sin cobrar derechos de autor. El resultado era un libro cartonero: un libro de estética tosca, desprolija, pero funcional y duradero. «Esto es un libro», dijo Eloísa. Y fue como una revelación. Al decir de Eric Schierloh, a partir de la irrupción de Eloísa se diseminó el «cartonavirus», se descubrió la forma de hacer un libro rápido y furioso.

Era una idea potente, transformadora, sencilla de replicar. Eloísa vino a decir: los medios de producción y las destrezas necesarias para hacer los libros están al alcance de casi todos: cartón, hilo, ténperas; una fotocopidora o impresora casera. También vino a decir: los libros no son cosa de pocos, ni de ricos, ni de letrados. Eloísa cartonera unió lo que el sistema separa (separa a los pobres de los libros, a la cultura popular de la cultura letrada, a la escritura de la confección de libros) y separó lo que el sistema une (el trabajo, en el capitalismo, pareciera solo posible unido a la lógica de la propiedad y rentabilidad privadas: Eloísa también desarmó ese binomio trabajo–propiedad privada).

Además de mejorar concretamente las condiciones de vida de las personas involucradas, Eloísa Cartonera operó

una revolución simbólica en el campo de la producción y circulación de libros:

Su intervención, a contracorriente de las lógicas económica y estética hegemónicas en el campo editorial, opera en cuatro órdenes: incorpora a los cartoneros como agentes centrales de un espacio de producción de bienes culturales; defiende la lógica del trabajo cooperativo; transforma tanto el valor simbólico del cartón recogido en la vía pública (la basura deviene tapa de libro) como la representación convencional del objeto «libro»; y convierte a ciertos consumos culturales expandidos en los sectores populares en sello de identidad de una nueva modalidad de producción y de circulación editorial. (Gerbaudo, 2020:262)

De esta forma, Eloísa cartonera dio el puntapié inicial de lo que bien podría ser considerado un movimiento. La editorial cobró rápida visibilidad³ y legitimación desde el campo académico, debido a que en su catálogo aparecían autores consagrados como Aira, y en poco tiempo la experiencia fue replicada en otros lugares del país y también en varios países de América Latina, por supuesto con variaciones en sus apropiaciones. En Argentina, Cartonerita Solar, Barcoborracho Ediciones, Ñasaindy Cartonera o Legüera Cartonera son ejemplos de esta diseminación. En Bolivia, Yerba Mala Cartonera, Mandrágora Cartonera y Nicotina Cartonera; en Brasil, Dulcineia Katadora, Katerina Kartonera; en Perú, Sarita Cartonera, en Chile, Animita cartonera... son solo algunos países y algunas de las editoriales. Las editoriales

3\ En 2003 *Radar libros* los declaró «la revelación del año», y poco después la prensa internacional —*The Guardian*, *Rolling Stone*, *BBC World* y *Financial Times*— empezó a escribir sobre su proyecto.

cartoneras se replicaron también en Francia, Suecia, España, Mozambique.

El fenómeno incluso fue replicado dentro de las universidades. En Argentina, varias universidades crearon sus editoriales cartoneras: Vera Cartonera, de la Universidad Nacional del Litoral en Santa Fe, es un ejemplo.

Desde entonces, se realizan encuentros de editoriales cartoneras. Veinte años después, siguen apareciendo nuevas editoriales dentro de la galaxia cartonera.

En Buenos Aires, Oficina Perambulante, del escritor Carlos Ríos, edita libros hechos no solamente con cartón corrugado, sino también con otros materiales reciclados como los envases tetrabrick o envoltorios varios. Carlos escribió un texto potente, *Ecosistema de libros cartoneros*, en el que afirma cosas como estas:

El proyecto editorial cartonero rompe las jerarquías del libro visto como objeto de culto y de prestigio.

El tiempo de realización de un libro cartonero es muy breve; una pequeña comunidad puede armar una tirada durante una tarde. En ocasiones, sus lectores intervienen artísticamente las tapas y esperan que las pinturas del cartón estén secas para llevárselos.

El taller del proyecto editorial cartonero se construye con las herramientas que hay a mano en cualquier sitio; durante la confección de un libro de cartón todo su espacio alrededor se transforma en un taller: una plaza, las aulas, un espacio cultural, la casa propia.

La confección del libro cartonero horizontaliza las relaciones de producción; basta dar un taller básico y con pasos muy sencillos, cualquiera podrá hacer libros y planificar un proyecto editorial de acuerdo con sus necesidades. Además, como en

todo trabajo artesanal, los saberes y las destrezas técnicas se fortalecen y aseguran en las prácticas.

Habilita la emergencia de nuevos modos de decir, nuevas prácticas de escritura y, especialmente, nuevos trayectos de lectura que no necesitan instancias de legitimación para ser practicados. (Ríos, 2021)

El libro cartonero provoca una «desacralización» del libro, propiciando un nuevo modo de vincularse entre sujetos sociales marginados y la producción y el consumo de libros.

Carlos Ríos, quien además de ser escritor y editor trabajó muchos años en contextos de encierro para acercar a los internos a la literatura, es un entusiasta y generoso difusor de la edición artesanal. Brinda talleres y seminarios a los que viaja con una valija llena de papeles y cartones (en gran parte provenientes de packaging: cajas de ravioles, yerba, tetras...), sellos hechos con gomas de borrar esgrafiadas, y una enorme diversidad de fanzines y libritos cuyos formatos y materiales desafían los límites de aquello que llamamos libro. Lleva su impresora personal a todos lados. Le gusta decir que su taller de edición cabe en la pequeña valija que lo acompaña. Gracias a su «oficina perambulante», puede montar mesas de edición espontánea y comunitaria en cualquier espacio público, y así es como le gusta terminar sus seminarios junto sus alumnos.

NEXOS ENTRE EL ARTE, LA LITERATURA Y LA COMUNIDAD A TRAVÉS DE LIBROS

Si bien cada una de las editoriales cartoneras mencionadas (y las muchas que quedan sin nombrar) se apropiaron del «cartonavirus» de forma singular, con diferentes discursos,

estéticas, objetivos, diversos textos que ponen a circular y diversos ámbitos de difusión, el libro cartonero en general aparece en proyectos en los que, como decía Cucurto, el objetivo no es solo editar libros, sino «que los libros generen algo más». Las editoriales cartoneras se conciben como proyectos sociales, además de artísticos: incluyen una arista de trabajo con sectores sociales marginalizados económica y culturalmente. Al involucrar a estas personas en el proceso de fabricación de los libros, no solo propician el aprendizaje de destrezas y hasta un oficio, y facilitan un ingreso económico (muchas de las cartoneras se piensan como cooperativas de trabajo), sino que también visibilizan otras identidades, otras voces diferentes de las hegemónicas. Muchas veces se ocupan de la difícil tarea de recuperar y difundir una cultura local. Estas editoriales surgen la mayoría de las veces con expectativas que no podrían ser calificadas de económicas, y tampoco aparecen en los registros oficiales de editoriales.

Por último, contribuyen a la formación de nuevos lectores a través de la familiarización con los libros de personas que estaban muy alejadas de ellos y de la cultura escrita.

5 Bibliotecas ambulantes

SI LA MONTAÑA NO VA A MAHOMA...

Hay lugares donde esperamos encontrar libros: en las escuelas, en una biblioteca. Sin embargo, para «derribar esas fronteras invisibles» de las que hablaba Michèle Petit, que separan a las personas de los libros, es preciso que estos, a través de los mediadores, vayan en busca de las personas y hagan su aparición en «espacios no convencionales de lectura». Así, hace ya varios años, se ha popularizado la idea de sacar los libros de las bibliotecas y hacer espacios de lectura en plazas, centros de salud, espacios hospitalarios o el transporte público...

A LOS LIBROS LES GUSTA VIAJAR

La asociación entre lectura y viaje es un lugar común. La posibilidad que nos da la lectura de participar, de forma muy singular, de otros tiempos, otros lugares, otros mundos; la sensación de traslado, la vivencia de un ritmo diferente, el movimiento y la transformación interna que puede suscitar, la emparentan con el viaje.

Menos mentada quizá es la relación entre viajes y el libro en tanto objeto. Los desplazamientos físicos de los libros,

sus itinerarios, sus pasajes de mano en mano. Los préstamos, los intercambios, los hurtos. El extraño y a veces larguísimo viaje de los libros que, como todo objeto, son pasibles de durar o ser destruidos, perderse, olvidarse, mancharse, rasgarse, envejecer, romperse, tirarse a la basura, ser encontrados, redescubiertos. Libros que a veces se encuentran por magia o, por el contrario, son intensamente buscados, se los rastrea hasta dar con ellos. Libros que llevan en su cuerpo las marcas de otros lectores: subrayados, notas, dedicatorias, nombres, manchas, sellos *ex libris*, o de varias bibliotecas, superpuestos unos sobre otros, como huellas digitales, como capas de piel, rastros de las muchas vidas que puede tener un libro cuando se lo deja circular.

Probablemente alguien que no sea habitual lector se sorprenda de los intensos tráficos que impulsamos aquellos para quienes los libros nos son vitales. Tráficos a veces subrepticios, en gran parte gratuitos, en ocasiones rozando en la ilegalidad. El robo, algo que la mayoría de los lectores deploraríamos para otros bienes, parece estar justificado en ocasiones cuando se trata de libros. El acceso a los libros como un derecho natural. En determinadas condiciones, más que del robo de un libro, se trata de su *legítima expropiación*: si un lector encuentra un libro ocioso, que nadie lee, o que fue adueñado por alguien que no lo necesita, o cuya falta no le hará ninguna merma, entonces, será justo expropiar el libro. Una hermosa práctica libertaria en medio de tanta apropiación capitalista. Así como la tierra debería ser para quienes la trabajen, los libros deberían ser para quienes los lean.

Los lectores más apasionados siempre somos, de un modo u otro, mediadores de lectura. Porque hablaremos sobre los libros que nos conmovieron, querremos recomendarlos o prestarlos. Las casas de los lectores a veces parecen tomadas por los libros que entran y salen. Los mediadores y bibliotecarios, aunque no tengamos una biblioteca

ambulante, somos bibliotecas ambulantes humanas, vivimos trasladando mochilas y cajas de libros entre los diferentes espacios donde trabajamos. Sabemos que lo importante es que los libros estén en movimiento. Que no duerman un sueño eterno en los estantes y en cambio lleguen a los lectores. De esta comprensión, de este deseo de «mantener vivos a los libros» que nace del amor por ellos, surgen todos estos tráficos como una extraña fiebre. Algunos espontáneos, otros más organizados, como los préstamos de las bibliotecas, las «bibliotecas al paso» o las llamadas «suelas de libros» (en las que se invita a que los lectores «abandonen» un libro en el espacio público, para que otro lector o lectora lo encuentre). De lo que se trata es de mantener vivo el flujo de información, relatos, ficción, poesía, ideas, memoria. Mantenerlo vivo como a un fuego. Que no se apague. Por eso a los libros les gusta viajar. Y lo hacen en todos los rincones del mundo. Sobre ruedas de bici o camionetas; sobre patas de camello o de burro; sobre lanchas o canoas.

LAS BIBLIOTECAS AMBULANTES

Aunque la palabra biblioteca esté más asociada a un lugar fijo, estático, en el que los únicos viajes son interiores, también hay bibliotecas ambulantes. Bibliotecas viajeras. Y mediadores nómades.

Biblioteca itinerante, rodante, móvil... no importa cómo se las llame. Su premisa es sencilla: que los libros lleguen adonde no lo harían habitualmente. «Llegar donde nadie llega», o donde pocos lo hacen, hacer accesibles los libros en los lugares donde, por razones geográficas, culturales o económicas, su oferta no está garantizada. El ingenio, el deseo, la convicción y la perseverancia de bibliotecarios, mediadores, instituciones, voluntarios, a lo largo y a lo ancho del planeta lo hacen posible.

En bicis, barcos, burros, camiones, lanchas, autobuses, furgonetas, carretillas, camellos y hasta elefantes, los libros llegan a los lugares más alejados o desfavorecidos.

Las bibliotecas móviles son recibidas con alegría y curiosidad. Su llegada quiebra la rutina. A menudo «desembarcan» en lugares inesperados, donde no es habitual encontrar libros: una plaza, un parque, una vereda. Los bibliotecarios o mediadores a cargo de ellas tienen algo de juglares o trovadores. La imaginación se enciende evocando los lugares, los viajes, las experiencias de estos libros y quienes los hacen circular.¹

Las primeras bibliotecas móviles o ambulantes de las que se tienen noticias son del siglo XIX, en diversas partes del mundo, surgidas para llevar libros al ámbito rural. Un movimiento por el cual la alfabetización, la cultura letrada, se extendía de las ciudades al campo. Pero más adelante, en el siglo XX, con la expansión de una urbanización plagada de desigualdades, cuando la propia ciudad engendró e hizo crecer periferias internas, las bibliotecas móviles o los dispositivos móviles para acercar libros se hicieron habituales en los barrios postergados de muchas urbes del mundo.

Sea en contextos urbanos o rurales, y en diversos contenedores como valijas, baúles o cajas, los libros desembarcan en alguna plaza o espacio público, o en alguna escuela o centro comunitario, para quedarse un tiempo variable: de unas pocas horas a un par de semanas. Muchas veces son

¹ Existe una encantadora novela de ficción, *La librería ambulante*, del estadounidense Christopher Morley, en la que se narran las peripecias de una mujer que viaja por el mundo rural de Estados Unidos a comienzos del siglo XX en un carromato tirado por un caballo, lleno de libros. Dada su antigüedad (se publicó en 1917) el texto original del libro y sus derechos pertenecen al dominio público y se pueden encontrar en internet.

las bibliotecas «fijas» las que ofrecen este servicio ambulante a través de «mochilas o cajas viajeras».

A veces los libros llegan solos, otras, acompañados de funciones de kamishibai, títeres, proyecciones de cine, narración oral, circo, teatro. Las bibliotecas ambulantes, igual que sus pares «fijas», se ofrecen como espacios para acceder a una diversidad de bienes y experiencias culturales, no solo libros.

A menudo estas bibliotecas andariegas portan consigo un libro de bitácora a través del cual los usuarios de distintos puntos geográficos pueden dejarse mensajes unos a otros, hacer recomendaciones, comentarios de sus lecturas y experiencias con la biblioteca.

A continuación voy a mencionar y describir brevemente algunas de las bibliotecas ambulantes que conozco, de nuestro país y de otros lares. Quien quiera saber más, puede entrar a sus páginas o redes sociales y estar al tanto de sus andanzas.²

LIBROS QUE VIAJAN POR AGUA

Bibliolancha de Quemchi (Chiloé, Chile): impulsada por Teolinda Higuera, directora de la Biblioteca Pública del lugar, desde el año 1995 recorre las islas de dicha comuna chilota llevando lectura y actividades culturales a las comunidades más aisladas. Tras veintiún años navegando por los mares chilotes en naves prestadas por el Servicio de Salud

2\ Un libro fantástico que recoge muchas de estas iniciativas es *Mi biblioteca es un camello: Cómo llegan los libros a los niños en todo el mundo*, de Margriet Ruurs.

y la Armada, en 2015 pudo contar finalmente con una embarcación propia, «Felipe Navegante».

La Bibliolancha llega con una frecuencia mensual a las diferentes islas, permaneciendo en cada una de ellas alrededor de una semana. Sus mediadores visitan la posta de salud, las escuelas y también recorren casa por casa. Además de llevar y prestar libros entre una visita y otra, y propiciar encuentros para conversar sobre los mismos, la Bibliolancha ha ofrecido funciones de cuentacuentos, cine al aire libre, teatro y títeres; también, ha premiado a los lectores más activos con giras culturales a museos y a las bibliotecas de Santiago y de Valparaíso. En Youtube hay varios videos breves documentando algunas de sus visitas.

Bibliolancha del Delta de San Fernando (Buenos Aires): aunque ahora su funcionamiento está en suspenso, fue impulsada hace también casi dos décadas por la Biblioteca Santa Genoveva, que lleva más de sesenta años presente en la comunidad. El equipo de la biblioteca trasladó libros, narraciones, música, teatro, y también plantines y semillas por los ríos del Delta. Los lectores esperaban en el muelle de su casa a la Bibliolancha. Esta se detenía y sus tripulantes ofrecían los libros, una pequeña función de teatro de sombras o kamishibai, la lectura en voz alta de un poema... y luego seguían navegando hasta la siguiente parada. Algunos de sus navegantes más entusiastas fueron Marisa Negri, Gustavo Marino y Guillermina Weil.

Bibliobusana de Casamance (Senegal): en 2022, las narradoras orales y escritoras Ana Griott y Fina Hernández pensaron que era importante que los libros y las personas que forman parte de la biblioteca municipal Teba Diatta de Usuy, en la que estaban trabajando desde 2013, llegaran a otras

poblaciones que viven aisladas en las islas de la desembocadura del río Casamance. Transcribo las palabras de Ana:

Y ahora, para que los niños y niñas que viven en las islas del manglar tengan libros (adonde no llega la única carretera que recorre la Casamance), compraremos una piragua. Esta es la forma más cómoda, silenciosa y ecológica de transportarse en un manglar. Además, en un lugar donde la tierra está sembrada de minas antipersonas, los caminos del agua son más seguros. En la piragua, además del bibliotecario con su *econtin* (*un instrumento musical*), que contará los cuentos de su tradición oral, llevaremos libros convenientemente protegidos de la humedad en secos barriles de plástico (donde ellos almacenan el agua). Serán libros silentes, tan callados como el manglar, libros con pocas palabras, audiocuentos con las grabaciones de las narraciones de los ancianos, libros artesanales con sus cuentos y todo lo que nos acerque a ellos y haga posible su acceso a la biblioteca. Esperamos no tener que proteger los libros de la mordedura de los cocodrilos que seestean en las orillas fangosas del manglar. Estrenaremos la bibliopiragua en un festival de narración oral que haremos en breve. De momento, alquilamos la piragua, pero nuestro objetivo es comprar una propia.

En un futuro hemos pensado hacer varias bibliotecas portátiles diferentes, en un soporte de tela africana con bolsillos donde meter los libros que viajarán de isla en isla, también contendrá objetos que encierren historias orales que los niños y niñas conozcan, libros artesanales con adivinanzas y cuentos encadenados.

Estas minibibliotecas portátiles las llevaremos a las islas y las dejaremos durante un mes, después se intercambian por otras. El día que llegamos a intercambiarlas nos encontramos

con los lectores y lectoras y todos contamos cuentos y adivinanzas. Queremos también llegar con nuestra bibliobusana («piragua» en diola, la lengua local) a otras islas. Y también recoger cuentos, mitos y leyendas que tengan como escenario el río o los seres mágicos que habitan en él para hacer un libro impreso que añadir a nuestra bibliobusana. (Griott, 2022)

LIBROS QUE VIAJAN SOBRE RUEDAS

Los *Bibliomóviles de CONABIP* (Argentina): los bibliomóviles son camionetas tipo traffic que funcionan como bibliotecas itinerantes. Tal como indica la página web del organismo, los Bibliomóviles tienen la finalidad de «federalizar el acceso a la cultura, fomentar la lectura en comunidad y la construcción de ciudadanía». Cuentan con un equipamiento que los transforma en centros culturales ambulantes para el desarrollo de actividades en articulación con las provincias, los municipios, las bibliotecas populares y otras organizaciones de diferentes puntos del país.

El carrito de los libros: fue pionero en Santa Fe en mediación de lectura y democratización del acceso a los libros. Surgió en 2001 dentro de Acción Educativa, una ONG que desde el retorno de la democracia sostiene un trabajo encomiable de educación popular (sus fundadores fueron educadores populares de larga data —entre ellos José «Pepe» Serra y Mabel Busaniche— quienes desde mediados de los '60 basaron su práctica en las ideas de Paulo Freire y de la Teología de la liberación, entre otros). Su principal impulsora en los inicios fue Teresa de Kakisu, quien convocó a un grupo de mujeres para desarrollar la tarea. Así, las mediadoras de *El carrito* acercaron libros a los niños de los barrios más carenciados de Santa Fe durante ocho años, mucho antes

de que la promoción de la lectura cobrara un lugar relevante en la agenda pública, en las escuelas o en la formación docente. Asimismo, brindaron capacitaciones y acompañamiento a los docentes de las escuelas que visitaban. Sus talleres involucraban siempre dinámicas de educación popular y educación por el arte, en las que el cuerpo, el movimiento y el juego estaban presentes. El carrito se caracterizó por ejercer una verdadera *praxis*, es decir, un ejercicio constante de ir y venir de la teoría a la práctica. Le otorgó a la sistematización de sus prácticas y a la reflexión teórica un espacio privilegiado, escribiendo sobre ellas, incluyendo a los participantes en la sistematización colectiva, y publicando sus experiencias (Kakisú, Carelli y otras, 2008).

Yo he aprendido mucho de estas mujeres sensibles, fuertes e inteligentes, algo por lo que, por supuesto, les estoy muy agradecida.

Abracuentos, libroteca ambulante: muchas de las fundadoras y miembros de *El carrito de los libros* (Nora Carelli, Olga Ucero, Laura Bovero, Guadalupe Rugna, Clara Perezlindo, Micaela Piccini y Verónica Williner) formaron esta asociación civil en 2009. Con los años, se sumaron otras mujeres: María Elena Ahumada, Elda Menvielle, Soledad Signorini. Como dicen en su página, trabajan por la democratización de la literatura y el acceso a los libros como derechos culturales.

Abracuentos no solo ofrece libros en préstamo y realiza mediación de lectura en escuelas, espacios públicos o centros de salud, sino que, siguiendo a su modo el legado de *El carrito*, le otorga a la reflexión y conceptualización teórica mucha importancia. Por eso, desde sus inicios han invitado a escritores de literatura y/o referentes en LIJ (Literatura Infantil y Juvenil) cuyas obras y pensamientos sobre la literatura y las infancias les «generan placer, preguntas,

les hacen repensar sus prácticas y las acompañan en el camino de compartir libros», tal como puede leerse en su cuenta de Instagram. Gracias a sus gestiones, en la ciudad de Santa Fe hemos disfrutado de encuentros con figuras como Liliana Bodoc, María Wernicke, Paula Bombara, Cecilia Bajour o Laura Escudero Tobler, por mencionar solo algunas. Además, *Abracuentos* lleva adelante encuentros y talleres con mediadores para aportar a su formación.

Lectobus: impulsado desde 2012 por la escritora Alicia Barberis, de Santa Fe, con el apoyo del Sindicato Luz y Fuerza, y junto a un equipo de mujeres (actualmente: Joselina Martínez, Emilia Charra y Celeste Abba), *Lectobus*, lectura en movimiento se distingue por la presencia central de la narración oral en su trabajo. No solo todas las mujeres que conforman su equipo son narradoras orales, sino que, por lo general, *Lectobus* acompaña la llegada de libros y talleres a espacios comunitarios y escuelas, con espectáculos de narración oral. Asimismo, se destaca por ofrecer ciclos de formación en mediación de lectura, en articulación con los ministerios de Cultura y de Educación de la provincia. *Lectobus*, bajo el lema «Para que a todxs nos cobije un mismo cielo de palabras», desarrolla su trabajo en diversas localidades de la provincia de Santa Fe. Ha publicado libros con relatos e ilustraciones de niños, y también tiene una revista que sale en formato papel y digital.

Doña Galinda Biblioteca Rodante: si en los tres casos anteriores la idea de «biblioteca ambulante» es más bien una abstracción (los libros «salen a pasear» dentro de cajas, pero su lugar de residencia «fija» es un edificio común), *Galinda* es, al igual que los Bibliomóviles de Conabip, con todas las letras una biblioteca rodante. Se trata de una Combi

Volkswagen modelo 1981, amorosamente pintada y acondicionada en su interior —con paneles de madera, pequeños estantes y armarios— por su gestora y conductora, Laura Visciglio. Laura, quien sostuvo su actividad durante siete años «yendo y viniendo» a distintos lugares, pero siempre teniendo como residencia fija la ciudad de Buenos Aires, en abril de 2022 «levó anclas» y salió a rodar sin rumbo fijo ni fecha de retorno. Tras haber amasado ese sueño mucho tiempo en su cabecita, Laura vendió todas sus pertenencias —incluso muchos libros que no podía llevar consigo— y partió con la seguridad y la confianza de quien sigue su deseo y sabe que encontrará personas hermosas y amor a lo largo del camino, porque eso es lo que ella entrega. Hasta ahora recorrió montones de escuelas, plazas, ferias, veredas... de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza.

Doña Galinda ofrece la ocasión de explorar los libros libremente en todos los lugares que visita. Brinda espectáculos de narración oral, kamishibai y títeres. Y también vende algunos libros, objetos poéticos, dispositivos para contar y juegos literarios (como los de Tinkuy o de Membrilla). A menudo, invita a sus recorridos a otros narradores orales, titiriteros o músicos. Le encanta tejer redes y trabajar junto a otros. Asimismo, ofrece talleres para docentes y mediadores en torno a los modos posibles de acercar los libros y la literatura, para que estos formen parte de la vida cotidiana.

Biblioteca Rodante Tacuarita: impulsada por mí, desde agosto de 2021 *Tacuarita* anda a cuestras de una Kangoo furgón. Una serie de módulos (cubos y cajones de madera) sirven para guardar los libros, exhibirlos, así como hacen las veces de mesas y bancos para dibujar o escribir más cómodos. Junto con alfombras y almohadones, se trata de un dispositivo móvil y versátil que se adapta tanto a escenas de lectura

al aire libre como al interior de escuelas u otros espacios comunitarios.

Además de generar ocasiones de encuentro con los libros, Tacuarita anda a la busca de historias, dichos, versos, coplas que circulan de boca en boca, en todos los rincones del país. A partir de ellos, propone (siguiendo la metodología contada ya varias veces en este libro) elaborar libros o fanzines artesanales con la comunidad. Hasta ahora ha visitado comunidades rurales en Formosa, Santiago del Estero, Misiones, Neuquén, Rionegro y Salta, además de barrios periurbanos de su Santa Fe natal y otras comunidades pequeñas cercanas a ella. También anduvo por Uruguay.

La Tacuarita a veces «aterriza» en una escuela, otras en una plaza, o un camping, o una playa, o un espacio comunitario. A veces la esperan y a veces aparece sin avisar. Cada escena de lectura es diversa, pero en todas se repite la magia: las alfombras se vuelven «voladoras», madres e hijos se sientan juntos, casi acurrucados, los niños comparten sus descubrimientos, los rostros se ven embelesados.

Luego se abre la Rueda de historias: yo comparto algún texto o historia (leída o contada) de mis pagos (a menudo cuento la del Carpincho Blanco), y eso sirve de disparador para que los participantes compartan las de sus lugares. Luego, si hay ganas y tiempo, se elaboran los libros artesanales, en diversos formatos: a veces son libros cartoneros, otras llevan estampas hechas con Telgopor, a veces son cosidos con costura japonesa, otros son libros acordeón, otras veces solamente se los encarpeta... Los libros hechos quedan en cada comunidad visitada, como una forma de visibilizar y valorar el patrimonio cultural local y de tender puentes entre la oralidad y la escritura. Yo me llevo fotos de las producciones. En mis talleres suelo proyectar esas fotos, y las de los paisajes que visito, para mostrar la riqueza cultural y natural de nuestro país. Me interesa mucho visibilizar

el plurilingüismo de Argentina, y por eso en Formosa, Neuquén y Misiones, donde tuve la ocasión de visitar comunidades originarias, los participantes de los talleres hicieron sus libros en pilagá, mapudungun y guaraní.

La luna, compañía de cuentos: impulsada desde 2020 por Fernanda Gómez (Buenos Aires) y Erika Brandauer (Bahía Blanca), esta bella «casa de cuentos rodante» recorre pueblos, bibliotecas populares, parajes rurales, pequeñas ciudades, escuelas, jardines, centros culturales... ofreciendo su acervo de libros y también espectáculos de narración oral y música en vivo, para chicos y grandes. En cada sitio que visitan, buscan «activar el encuentro con la palabra viva como transmisión primera de toda cultura», entrelazando palabra y música, «que en definitiva son la misma cosa». En sus espectáculos musicalizan cuentos, retahílas, trabalenguas... tocan una enorme diversidad de instrumentos y cotidiáfonos, juegan con sombras e imágenes. Ofrecen también talleres de formación en narración oral.

Estas dos mujeres sensibles y entusiastas en 2023 ganaron una beca de la Fundación Williams ¡para realizar el Primer Encuentro de Bibliotecas Rodantes de Argentina! Este evento me resultó tan «fabuloso» y fantástico que merece un apartado al final del capítulo.

Todo cabe en un jarrito, compañía cultural rodante: nació a finales de 2019, de la mano de Marcelo Guerrero (Córdoba) y María Montaldo (La Plata), con el objetivo de acercar espectáculos y talleres de formación en narración oral a diversas poblaciones de Argentina, viajando en un pequeño motorhome. Como a los pocos meses sobrevino la pandemia que los obligó a hacer un parate en el viaje, Marcelo y María tuvieron mucho tiempo para planificar otras acciones y ahí surgió la idea de abrir una biblioteca rodante, que conformaron con

sus propias bibliotecas personales constituidas en su mayoría por libros álbum.

Construyeron una estructura para que el lateral exterior de su camioneta fuera el espacio donde poner los libros a disposición del público, y así fueron visitando plazas, parques, calles, estaciones de tren, instituciones educativas, centros culturales en diferentes parajes, pueblos y ciudades. Generalmente llegan a un lugar convocados por bibliotecas populares, escuelas, ferias, festivales o por el Estado. Aunque también les gusta llegar sin previo aviso y hacer intervenciones en los espacios públicos, sobre todo para fechas especiales como el 8 o el 24 de marzo (Día Internacional de la Mujer y conmemoración del último golpe de Estado en Argentina, respectivamente). En esas ocasiones, por ejemplo, en una plaza, cuelgan piolines de los que penden papeles y fanzines con mensajes, palabras, testimonios... emulando la literatura de cordel, para que los transeúntes puedan llevarse y también escribir y dejar los propios.

A mediados de 2021 redoblaron la apuesta y compraron un colectivo, al que pintaron de modo llamativo y acondicionaron para convertirlo en su casa y biblioteca rodante, ampliando así el proyecto cultural, que tiene tres ejes: Oralidad y Literatura (las voces de la memoria en formatos diversos); Imaginación (el rol que ocupa en nuestras vidas y su potencial creador) y el Vínculo a través de las historias (las emociones que atraviesan el encuentro compartido).

Biblioteca infantil ambulante Tricletas: es la iniciativa de una «familia nómada» —Fabiana Polenta, Luciano Caferra y sus hijos Nahuel y Antú— que desde 2009 viaja por distintos lugares de Latinoamérica. El viaje comenzó en bicicleta cuando el hijo mayor tenía apenas un año de edad (él viajaba en un carrito o tráiler que era arrastrado por una de las bicis de los papás). Como los libros son muy pesados para

trasladarlos en bicicleta, al principio compartían la narración oral y el clown sin palabras. Cuatro años más tarde regresaron al país, cambiaron las bicis por una casa rodante y siguieron recorriendo Argentina incorporando la biblioteca rodante a sus andanzas. En 2019 se mudaron (familia y biblioteca) a una furgoneta con la que actualmente siguen recorriendo el país. Prefieren visitar escuelas y comunidades rurales pero también van a ferias, plazas y donde los encuentre el viaje. Coordinan sus acciones con las bibliotecas populares de los lugares a los que llegan ya que consideran de vital importancia estos espacios en las comunidades.

Cuenterío, Biblioteca serrana en movimiento: impulsada desde 2018 por Marcela Ganapol, narradora oral y promotora de lectura, se presenta así:

En los pueblos del Valle de Punilla de la provincia de Córdoba, así como en muchos lugares del país, hay un montón de personas que no tienen un acceso frecuente a los libros de ficción, que no pueden leer cuentos, novelas o poesías, ni disfrutarlos en su casa. (...) Por eso la biblioteca ambulante *Cuenterío* llega, con cuentos y libros, hasta donde están estas personas: escuelas de todos los niveles, clubes, centros de actividades sociales, recreativas, educativas, etc. La actividad consiste en un encuentro mensual en el que compartimos narraciones y/o lecturas de historias, y en el posterior préstamo de libros para que puedan llevar a sus casas y leer en familia; y que luego deben devolver en la próxima visita para poder llevar otros.

En 2020 se sumó al trabajo la narradora Ana Cércola. La biblioteca ha visitado escuelas urbanas y rurales en Villa Giardino, Los Cocos, La Falda, La Cumbre, San Esteban, Dolores, Charbonier, El Carrizal y Pampa de Olaén. También brindan talleres para docentes en Iniciación al Arte de Contar Historias. En 2023 se sumaron siete colaboradores

más al equipo de *Cuenterío*, todas personas relacionadas con el arte y la educación (Virginia Rodríguez, Sofía Tassarolo, Lucía Citto, Barbarita Quiroga, Fernando Osuna, Sandra Antón y Florencia Volonté).

Como balance de estos cinco años de actividad, queremos destacar el cambio que se ha ido generando en las y los participantes debido a nuestra tarea sostenida en el tiempo: es muy notorio cómo se intensificó la escucha activa de los cuentos y el deseo por la lectura; y cuánto han crecido en su compromiso con la devolución y cuidado de los libros que les prestamos y que llevan a sus casas para compartir en familia.

Uni Project, de *Street Lab* NY:³ entre las bibliotecas ambulantes en contextos urbanos destaca esta experiencia en Nueva York cuya misión es, desde 2011, activar los espacios públicos con propuestas culturales, generando ocasiones de encuentro en torno a la lectura, la escritura, el juego, el arte o la ciencia. El objetivo es mejorar el entorno urbano, fortalecer los lazos comunitarios y hacer accesibles los bienes culturales a los barrios más relegados.

Uno de los aspectos más sobresalientes de *Street Lab* es el diseño de los dispositivos materiales con los que se arma la «sala de lectura» (o de arte, o de juego, o de ciencia) emergente: se trata de estructuras desplegadas pop-up de madera, plástico u otros materiales, con formas poligonales, estéticamente muy originales y bellas. En el caso de las salas de lectura, los kits llegan a los barrios dentro de una especie de «carro» que, al abrirse, se despliega como una estantería llena de libros. Los kits traen sillones apilables que también hacen las veces de mesitas si es necesario. *Street Lab* transforma cada sitio al que llega ofreciendo a los visitantes una

3\ Ver streetlab.org

experiencia urbana especial: agradable, educativa, simple, directa y fuera de lo común.

En su página web explican:

Esto es lo que sucede: las personas se reúnen y buscan libros en los estantes, se sientan y leen, a veces durante horas. La gente lee sola o junto a otros. A veces, el personal, los voluntarios u otros patrocinadores les leen a los niños. Compartir libros a menudo conduce a conversaciones entre personas y al descubrimiento de intereses comunes. Las personas se transforman en lectores en una especie de escenario, y se sienten bien consigo mismos y más conectados con la ciudad. A los transeúntes les encanta la escena. Permanecemos en la calle y humanizamos la vida de los barrios, promovemos la comunicación y tratamos a las personas como ciudadanos, no como consumidores.

LIBROS EN BICI

Hay muchísimas experiencias de bibliotecas ambulantes que viajan en bici. Sus creadores han diseñado y construido diversas estructuras en las que guardan y exhiben los libros, a las que arrastran o propulsan con sus bicis. Menciono solo algunas para que cada quien pueda pispear: *El verso nómada*, impulsado por un joven en La Matanza, provincia de Buenos Aires; la *Biblioteca sobre ruedas* impulsada por la Biblioteca Popular Palermo de Salta; *La Chapulina*, de Oaxaca, México; *Read books* de Afganistán, y un largo etcétera.

LIBROS QUE VIAJAN SOBRE PATAS

Biblioburro: Luis Soriano, un maestro de Colombia, lleva libros desde 1997 a las comunidades rurales más apartadas

de la comarca La Gloria, sobre las espaldas de Alfa y Beto, dos burros. La región, afectada no solo por la distancia de cualquier centro educativo sino además por el conflicto armado colombiano, tiene un relieve por el cual a cualquier otro medio de transporte se le dificulta llegar. Luis, Alfa y Beto recorren los caseríos perdidos del monte, viajando en cada travesía ocho horas (cuatro de ida y cuatro de vuelta), llevando cuentos infantiles, enciclopedias y novelas a más de seiscientos familias. Durante sus visitas, el maestro también brinda ayuda a los niños y niñas en sus tareas escolares. El *Biblioburro* ha cobrado celebridad; se lo conoce en todo el mundo, incluso se ha hecho un documental y se han publicado libros álbumes que lo tienen como protagonista.⁴

Pero los burros no solo se usan en Colombia. En otros países también se aprovecha la gran capacidad de este animal para llevar cargas pesadas y acceder a terrenos difíciles. Tenemos noticias de biblioburros en Etiopía y Zimbawe, en Timor del Este, Bolivia, Chile.

Libros en camello: la red de bibliotecas públicas de Kenia tiene un servicio destinado a la zona del noreste del país que usa camellos para llevar libros a las escuelas más alejadas. Desde 1996 llevan, en cajas, libros para niños y adultos. En el país hay unos tres millones de nómadas, las escuelas también son móviles y los profesores acompañan a las comunidades. Además de los libros, los camellos también llevan tiendas de campaña y esteras para montar bibliotecas portátiles.

4\ Por ejemplo, los libros álbum *Biblioburro, una historia real de Colombia*, de Jeanette Winter, Juventud; o *Waiting for the Biblioburro/Esperando el Biblioburro* (edición bilingüe español- inglés) de Monica Brown y John Parra, Tricycle Press.

En Mongolia, por el desierto de Gobi y sobre un camello, el escritor Dashdondog Jamba se encarga de llevar libros infantiles a los niños de las tribus que encuentra en sus viajes.

También en Pakistán, los libros viajan sobre el lomo de un camello, llegando a lugares recónditos donde ni los autos pueden pasar. Aquí, el proyecto se inició a raíz del cierre de las escuelas durante la pandemia de COVID-19, pero continúa. Junto a la impulsora de la idea, Raheema Jalal, directora de una escuela de secundaria, el camello Rasha lleva los libros desde las tres hasta las seis de la tarde y una vez que termina en un pueblo continúa su ruta por los otros. Los usuarios pueden pedir en préstamo los libros de una visita a la otra.

Libros a lomo de elefante: en Tailandia, desde el centro de educación no formal de Chiangmai emplean a los elefantes como medio de transporte para los libros para llegar a los lugares más remotos e inaccesibles. El programa *Libros en Elefante* ofrece sus servicios a cerca de 40 poblados y alrededor de dos mil personas en la región de Omkoi. Los elefantes y sus bibliotecarios se quedan dos o tres días en cada poblado.

A este incompleto y variado inventario de bibliotecas ambulantes habría que sumar las «mochilas o valijas viajeras» que hacen circular numerosas bibliotecas públicas en todo el mundo, como una forma de descentralizar sus servicios. Estas valijas o mochilas llegan y quedan en préstamo en escuelas, centros comunitarios, a veces familias. La Biblioteca Pedagógica de Santa Fe, solo por nombrar una de las muchas que prestan este servicio, es un ejemplo.

A pesar de su diversidad, todas las experiencias que he mencionado tienen como denominador común el promover el acceso al libro y la lectura en lugares «no convencionales», aislados o marginalizados. Muchas de ellas, también,

comparten el interés por generar nuevas formas de convivencia en el espacio público, mediadas por el arte, a partir de un objeto cultural fundamental como es el libro. ¿Qué sucede cuando los libros aparecen en los espacios públicos donde no es habitual su presencia? ¿Qué dinámicas, qué encuentros, qué interacciones se generan entre personas desconocidas hasta ese momento?

Las bibliotecas itinerantes, por su naturaleza, no permanecen mucho tiempo en los lugares que visitan, y aun así, confían en la fuerza y el impacto de sus intervenciones. Todos los que impulsamos este tipo de proyectos somos conscientes de que nuestras breves intervenciones por sí solas no alcanzan para afianzar los vínculos entre las personas y los libros: para ello es preciso de acciones más sistemáticas y sostenidas en el tiempo. Sin embargo, confiamos también en que ninguno de los lugares que visitamos son una «hoja en blanco» que está esperando nuestra intervención salvadora. En todos los lugares a los que vamos hay docentes, mediadores, referentes comunitarios, bibliotecarios, con quienes articulamos y cuya tarea nosotros simplemente fortalecemos aportando un plus de «magia», de novedad, de sorpresa o herramientas diferentes.

Por otro lado, todos los mediadores culturales estamos convencidos de que los encuentros con el arte y con los otros dejan huellas, sedimentos. Cada historia que leemos o escuchamos, cada espectáculo que presenciamos, cada instrumento musical que conocemos, cada imagen que admiramos nutren nuestro imaginario personal. Cuantas más sean las ocasiones que un sujeto tenga en su vida para encontrarse con el arte, mejor: ya verá esa persona qué hace con eso. Y los mediadores culturales estamos convencidos —porque lo vivimos en carne propia y también lo atestiguamos— de que los sujetos siempre hacemos algo con esos sedimentos. Recuperando la noción de *acción cultural* de la que hablaba

antes en este libro, esos encuentros tienen efectos a menudo imprevisibles, en otros momentos o esferas de la vida.

Todos los mediadores nómadas hemos tenido noticias respecto de que, tras nuestro paso, algunas cosas pasaron: a veces, los chicos y grandes se entusiasmaron un poco más por los libros; otras, empezaron a frecuentar la biblioteca escolar o local; otras, replicaron técnicas, ideas, dispositivos.

Otro aspecto en común que creo merece ser destacado es el carácter autogestivo de una parte muy grande de estas experiencias.

Las bibliotecas ambulantes tenemos en común, por supuesto, el hecho de que sus impulsores estamos vehementemente convencidos de lo que decía al principio: los libros fueron hechos para circular. En las antípodas de la bibliofilia como fetichismo del libro (al que hay que preservar y guardar con celo), los mediadores de las bibliotecas, sobre todo las ambulantes, creemos que es mejor un libro perdido por no ser devuelto que un libro guardado sin leer; que es mejor un libro roto o sucio que un libro no leído. Por supuesto esto no implica que vamos a ser negligentes e irresponsables en el cuidado del libro: los libros son caros y escasos, hacerlos y distribuirlos es costoso: debemos cuidarlos. Pero no es mezquinándolos que se los cuida, sino acompañando en el proceso de descubrimiento y encuentro con ellos.

Después de las sesiones de lectura, en particular si involucran la exploración libre en una plaza, una escuela o un espacio comunitario, es probable que, en ocasiones, sea necesaria la reparación de hojas y tapas de los libros, que pueden rasgarse, despegarse, descoserse, ensuciarse, especialmente si trabajamos con niños pequeños: los libros son objetos frágiles y su manipulación es un aprendizaje. Por eso es tan importante acompañar el proceso de descubrimiento, ofrecer a los niños muy pequeños para su manipulación directa y exploración libre solo los libros de cartón, plástico o tela.

Los libros de hojas más frágiles, o con solapas o mecanismos, los leeremos junto a ellos, siempre, mostrándoles nosotros la forma correcta de pasar las páginas, abrir las solapas o hacer funcionar los mecanismos y plegados.

Pero es un hecho que, con la presencia de mediadores atentos y en espacios cuidados, la mayoría de las personas trata con delicadeza a los libros, y los devuelve cuando se los prestan: algo que quizá sorprendería a algunos temerosos de habilitar este uso gratuito y compartido.

Algo muy importante, a lo que todavía no hice mención pero vale la pena señalar, es el gesto de confianza que implica el préstamo gratuito (así sea por un rato o varios días o semanas). Si bien para los usuarios frecuentes de bibliotecas puede ser algo naturalizado, que damos por sentado, para un niño o niña, joven o adulto que habitualmente estuvo excluido del acceso a los libros, el hecho de prestarle uno puede ser muy significativo. Es un gesto de confianza que comunica muchas cosas: la confianza en que ese libro será leído (o sea, que confiamos en las destrezas y habilidades de esa persona para leerlo), y la confianza en que será cuidado y devuelto. Puede parecer algo pequeño, pero en ciertos contextos donde lo que prevalece es el recelo por el otro, la competencia o la desconfianza, gestos como estos contribuyen a construir otras formas de vincularnos, percibirnos y autopercibirnos.

En mis largos años como mediadora de lectura he prestado infinidad de libros. Míos y de los organismos en los que he trabajado. Algunos no volvieron, es cierto. Algunos, también, fueron robados. Pero la inmensa mayoría retornó, de la mano de un lector o lectora que al devolverlo, se llevó un libro nuevo, y después otro, y otro más. Por eso es una apuesta que es importante hacer. Los libros fueron hechos para andar en libertad. Pienso en ellos no como en propiedades privadas, sino como objetos animados por una fuerza vital que reclama movimiento, y pide por tener mil y una

vidas, multiplicando sus efectos, al pasar de mano en mano y convertirse en parte de la textoteca interna de cada nuevo lector. Como dice Emilia Ferreiro, «los editores producen objetos incompletos por naturaleza. Un libro es un objeto en busca de un lector, y no puede realizarse como objeto cultural hasta que no encuentra un lector» (2016). Me gusta pensar que todos los mediadores y mediadoras de lectura del mundo ayudamos a completar esa naturaleza inacabada del libro, para que fabricar y distribuir libros nunca deje de tener sentido.

PRIMER ENCUENTRO DE BIBLIOTECAS RODANTES

Justo en el momento de los retoques finales a este libro, fui invitada al Primer Encuentro de Bibliotecas Rodantes del país, el 12 y 13 de abril de 2024, en Villa Ventana. Esta genialidad es impulsada por Erica Brandauer y Fernanda Gómez, de *La Luna Compañía de Cuentos*, quienes, amadrinadas por la Biblioteca Popular Macedonio Fernández de Villa Ventana, ganaron el Concurso Julio Verne de la Fundación Williams con un proyecto al que llamaron *Palabra Andante*. Con el premio del concurso, generosamente, propician este encuentro para que todos los bibliotecarios ambulantes nos encontremos, conozcamos, y hagamos red para fortalecer nuestra tarea.

El encuentro se realizó en el predio de la mencionada Biblioteca Popular (de cuya comisión directiva forma parte la querida y admirada escritora y poeta Roberta Iannamico). Durante el mismo las distintas bibliotecas ofrecimos, además de nuestros libros, talleres a la comunidad, cada una según aquello que es su sello distintivo: así, yo coordiné una *Rueda de historias* y taller de fanzines, los chicos de *La luna*, *Todo cabe en un jarrito* y *Galinda* brindaron

espectáculos de narración oral, *Abracuentos* brindó talleres para mediadores... Estamos todos contentos por la experiencia de tan «fabulósico» encuentro, que se me antoja casi como un encuentro de duendes, por lo insólito e inesperado. Al momento de la invitación, la mayoría de nosotros no tenía idea de la existencia de los demás: yo conocía solo a la *Galinda* y a *Abracuentos*. Erika y Fernanda dieron con casi todos nosotros *googleando*. Así de dispersos andábamos, sin saber los unos de los otros. Fue una alegría enorme haber tenido la posibilidad de reconocernos, de «hacer tribu» y de celebrar el encuentro a través del arte, las historias y la palabra. Desde el comienzo, la apuesta había sido que aquel primer evento no fuera el único, sino el inicio de otros que dieran visibilidad y fuerza a la tarea que realizábamos, y que nos permitieran, entre todos, encontrar nuevas formas de gestionar fondos y sostener los proyectos. Con ese deseo, empezamos a imaginar un nuevo encuentro y, finalmente, los días 4 y 5 de abril, en Santa Fe, se hizo realidad el segundo *Encuentro Palabra Andante*.

El viernes estuvo dedicado a talleres y narraciones en jardines de infantes y escuelas de Colastiné y Arroyo Leyes; el sábado, desde la tarde, nos reunimos en la Biblioteca *Amanecer de Arroyo Leyes* para compartir espacios de lectura, cuentos, narraciones y canciones. Bibliotecas y narradoras de San Luis, Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe nos encontramos allí para celebrar, una vez más, la potencia de la lectura. Aquella jornada no solo nos permitió mostrar lo que cada proyecto venía construyendo, sino también abrir nuevas puertas, tender puentes y reafirmar la convicción en lo que hacemos.

6 Taller: *modelo para armar y desarmar*

En este último capítulo intento compartir algunas herramientas concretas, ideas, sugerencias, para llevar adelante un taller de lectura. Por supuesto, el capítulo no pretende ser prescriptivo, sino acaso inspirador o guiador para los mediadores y mediadoras que «se largan a la cancha».

Describo lo que hago yo en los talleres con niños y niñas (y no solo: mucho de lo que comparto a continuación lo hago también en talleres con jóvenes y adultos; pero en mis relatos nombraré sobre todo a los chicos, puesto que es con quienes más he trabajado). Como se verá, entiendo el taller de «lectura» en el sentido amplio del término: leer es no solo decodificar la letra escrita, sino que leer es también leer imágenes, gestos, tonos de la voz, recoger indicios para construir sentido. Se verá, también, que involucre muchos otros lenguajes en mis talleres, porque creo que es una forma de tender puentes hacia la escritura y la lectura de la palabra, de nutrirla. Y que el taller incluye consignas de producción por parte de los participantes (más allá de la producción simbólica que implica siempre leer), tales como dibujar, escribir, recortar, pegar, etcétera.

Por otro lado, no siempre, pero bastante a menudo, me parece importante incluir en los talleres «salidas» al patio, la vereda, la plaza, en las que observamos y percibimos el entorno, la presencia de la naturaleza en un ida y vuelta con

los textos escritos, tendiendo puentes entre la «lectura del mundo» y la «lectura de la palabra», como nos enseñó hace mucho tiempo Paulo Freire¹ (1991).

No hay recetas para un taller, pero sí algunas cosas esenciales a tener en cuenta: además de que la propuesta sea estimulante para los participantes (con la dosis justa de «confianza y enigma» que nos señalaba Montes, 2007), es fundamental sostener el clima de respeto y escucha, la flexibilidad para adaptar la propuesta, la disponibilidad para leer, escuchar y jugar, no obligar ni imponer, no evaluar a nadie más que a nosotros mismos, escuchar a todos y todas por igual.

En los talleres hago mucho de lo que ya estuve diciendo a lo largo de este libro: genero una hospitalidad, propicio un encuentro, abro un espacio tiempo-diferente, para que la lectura se convierta en experiencia donde el deseo entre y abra puertas y ventanas.

Si me propongo describir qué hago en mis talleres, debo empezar por decir: ofrezco libros y textos para su manipulación directa por parte de los participantes, pero, fundamentalmente, leo en voz alta, leo mucho en voz alta, presto mi voz para que el cuento, o el poema, acontezcan. O sea que puede ocurrir que en un taller de lectura, un niño no «lea» en términos estrictos, sino que «solo» escuche. Quien lee (en términos estrictos) es mediador. Aquí vale la pena recordar que la familiarización con el libro y la palabra escrita; el hecho de ir aprendiendo, al ver al mediador leer, algunas convenciones del texto escrito (que este guarda palabras, que se lee de izquierda a derecha y de arriba abajo, etcétera),

1\ Esta idea de la lectura del mundo antecedendo a la lectura de la palabra, es fundamental en la obra de Freire, y atraviesa todos sus libros y ensayos.

más la vinculación afectiva con el libro, contribuyen a la alfabetización, van abonando y allanando su camino.

Por lo general, selecciono previamente los libros que compartiremos en el taller, de acuerdo con un tema o «clima» que pretendo generar. Pero en muchas ocasiones, permito un momento de exploración libre del acervo y me ofrezco para leerles a los chicos y chicas, si quieren (algunos prefieren leer solos), lo que ellos soliciten. En estos momentos (y esto es algo que cualquier mediadora o mediador sabe), uno se convierte en una máquina de leer a demanda de su curiosidad y deleite, que parecen insaciables. Uno tras otro los niños y niñas van alcanzándonos los libros: leeme este, y después este, y este...

Por un rato precioso la voz se vuelve no solo puente, sino acaso hechizo, o arrullo; con aire y sonidos, con escucha, construimos una casa donde habitamos un rato, con otras reglas diferentes a las del «mundo real».

El momento de lectura compartida, como he insistido muchas veces en este libro, es potente. En esa intimidad creadora, en ese vínculo donde se comparte el descubrimiento de todo lo que tiene para ofrecer un libro, suceden muchas cosas, que hacen que la lectura en sí sea importante y no precise necesariamente de algo más. Los niños y niñas, por supuesto, tienen interpretaciones geniales, interesantes, curiosas, inesperadas, de las imágenes y textos. Muy a menudo, son mejores observadores de las imágenes que nosotros los adultos, nos sorprenden con sus descubrimientos y comentarios. Compartir ese momento con ellos es delicioso, y por supuesto es el corazón del taller.

Y si bien es cierto que no precisa de algo más para ser significativo, también es cierto que se agota más o menos pronto. La exploración libre puede extenderse bastante. Sobre todo en los casos en que los niños están acompañados por sus mayores, y los libros son muchos, este momento

a veces se prolonga por alrededor de una hora, sin que el interés decaiga. En cambio, más de media hora de lectura en voz alta por parte de un solo mediador para un grupo de chicos, ya empieza a ser mucho. Por supuesto que cada grupo es distinto (hay niños a los que al comienzo les es más difícil prolongar los momentos de atención y escucha). Pero en general, dado un momento, más tarde o más temprano, los chicos y chicas se distraen y piden hacer otra cosa. Así que no hay nada mejor que acompañar ese deseo y ponernos a hacer otra cosa, relacionada con lo que acabamos de leer, como si prolongáramos la lectura por otros medios, incursionando en otros lenguajes. No vamos a evaluar ni a repetir fielmente lo que acabamos de leer, sino que haremos cosas que nos harán ver cómo estalla el significado de lo que leímos, cómo se multiplica.

En los talleres leemos y charlamos de lo que leemos, pero también dibujamos, escribimos, pintamos, armamos artefactos, hacemos origami, buscamos tesoros en la naturaleza, jugamos con las palabras, sus sonidos y significados. A veces también nos disfrazamos, hacemos máscaras, títeres de sombra, herbarios... Posibilidades infinitas donde la creatividad y la sensibilidad de cada mediador y mediadora se ponen en juego.

Las partes de un taller para mí están unidas entre sí por un hilo poético. A partir de una imagen o campo semántico en torno al que el taller se organiza (por ejemplo: los tesoros, los bichos, la noche, el mar, los sueños, las máquinas, las ciudades, los pájaros, etc.), se van desplegando una serie de réplicas sutiles, de ecos, de reverberaciones. No amontonamos las partes de un taller sin ton ni son, sino que hacemos lo posible para que ese taller cuente una historia, tenga una narración. El hilo es lo suficientemente transparente y flexible como para que no estructure, pero no es caprichoso ni invisible, de modo que los niños y niñas puedan

ir recogiendo los indicios que le dan continuidad. En sus producciones, al final, aparecerán esos indicios, pero no en la forma de una copia o una reproducción, sino como componentes de algo nuevo (un nuevo texto, una nueva imagen, un nuevo objeto con una nueva función).

Por ejemplo, en un taller sobre los tesoros, comenzamos leyendo un cuento que nos introduce en ese campo semántico. Luego, hacemos una búsqueda del tesoro, que nos lleva a encontrar una cajita de madera que contiene el poema de María Elena Walsh *En una cajita de fósforos* y una serie de imágenes y textos brevísimos de Mariana Ruiz Johnson y Nicolás Schuff que ilustran *formas diferentes de encontrar un tesoro* (Schuff y Ruiz Johnson, 2020). Luego, presentamos a los chicos y chicas unos mini libros-bolsillo de origami donde guardar pequeñísimas colecciones de tesoros diminutos. Salimos al patio a buscar maravillas. Recogemos hojitas, semillas, pétalos, cáscaras, plumas mínimas, briznas de césped, para atesorar en los bolsillos del libro. Después los chicos y chicas dibujan y cortan tesoros en miniatura que también guardan en el libro bolsillo. Luego le escriben el título.

O, por ejemplo, en un taller sobre el mar, llevamos una caracola, y lo primero que hacemos es ponérsela al oído, pasándola en ronda, para que nos susurre los secretos del vasto océano (yo casi siempre convidó antes este hermoso poema de Edith Vera:

Esta caracola/ tiene muy adentro,/ donde no se ve,/ allí donde
nadie/ la puede robar/ una ola./ ¡Ay, ola! ¡Ay, ola!/ ¡Tan bella
y tan sola!// Esta caracola/ tiene muy adentro/ y se puede oír,/
el canto que trajo/ consigo, del mar,/ una ola./ ¡Ay, ola! ¡Ay,
ola! ¡Tan lejos del mar!

Luego leemos cuentos y poemas sobre el mar. Finalmente, dibujamos y recortamos, en papeles de colores, diferentes criaturas del océano; también plegamos barcos de papel, y los extendemos sobre una gran tela que hacemos ondular.

Objetos, juegos, palabras, sonidos, colores, pequeños rituales, todo contribuye al taller, a estimular los sentidos, el pensamiento, la imaginación, la sensibilidad poética.

Habiendo comentado el posicionamiento general y el enfoque a partir del cual trabajo, comparto ahora una serie de herramientas, objetos, dispositivos, ideas o actividades para hacer un taller que a mí me sirvieron. Pongo a disposición de las y los educadores curiosos y buscadores, un repertorio de recursos para su labor, que se pueden combinar de infinitas formas.

ELEMENTOS PARA GENERAR CLIMA Y DISPOSITIVOS PARA ECHAR A RODAR LAS PALABRAS

A lo largo de mis años trabajando en torno a los libros, la lectura de textos e imágenes y la oralidad, fui encontrando, creando y usando diversos objetos, elementos, que en algunos casos sirven para generar clima, ambientar el espacio, y en otros casos son dispositivos liberadores de la palabra y la poesía. Dispositivos, como decía Rodari, para *ponerse al servicio de la imaginación de los niños* (y no solo los niños, también los jóvenes y adultos). Y para ayudar a tirar del hilo de la memoria.

Tengo un cajón en mi casa donde guardo mis tesoros. Parece el baúl de un teatrero, y yo no soy titiritera ni narradora oral, pero en la mediación de la lectura conviven algunas de esas cosas.

Casi siempre llevo conmigo una tela grande (una fiselina color azul de tres metros de largo). El sencillo acto de tender entre todos una alfombra, que delimitará el lugar donde nos sentaremos a leer, inaugura una hospitalidad, y un momento diferente. La tela, cuando la movemos entre todos los participantes del taller, se convierte en alfombra mágica, cielo, mar o río. Sosteniéndola sobre nuestras cabezas, es techo, refugio. Cuando la hacemos aterrizar, ahí nos sentamos y desparramamos los libros. Entramos a un espacio-tiempo diferente, el de la lectura y la ficción.

Otra cosa que uso mucho son las cajitas con tarjetas con poemas, refranes, dichos, haikus, adivinanzas, trabalenguas, coplas, frases... de acuerdo con el taller. Son disparadores que siempre funcionan bien, y como son cortitos, no intimidan, así que las personas se animan a leerlos en voz alta.

En mi cajón de mediadora también está mi kamishibai, y juegos de palabras como el *dominó de rimas* y la *generala de palabras*. Asimismo, un *robot come-miedos*, *frascos de palabras*, *títeres*, *burbujeros*, *ovillos*, *broches*, *una varita mágica*, *sellos* y *susurradores*. Detallo a continuación en qué consisten algunos de ellos, y posibles formas de hacerlos y usarlos:

La *generala de palabras* está hecha por doce dados de madera (los míos son de 4,5 cm por lado), pintados con acrílicos de colores. En cada uno de los lados hay escritas palabras sugerentes, que evocan historias: bosque, espejo, botella, barco, mar, varita, camino, anillo, flauta, noche, grito, torre...

Los dados se tiran y con las palabras que salen se propone la consigna de escribir una historia, ya sea en forma individual, entre todos, o en pequeños grupitos. Es válido que cada chico o chica escriba, o uno por grupo, o uno solo de ellos, o bien que lo haga el mediador siguiendo el dictado de los demás.

El dominó de rimas: hecho en fibrofácil y también pintado con acrílico, tiene veintiocho fichas: cuatro palabras terminadas en -ina (cocina, gallina, mandarina, madrina); cuatro en -eta (camioneta, patineta, camiseta, etc.), cuatro terminadas en -ón y así. Como en el dominó tradicional, cada jugador tiene sus fichas y busca las posibles coincidencias, en este caso se unen las palabras que riman entre sí. Con esas rimas después se propone hacer pequeños poemas, incluyéndolas en los versos. Una posibilidad es hacer con ellas limericks, enseñándoles a los chicos la estructura (los limericks tienen cinco versos irregulares; los dos primeros riman entre sí y con el último, y el tercero con el cuarto. María Elena Walsh en su Zooloco lo usó magistralmente).

El robot come-miedos: aliado infalible para no asustarse después de leer cuentos de ogros, fantasmas, vampiros, lobisones u otros seres sobrenaturales; o para un taller donde hablar, escribir y dibujar acerca de los miedos. Se trata simplemente de una caja de zapatos o similar, decorada como un robot, con una ranura bastante ancha por boca. Por ella le daremos de comer «nuestros miedos»: papeles en los que con anterioridad dibujamos y/o escribimos las cosas que nos asustan. El robot «se los come» y así los miedos se van, ¡se los aseguro! También les aseguro que a los chicos y chicas les encanta. Generalmente, en los talleres hago el robot junto con los niños. Yo solo corto la boca con una trincheta, y ellos pintan, pegan papeles y otros elementos. Los niños piden llevarse el robot a su casa. En una ocasión, un nene cuyo papá era electricista, nos devolvió el robot con un pequeño foquito que se encendía cada vez que uno le daba de comer un miedo (apretando al mismo tiempo una tecla). Es hermoso saber que cuando los chicos realmente lo disfrutaron, el taller sigue en casa, con la familia. Los chicos y chicas se llevan a su casa ideas a las que les siguen saliendo nuevos brotes.

El *poemario*: una caja pequeña con tarjetas de varios colores, con textos muy breves: coplas, colmos, estrofas de poesía de autor o de la tradición oral, adivinanzas y trabalenguas. Estos textitos son ideales para usar como rompehielo al inicio de un taller, o para que se animen a leer en voz alta quienes se verían intimidados con textos más largos. A los chicos les encanta sacarlos de la caja e ir turnándose para leerlos. El hecho de que contenga textos de la tradición oral sirve como disparador para que los participantes compartan los textos que ellos conocen, su propio repertorio, su propia textoteca. Trato de plastificar las tarjetas con contact, para que duren.

Los *susurradores*: como es conocido, son tubos (de cartón, plástico u otro material liviano) a través de los que se susurran al oído poemas, versos, coplas... Tengo un par de susurradores largos (de más de un metro), y otros más pequeños. Los susurradores se pueden decorar no solo con pinturas, sino también con cintas, cordones, colgarles pequeños dijes... lo que nuestra imaginación e intuición poética dicten. Generalmente, combino su uso con el poemario. Reparto a los participantes tarjetas del poemario junto con los susurradores. Cada cual sostiene en una mano la tarjeta y en la otra el susurrador, y va buscando a sus compañeros para susurrarles al oído lo que leen en las tarjetas.

Los *frascos de palabras*: frascos con etiquetas para clasificar las palabras: húmedas, calientes, brillantes, pinchudas, redondas, de amor, de risa, grandes, chicas, raras, verdes, oscuras, frías... Les pido a los chicos que piensen y escriban palabras de cada tipo en papelitos, que meterán en el frasco correspondiente. Con el contenido de esos frascos después es posible escribir textos, que también resultarán en textos verdes, o pinchudos, o de risa, o de amor, o de miedo...

Sellos de goma eva: con formas de personajes y objetos, para inventar historias. Son muy fáciles de hacer. Sobre tacos de madera (retazos de esos que tiran en cualquier carpintería), bien lijados para que no tengan astillas, pegamos siluetas recortadas en goma eva. Con un bisturí es posible calar detalles como un ojo, o líneas, etc. Yo hice sellitos de: gato, casa, luna, escalera, cocodrilo, pez, ballena, pulpo, estrella, manzana, corazón, zapato, corona, hoja, ola (o viento), pájaro, torta de cumpleaños, montaña y burro. Además, figuras geométricas que sirven para componer objetos o personajes. A los niños y niñas les encanta usarlos para construir historias. A menudo los uso sobre libritos artesanales. Las producciones resultantes son una hermosura. Primero probamos en hojas borrador. Y luego, generalmente, cada niño hace su propia historia en un cuadernillo artesanal que también llevo preparado, con las páginas en blanco.

Con los chicos más grandes, es posible proponer la construcción de los propios sellos. Los chicos dibujan sobre la goma eva, recortan, pegan.

Kamishibai: el *kamishibai* o teatro de papel es una antigua técnica japonesa para contar historias, a través de láminas ilustradas, que se deslizan a través del *butai* o teatrillo a medida que el narrador va contando. Construir historias junto con los chicos y chicas, que las ilustren en grandes láminas, y que luego las narren aprendiendo la técnica del *kamishibai*, es una actividad de largo aliento (por lo menos un par de sesiones) muy linda de hacer.

Además de ser usado con las láminas, el *butai* puede utilizarse para realizar teatro de sombras o de títeres de pequeño formato (como los de dedo). Confeccionar los títeres, escribir y guionar una pequeña obra (o bien adaptar un cuento tradicional o de autor), es también una hermosa actividad,

que nos llevará varios encuentros y que los chicos y chicas disfrutaran mucho.

Dados o brújulas para contar historias: en dados o «brújulas» (círculos de cartón o cartulina con una flecha giratoria en el centro) dibujamos o escribimos palabras, representando personajes, acciones y lugares, para componer una historia. Habrá un dado o brújula para los personajes, otro para los lugares y otro para las acciones. Al tirar o hacer girar los tres, obtendremos las coordenadas para inventar una historia, a la que podemos representar de la forma que queramos: como historieta, escribiéndola, con títeres, en el kamishibai, etcétera.

El oráculo poético: le digo así a una colección de cajitas con poemas (en tarjetas plastificadas también), clasificados por emociones o temas. A este dispositivo lo armé para trabajar con jóvenes y adultos, seleccionando cuidadosamente los textos de poetas de todo el mundo. En una caja van los poemas de amor, en otra los de miedo, en otras los de juego, alegría, cansancio, encierro, muerte... Cada participante va sacando según su curiosidad y disposición anímica, y leyendo, para sí y/o para los demás. A menudo, propongo copiar o fotocopiar los poemas preferidos, cortar sus versos y hacer nuevos poemas, mezclándolos, reescribiéndolos. O volver a pegarlos en el orden original, pero en un fanzine o libro artesanal, ilustrándolo.

Tarjetas con preguntas poéticas para leerlas y responderlas: por ejemplo, preguntas sacadas del *Libro de las preguntas* de Pablo Neruda: «¿Por qué el sombrero de la noche vuela con tantos agujeros? ¿Dónde dejó la luna llena su saco nocturno de harina? ¿Quién despierta al sol cuando duerme sobre su

cama abrasadora?». Las respuestas se escriben e ilustran. También es posible inventar nuevas preguntas poéticas.

Tarjetas con palabras para armar binomios fantásticos. Los binomios fantásticos, como nos enseñó Gianni Rodari (2007:18), surgen de unir dos sustantivos un poco extraños entre sí (por ejemplo, reloj y caballo; o manguera y jirafa, o...). Otra posibilidad es combinar sustantivos con verbos «incongruentes»: por ejemplo, rulos y cacarear, como hace Laura Wittner en su libro *Eso no se hace* (2015). O como hacía el inolvidable Ernesto Camilli en *El sol albañil* (1981), donde enseñaba los adjetivos y verbos a través de combinaciones inusuales, de resultados poéticos, que le hacían decir que la madre selva podía entornillarse, o la torre latir, o el pan podía ser dormilón o mudo. A partir de estas combinaciones poco habituales o ilógicas, se despliega la fantasía. ¿Quién tiene unos rulos que cacarean? ¿Y por qué cacarean? ¿En qué momento? ¿Qué catástrofes o maravillas pasarán si uno tiene unos rulos «cacareantes»? ¿Por qué el pan está mudo? ¿O qué hace el caballo con un reloj? Gianni Rodari nos proponía jugar combinando las palabras con diferentes preposiciones. Por ejemplo: el reloj del caballo, o el caballo sin reloj, o el reloj dentro del caballo... etcétera.

Herbario: mi herbario es sencillo: dos tapas hechas con cuadrados de cartón de diez centímetros por lado, y adentro muchas hojitas de papel de diario de la misma forma y tamaño, sujetados entre sí con una banda elástica. El papel de diario ayuda a absorber la humedad de las hojas y flores, y a conservarlas.

En el taller salimos al patio, la plaza o la vereda y vamos observando flores, hojas, pastitos... Con delicadeza, recolectamos algunas muestras de ellas. Luego, colocamos nuestras muestras de forma intercalada entre los papeles. Finalmente

encarpetamos todo dentro de las tapitas de cartón, y prensamos con unas banditas elásticas.

Las hojas y flores son insumo para escribir describiendo las formas, colores, haciendo comparaciones (las hojas suelen tener formas graciosas, curiosas, que evocan otros seres u objetos).²

Tarjetas con haikus: los haikus son poemas chiquititos donde caben cosas inmensas, como el misterio y el asombro ante la naturaleza. Los primeros haikus fueron escritos hace más de cinco siglos en Japón por los *haijines*, hombres que habían abandonado la vida de ciudad y se habían puesto a vagabundear por el campo. A los *haijines* les gustaba quedarse bajo la sombra de un árbol y admirar los sembradíos de arroz, los arroyos, las flores, las aves. Dormían bajo las estrellas y llevaban consigo muy pocas cosas. Les gustaba registrar los cambios de las estaciones.

De apenas tres versos, los haikus se ven como bichitos de tres patas en la página en blanco, o como tres viboritas, o como las huellas de un pajarito. Se ven un poco como las cosas que los *haijines* gustaban de mirar y nombrar.

Podríamos decir que un haiku es un intento por apresar entre los dedos, muy suavemente, sin lastimarlo, un instante. Y encontrar en ese instante un mensaje luminoso.

2\ Es famoso el herbario de la poeta norteamericana Emily Dickinson, quien a mediados del siglo XIX recolectó, prensó y clasificó más de cuatrocientas especies de flores que crecían en los alrededores de su casa en el campo, por donde salía a dar largos paseos.

Quizá podemos compartir con los niños algunas imágenes de ese herbario (está digitalizado en [https://iif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:4184689\\$69i](https://iif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:4184689$69i)), en los que la letra de hormiga de la escritora parece hacerles cosquillas a esas plantas que estuvieron bajo el sol hace más de un siglo y medio. También podemos compartir algún poema pequeño o fragmento de poema de la autora.

Llevo tarjetitas con algunos haikus³ para leer juntos en voz alta y luego escribir los nuestros, a partir de salir al patio a observar lo que vemos, olemos y escuchamos.

No puedo resistir la tentación de compartir aquí (ya que son tan chiquitos y ocupan poco espacio) un par de haikus deliciosos que escribieron algunos chicos en esos talleres:

Aromito, aromito
aunque estés dobladito
te quiero yo.
(Sayen)

Loro va de rama en rama
su canto azul
busca el mar.
(Enso)

Pajarito
azul y amarillo
qué lindo que sos.
(Enso)

Tanto esta propuesta como la del herbario, me gustan porque abren la ocasión de observar y sentir la naturaleza.

Quizá prefiero los haikus: siempre me conmueve que en ellos (hablo de los haikus tradicionales, a los que nosotros, muy libremente, emulamos) casi no aparecen el tacto y el gusto. Todo se trata de ver, escuchar, oler. La relación con la naturaleza es de contemplación pura, sin intervenir sobre ella. Los pequeños o grandes seres que el *haijin* contempla prácticamente no se tocan ni se prueban ni se comen.

3\ Mi fuente habitual es *El libro del haiku*, de Alberto Silva, editado por Bajo la luna.

El herbario, en cambio, proviene más de una práctica de la ciencia occidental: observar más que contemplar, muestrear para analizar, diseccionar, clasificar, nombrar.

Dos sensibilidades posibles frente a la naturaleza.

Otras actividades que exploré y recomiendo:

Diccionario de los niños: se propone a las chicas y chicos que definan determinadas palabras. El educador colombiano Javier Naranjo (1999) compiló casi quinientas definiciones hechas por niños y niñas en sus talleres, e inspiró así a muchos otros para que hagamos lo mismo. Las definiciones de los niños, que dan cuenta de su fresca y particular mirada y comprensión del mundo, son graciosas, interesantes, poéticas, a veces tremendamente verdaderas.

Acrósticos, caligramas: a partir de leer y observar algunas de estas composiciones en libros o fotocopias, proponemos a los chicos y chicas hacer los propios. Los caligramas, por si alguien no lo sabe, son textos en los que la disposición gráfica de la palabra escrita en la hoja, rompe con la linealidad habitual del renglón: las frases de un caligrama están dispuestas de tal forma que «dibujan» una imagen relacionada con el contenido del texto escrito. En un caligrama, las palabras pueden dibujar los contornos (como una viborita de palabras que traza una silueta), o bien rellenar el interior de la figura. Se puede jugar con distintos tamaños y tipografías para darle mejores detalles o realces a la imagen.

Los acrósticos, en tanto, son composiciones en las que las letras iniciales de cada verso o frase, si se leen en conjunto en sentido vertical, forman una palabra, también relacionada con el texto general. Si bien el uso de la letra inicial de cada verso es lo más habitual, también es posible usar

alguna otra letra de cada renglón para la composición de la palabra vertical.

Confección y/o intervención de libros y fanzines artesanales: algo que fui incorporando crecientemente —como dejé ver en el capítulo al respecto— son los libros artesanales y fanzines. Libros con ventanas para descubrir adivinanzas o preguntas de ingenio, libros acordeón para ver crecer retahílas, libros de origami para atesorar haikus, libros troquelados para combinar y crear personajes e historias disparatadas o fantásticas.

Si son de factura sencilla, como el libro–fanzine de origami, o el libro–acordeón, les muestro a los chicos cómo se hacen, y cada quien hace el suyo. Pero si son demasiado complicados para ellos o si elaborarlos insume demasiado tiempo, llevo yo hechos los prototipos. Los chicos y chicas los intervienen, escribiendo sus adivinanzas, retahílas, haikus o cualquiera sea la consigna de escritura que nos sugirió el formato.

Los prototipos troquelados nos permiten crear personajes o historias fantásticas o disparatadas: armamos un cuadernillo abrochando cuatros hojas. Cortamos cada hoja del cuadernillo en tres secciones horizontales. En la sección superior de cada hoja, los chicos dibujan la cabeza de un personaje (sea animal, humano o una mezcla de ambos). En la del medio, el tronco. Y en la inferior, las patas, piernas o cola. Combinando luego las pestañas de las diferentes hojas entre sí, aparecen criaturas fantásticas a partir de las cuales podemos inventar y escribir historias (¿cómo se llama?, ¿dónde vive?, ¿por qué es así?, etcétera).

Si cortamos las cuatro hojas del cuadernillo en cuatro secciones horizontales, podemos proponer lo siguiente: esta vez no dibujaremos el cuadernillo, sino que lo escribiremos. En cada sección o pestaña, de arriba hacia abajo,

responderemos las siguientes preguntas: ¿Dónde o cuándo? / ¿Quién? / ¿Qué hace? / ¿A quién o qué?

Así, por ejemplo; en una hoja quedará: Bajo el mar/ El monstruo bueno/ come / un pastel de cumpleaños. En la hoja siguiente, por ejemplo: En la luna/ la tía Lidia/ riega/ las margaritas. En las dos hojas siguientes, en la sección correspondiente, los niños escriben otras respuestas a cada pregunta. Luego, moviendo cada troquel o pestaña, combinando, surgirán nuevos mini relatos, como que la tía Lidia riega el pastel, o el monstruo bueno come margaritas. Después de intervenir así el cuadernillo, es posible dibujar o ampliar los mini relatos.⁴

Reconocimiento de pájaros e insectos: podemos empezar el taller leyendo poemas y cuentos breves sobre pájaros e insectos. Luego, salimos al patio, y con la ayuda de una guía de pájaros, o una enciclopedia ilustrada de animales, tratamos de identificar los pequeños animales que conviven con nosotros. Hacemos primero una lista de ellos. Luego, proponemos consignas de escritura y/o dibujo: un poema sobre alguno de los bichos que encontramos; o quizá inventar un bicho nuevo. Una posibilidad es inventar un bicho con la modalidad del binomio fantástico (explicada más arriba). Así como hay bichos palo, bichos canasto, bichos de luz y bichos bolita... ¿cómo será un bicho-frasco?, ¿o un bicho-bufanda?, ¿o un bicho-libro? Dejamos que los chicos inventen, dibujen y escriban las características de su bicho inventado.⁵

4\ Esta actividad está inspirada en el libro *Mi pequeña fábrica de cuentos*, de Bruno Gibert, de cuya combinación de pestañas salen... ¡hasta 194 481 cuentos!

5\ Remito acá a dos materiales que me parecen valiosísimos para desarrollar propuestas que ahonden en este acercamiento entre literatura y observación de la naturaleza: la revista *El piojito silbón*, editada por la ilustradora esperancina

Como dije antes, cada taller es único y no hay una fórmula, así como cada mediador tiene su propia sensibilidad, estilo, poética, que lo llevarán a crear sus propias formas de organizar un taller, de poner en movimiento palabras e imágenes. Así, el mediador que se sienta más cómodo con la narración oral, podrá incorporar esta a sus talleres, invitará a los niños a contar en voz alta... el que se sienta más cómodo o curioso por explorar formatos de fanzines y libros artesanales propondrá eso... cada cual hará lo suyo siguiendo su deseo, habilidades, intereses.

Quise compartir mi «caja de herramientas» porque lo mejor de la experiencia y los saberes es que se construyen socialmente: todos tomamos algo de los otros, y le damos nuestra marca personal, y lo seguimos haciendo rodar.

María Zeta y el ornitólogo Pablo Capovilla (ver <https://elpijitosilbon.com.ar/>); y los hojitas poéticas elaboradas por Cecilia Afonso Esteves en su proyecto Sacha Pichon. <https://salamalicha.wordpress.com/sacha-pichon/>

Colofón

No me resulta fácil dar por terminado este libro. Como dije al comienzo, en algún punto es un libro que siempre estaré escribiendo, porque siempre estaré buscando, investigando, inventando y descubriendo nuevas formas de compartir la aventura de leer y producir textos e imágenes. Pero, por otro lado, después de casi dos décadas de desarrollar este hermoso oficio de mediadora de lectura, logré unas cuantas certezas, y adquirí muchas herramientas que creo que vale la pena compartir. Me despido con una retahíla de deseos, acaso mi manifiesto:

Que a nadie le falte la ocasión de un encuentro fecundo con los libros.

Que los libros dejen de estar quietos en cajas o estanterías y salgan a rodar.

Que rodando lleguen a todos los rincones.

Que en todos los rincones los niños y niñas sean acompañados amorosamente en su descubrimiento del mundo y la palabra.

Que ese descubrimiento siga ocurriendo en la edad adulta.

Que si a un adulto le faltó la ocasión de encontrarse con los libros y la literatura en la infancia, haya ocasión en otros momentos de la vida para repararlo.

Que sepamos que no hay reparación sin escucha.

Que la escucha sea un aprendizaje, que nos deleitemos con las historias que vienen rodando desde lo más profundo del tiempo y la existencia.

Que el tiempo de la imaginación y de cuestionarlo todo nos dure toda la vida.

Que toda la vida seamos curiosos, y gocemos del don del asombro.

Que el asombro nos movilice.

Que el movimiento nos lleve a encontrarnos.

Que el encuentro que posibilitan los libros sea siempre humanizante, en este mundo herido y deslumbrante.

Bibliografía y fuentes

- ALCARAZ, LUCÍA; RUSÑISKY, MIRTHA, FUNES, PATRICIA (...)** ESQUIVEL, ROSANA (2016). *Muertas vivas. Poemas desde el penal* Nº 5. Municipalidad de Rosario.
- ALLIANCE INTERNATIONALE DES EDITEURS INDEPENDENTS.**
Bibliodiversidad. <http://www.alliance-editeurs.org/bibliodiversidad>
- ANDRUETTO, MARÍA TERESA** (2012). *La lectura, otra revolución.* Revista *imaginaria*. <https://imaginaria.com.ar/2012/06/la-lectura-otra-revolucion/>
- ANDRUETTO, MARÍA TERESA Y LARDONE, LILA** (2011). *El taller de escritura creativa.* Comunicarte.
- BANCO DEL LIBRO** (2001). *¿Cómo fabricar libros artesanales? Enseñe a los niños a hacer sus propios libros.* Colección Formemos lectores. Banco del Libro.
- CARVALHO, CINTIA; WADA, MARCIA; BOHRER PEREIRA LEITE, VIRGINIA (...)** OHARA AVRITSCHER, HARUE (2004). *Biblioteca Viva, Haciendo historia con libros y lecturas.* Fundación Abrinq. <https://www.yumpu.com/es/document/read/14178329/biblioteca-viva-fundacao-abrinq>
- CAMILLI, ERNESTO** (1981). *El sol albañil.* Estrada.
- COLOMBRES, ADOLFO** (2006). *Literatura oral y popular de nuestra América.* IPANC.
- COLOMBRES, ADOLFO** (1986). *Seres sobrenaturales de cultura popular argentina.* Ediciones del Sol.

- CUCURTO, WASHINGTON (2019).** Conferencia en el V Argentino de Literatura, organizado por la UNL. <https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wp-content/uploads/sites/16/2019/07/argentinoV-2009.pdf>
- DE KAKISU, TERESA; CARELLI, NORA; RUGNA, GUADALUPE (...)**
PEREZLINDO, GUADALUPE (2008). *Había una vez... El carrito de los libros, más libros para más chicos y más chicas.* Ediciones UNL.
- DEVETACH, LAURA (2000).** *La palabra, leer cuentos, leer poesía.* Imaginaria. <https://www.imaginaria.com.ar/02/1/devetach1.htm>
- DEVETACH, LAURA (2012).** *La construcción del camino lector.* Comunicarte.
- ENDE, MICHAEL (2007).** *Momo.* Alfaguara.
- ELOÍSA CARTONERA (2007).** *No hay cuchillo sin rosas.* Historia de la una editorial latinoamericana y Antología de jóvenes autores. Eloísa Cartonera.
- FERREIRO, EMILIA (2016).** *Leer y escribir en un mundo cambiante.* Conferencia expuesta en las Sesiones Plenarias del 26 Congreso de la Unión Internacional de Editores: CINVESTAV-México. https://blogs.ead.unlp.edu.ar/psicologiagenetica/files/2016/05/leer_escribir_mundo_cambiante_ferreiro-2.pdf
- FREIRE, PAULO (1991).** *La importancia de leer y el proceso de liberación.* Siglo XXI Editores.
- GALEANO, EDUARDO (1989).** *El libro de los abrazos.* Siglo XXI Editores.
- GALEANO, EDUARDO (1998).** *Patatas arriba.* La escuela del mundo al revés. Siglo XXI Editores.
- GARCÍA LORCA, FEDERICO (2022).** *Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros.* Conferencia que el poeta dio en la inauguración de la biblioteca de su pueblo natal en 1931. Imprenta Rescate.

- GERBAUDO, ANALÍA (2020).** *Las editoriales cartoneras en América Latina (2003–2019): Una nano-intervención en la construcción de la World Literature.* Faculdade de Letras da Universidade Federal do Rio de Janeiro. Programa de Pós-Graduação em Letras Neolatinas.
- GIBERT, BRUNO (2008).** *Mi pequeña fábrica de cuentos.* Thule.
- GRIOTT, ANA (2022).** *Una biblioteca en África.* Jardín LAC. <https://www.jardinlac.org/post/una-biblioteca-en-%C3%A1frica>
- MARIÑO, RICARDO (2012).** *Milagros y epifanías.* Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/subnotas/26249-6899-2012-08-25.html>
- MONTES, GRACIELA (1999).** *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético.* Fondo de Cultura Económica.
- MONTES, GRACIELA (2007).** *La gran ocasión, la escuela como sociedad de lectura.* Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.
- MOSCARDI, MATÍAS (2016).** *La Máquina de hacer libritos. Poesía argentina y editoriales interdependientes en la década de los noventa.* Puente Aéreo Ediciones.
- NARANJO, JAVIER (COMP.) (1999).** *Casa de las estrellas: el universo contado por niños.* Universidad de Antioquia.
- PETIT, MICHÈLE (1999).** *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura.* Fondo de Cultura Económica.
- PETIT, MICHÈLE (2001).** *Lecturas, del espacio íntimo al espacio público.* Fondo de Cultura Económica.
- RÍOS, CARLOS (2021).** *Ecosistema de los libros cartoneros.* Ambiente en Diálogo. <https://ambienteendialogo.opds.gba.gov.ar/ecosistema-de-los-libros-cartoneros/>
- RODARI, GIANNI (2007).** *Gramática de la fantasía. Introducción al arte de inventar historias.* Colihue.

- SANTACANA I MESTRE, JOAN (2013).** *El patrimonio mueble y su didáctica.* <https://didcticadelpatrimonicultural.blogspot.com/2013/08/el-patrimonio-mueble-y-su-didactica.html>
- SILVA, ALBERTO (2010).** *El libro del Haiku.* Bajo la luna.
- SCHIERLOH, ERIC (2020).** *Moyotes & Escribir, imprimir, publicar.* Oficina Perambulante.
- SCHIERLOH, ERIC (2021).** *La escritura aumentada.* Eterna Cadencia.
- SCHIERLOH, ERIC (2023).** *Cómo prepararse para el colapso del sistema industrial de publicación.* <https://archivo-digital-barba-de-abejas.tumblr.com/post/714431573881143296/c%C3%B3mo-prepararse-para-el-colapso-del-sistema>
- SCHUFF, NICOLÁS Y RUIZ JOHNSON, MARIANA (2020).** *Formas diferentes de hacer las mismas cosas.* Tres Tristes Tigres.
- SZPILBARG, DANIELA (2010).** *Editoriales artesanales y libros-arte: nuevos modos de producción y circulación social del libro. Reflexiones a partir del caso de las editoriales Funesiana y Clase Turista.* http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/106072/Editoriales_artesanales_y_libros-arte.5755.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- WALSH, MARÍA ELENA (2002).** *Zooloco.* Sudamericana.
- WITTNER, LAURA (2015).** *Limonero.*

Índice

	11	Prólogo
CAPÍTULO 1	17	¡Libros, libros! ¿Y dónde están esos libros?
	20	Los dones de los libros
	23	El acceso a los libros es un derecho humano
	24	La otra cara de la moneda: la mediación de lectura
	30	La mediación de lectura como vínculo y como lazo social
	31	¿Quiénes pueden ser mediadores de lectura?
	33	Que a nadie le falte la ocasión de acceder a los libros
CAPÍTULO 2	37	Jóvenes mediadores de lectura
	37	Pescando lectores: Jóvenes mediadores de lectura de Alto Verde
	46	Jóvenes mediadores de lectura de la Escuela Normal
CAPÍTULO 3	51	Puentes entre la oralidad y la escritura
	55	Ruedas de historias y libros artesanales

	56	«Lo escuché por ahí»: protagonismo juvenil y lazos intergeneracionales
	62	El Bestiario de las islas: patrimonio natural y cultural
CAPÍTULO 4	73	Libros artesanales
	74	Libros artesanales y mediación lectora
	76	Algunas experiencias
	80	Editoriales artesanales
	85	Eloísa Cartonera: al fin una buena noticia desde Argentina
	87	Una idea genial
	91	Nexos entre el arte, la literatura y la comunidad a través de libros
CAPÍTULO 5	93	Bibliotecas ambulantes
	93	Si la montaña no va a Mahoma...
	93	A los libros les gusta viajar
	95	Las bibliotecas ambulantes
	97	Libros que viajan por agua
	100	Libros que viajan sobre ruedas
	109	Libros en bici
	109	Libros que viajan sobre patas
	115	Primer encuentro de bibliotecas rodantes
CAPÍTULO 6	117	Taller: modelo para armar y desarmar
	122	Elementos para generar clima y dispositivos para echar a rodar las palabras
	135	Colofón
	137	Bibliografía y fuentes



Moscovich, María Cecilia
Apuntes de una mediadora de lectura /
María Cecilia Moscovich. —1a ed.—
Santa Fe: Ediciones UNL, 2026.
144 p.; 22 x 14 cm. — (Itinerarios)

ISBN 978-987-749-507-2

1. Literatura. 2. Crítica de la Literatura
Argentina. 3. Lectura. I. Título.
CDD 028

© María Cecilia Moscovich, 2026.

Se diagramó y compuso
en Ediciones UNL y se imprimió
en Artes Gráficas del Litoral (AGL) SA.
Santa Fe, Argentina, enero de 2026.

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11723. Reservados
todos los derechos.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Consejo Asesor de
Colección Itinerarios

Enrique Butti
Marilyn Contardi
Analia Gerbaudo
Daniel Comba
Germán Prósperi
Luis Müller
Ivana Tosti

Dirección editorial
Ivana Tosti

Coordinación editorial
María Alejandra Sadrán
Coordinación comercial
José Díaz

Diseño de colección
Alina Hill
Julián Balangero
Corrección

Lucía Bergamasco
Diagramación de interior y tapa
Alina Hill

Dibujo de tapa e interiores
Vilhelm Pedersen, 1820-859
oldbookillustrations.com

© Ediciones UNL, 2026.

—
Sugerencias y comentarios:
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Cecilia escribe estos apuntes de mediación con la premura infantil y el entusiasmo de quien derrama en el suelo toda una fulgurante y colorida biblioteca para que niños, niñas y adultos la exploren con ojos, manos y pies. Ese gesto inicial —amplio, humilde, generoso— es también un descubrimiento que ella recuerda como propio.

Este es un libro de descubrimientos: describe con detalle un mundo que los mediadores sabemos que muchos no han visto y que nosotros, como viajeros fascinados, necesitamos compartir.

Y fascinados, sí, porque apenas entramos en ese mundo ya buscamos dejar instrucciones, consejos, pistas para acercarse o permanecer en él.

Plazas, centros de salud, cárceles y escuelas aparecen aquí como si fueran libros: abiertos por las voces, los rostros, las memorias que en ellos encontramos.

KEVIN JONES